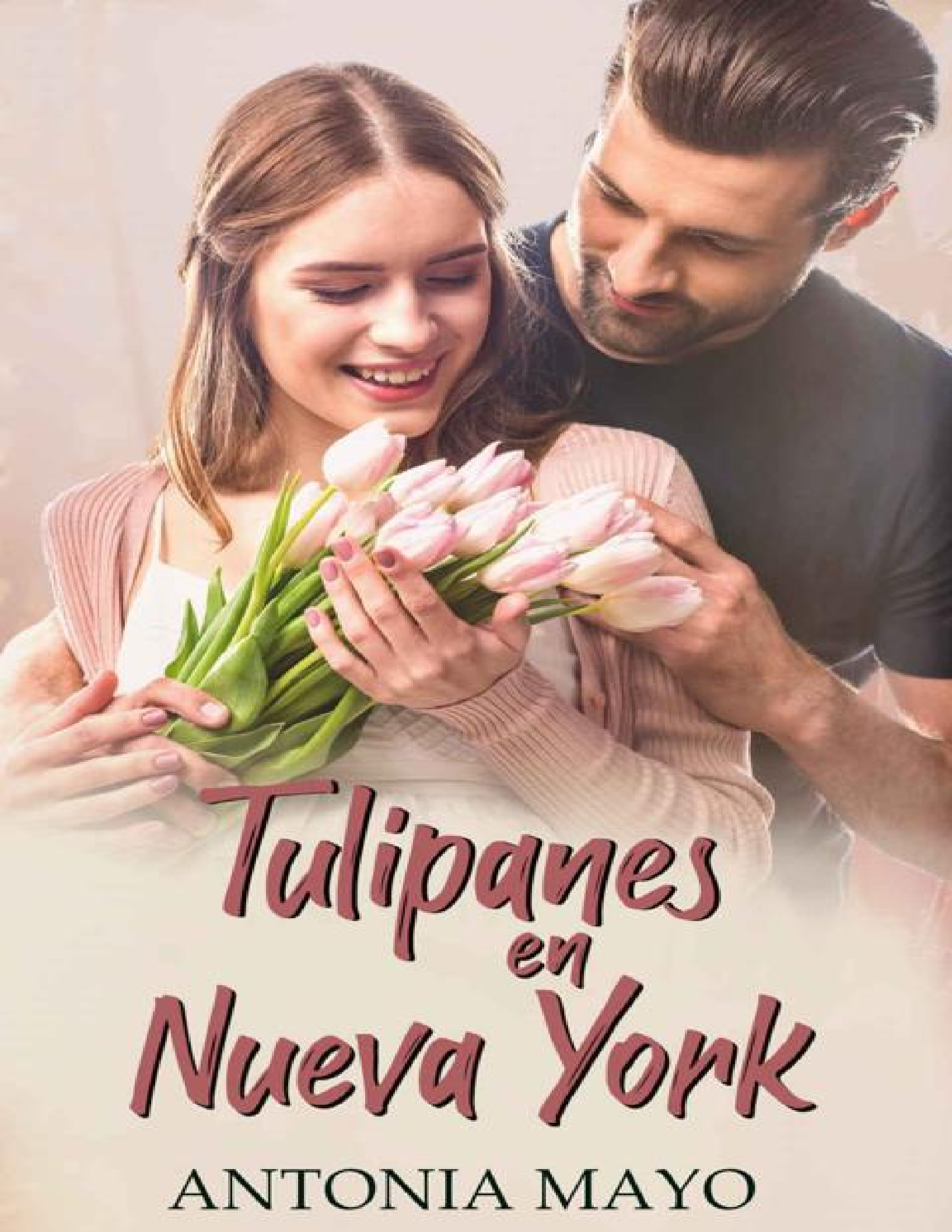


Tulipanes en Nueva York

ANTONIA MAYO

Tulipanes en Nueva York

Antonia Mayo

Sofie, a bordo de un avión con destino a Nueva York, cree haber dejado en Ámsterdam su antigua vida llena de malas decisiones y compañías. Sin embargo, ha llevado consigo los recuerdos que aún le duelen, su aversión hacia los hombres y el dinero necesario para iniciar su propio negocio.

Logan Allen es un atractivo y tosco hombre de negocios acostumbrado a regalar flores a sus mujeres, aunque ninguna parece apreciarlo realmente, prefiriendo en gran medida su cuenta bancaria.

Su obsesión por los tulipanes, un ramo de flores empaquetado de manera descuidada a propósito es obra del destino. La atracción, los besos y la confianza pronto se vuelven más peligrosos que el pasado.

¿Y si este último estuviera acechando a la vuelta de la esquina, listo para ponerlos a prueba?

El tiempo y la distancia no importan, ¿será suficiente solo el amor?

A todas las mujeres del mundo,
Somos seres especiales,
capaces de hacer mil cosas al mismo tiempo
y sabemos amar siempre de forma incondicional,
incluso cuando ya no creemos en el amor.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
Epílogo

PRÓLOGO

Nos enseñan que el amor es superior a todo y que es un sentimiento que limpia todo. Es la cura, un parche aplicado sobre una herida, una medicina.
Lástima que nadie se haya preocupado por informar a Sofie sobre las contraindicaciones. Porque existen, están ahí, incluso el amor tiene sus efectos secundarios. Porque todo en este mundo está hecho de luz y oscuridad. Todo lleva consigo el bien y el mal.
Era la primera vez que ponía un pie en el Ámsterdam-Schiphol a pesar de sus veinticinco años. La mayoría de sus compañeros de su edad ya habían perdido la cuenta de los viajes y las vacaciones por Europa, con una maleta de mano, la despreocupación de la juventud, un toque de inconsciencia y el enamorado del momento que, tal vez, la semana siguiente ya no sería el mismo. Sofie, en cambio, solo había perdido tiempo, años de estudio, a sus padres y amigas. También se había perdido a sí misma, la brújula, el camino correcto y lo que ahora le quedaba y apretaba fuerte entre sus brazos, como si quisiera protegerlo con su cuerpo, era solo la última pizca de dignidad. Algunos de sus compañeros incluso se habían mudado al extranjero y, de hecho, Sofie tenía todas las intenciones de imitarlos, también anhelaba realizar su sueño americano.
Su corazón latía fuerte mientras apretaba el mango del carrito con una mano sudorosa, caminaba con la cabeza gacha, con la cara oculta bajo la capucha de su sudadera gris y anónima. Había elegido ese color a propósito para no llamar demasiado la atención, esperando confundirse con los turistas, con la gente común que normalmente aborda un avión para vacaciones o trabajo, por cualquier otro motivo que no fuera el suyo.
Estaba huyendo.
Estaba escapando, mirando por encima del hombro por temor a que alguien ya hubiera descubierto su huida y pudiera detenerla y llevarla de vuelta, hacerla prisionera y dejarla sucia, usada y maltratada como un trapo viejo.
Estaba huyendo de los horrores, corría como una ladrona, aunque fueron otros quienes le robaron todo, cada sonrisa, cada caricia, cada sueño.
En sus oídos, las voces grabadas resonaban a través de los altavoces del aeropuerto. Sin embargo, estas no eran capaces de apagar esa maldita voz que sería su tormento hasta el final de sus días. Su corazón seguía latiendo acelerado junto con una mayor frecuencia respiratoria. Se detuvo de repente, casi siendo embestida por quienes caminaban detrás de ella junto con su equipaje. Así que se apartó hacia un lado hasta sentir un alivio tenue al tocar la pared apresuradamente, pero su cuerpo y su mente necesitaban mucho más para calmarse. Finalmente, sus ojos se posaron en las indicaciones de los baños y rápidamente reanudó su caminata en esa dirección. Una vez dentro, Sofie suspiró aliviada al encontrarse sola, sin ninguna otra mujer cerca que pudiera dirigirle la palabra y tener ganas de entablar conversaciones triviales. Era lo último que deseaba hacer y, para ser honesta, ni siquiera recordaba cómo se hacía. Y luego, ya no podía confiar en nadie, mucho menos en desconocidos. Al menos eso lo había aprendido después de que su confianza fuera pisoteada incluso por aquellas personas que ella creía que eran importantes como pilares en su vida. Su novio incluso había sido capaz de venderla al mejor postor, ¿qué podría hacer un desconocido? Sofie conocía también esa respuesta, había experimentado en su propia piel los oscuros deseos de los desconocidos y huía por eso, para no

sentir más sobre su piel otras pieles y perfumes, toques indecentes y palabras indecorosas.
Con las manos temblorosas, abrió el grifo y luego encontró el valor para levantar el rostro y mirar su reflejo en el espejo. Una vez había amado esos ojos azules heredados de su madre. Sin embargo, esos ojos azules eran los mismos que habían llevado a su padre a odiarla y a preferir la depresión antes que a su hija, cuando su esposa murió. Esos ojos habían hecho que Rachid se enamorara, aunque la verdad era otra: solo ella se había enamorado. Él la había atraído hacia su trampa, pero lo primero que le había dicho para hacerse su amigo tenía que ver con el cielo azul y la belleza de sus ojos. Ahora, ese azul parecía apagado y opaco, consumido por las lágrimas, consumido al igual que ella, por dentro y por fuera. Y luego estaban las ojeras marcadas, un ligero rastro de lápiz labial rojo desvanecido en los labios. Sofie rápidamente agarró una toallita de papel colocada allí, junto con las demás, para permitir que quienes usaran los servicios higiénicos se secaran las manos, y se frotó la boca, eliminando cualquier rastro de lápiz labial, pero irritando aún más su piel agrietada. Finalmente, arregló un mechón rubio detrás de la oreja, asegurándose de que la capucha de la sudadera ocultara por completo su cabellera. Una vez que llegara a su destino, encontraría una manera de cambiar su apariencia. Teñiría su cabello de oscuro, tal vez lo cortaría por completo. Se miró al espejo una vez más, se dijo que sería la última vez y la náusea regresó con fuerza, causándole espasmos en el estómago, también volvieron los escalofríos. Así que apartó inmediatamente la mirada de sí misma. Seguramente lo que sentía eran los síntomas de la abstinencia de las drogas, pero en ese punto prefería la sensación de morir antes que ceder. Después de todo, ella nunca habría tocado esa cosa, pero, como tantas otras cosas, había sido obligada, la habían drogado la primera vez y luego no habían dejado de hacerlo.
Seguramente, mirarse en el espejo y no reconocerse no ayudaba, solo desencadenaba más odio y repugnancia hacia lo que había sido, hacia todo lo que había hecho y se había dejado hacer. Tal vez el tiempo la sanaría, tal vez buscaría ayuda. No excluía ninguna posibilidad, lejos de Ámsterdam, Sofie sentía que todo sería posible. Debía subir al avión lo antes posible. Mientras tanto, el repentino sonido de la cisterna la trajo de vuelta al presente. Nunca había estado realmente sola en ese baño, así que agarró rápidamente el equipaje de mano y abandonó el baño de mujeres antes de encontrarse con alguien. En el panel de salidas, su vuelo a Nueva York estaba en primer lugar. En ese mismo instante, se escuchó la voz de una azafata anunciando la apertura de la puerta de embarque.

CAPÍTULO 1

25 de agosto.
Lunes.
Nueve de la mañana.
Como cada primer día de la semana que se precie, siempre era una carrera contra el tiempo para Sofie, con sus pasos apresurados en sandalias de cuero color camello. Ese día, trataba de no tropezar con el dobladillo de la falda color mostaza, larga hasta los tobillos, mientras sostenía el bolso bandolero que se deslizaba sobre su hombro y la frenaba. Como si eso no fuera suficiente, su mechón oscuro de cabello caía sobre sus ojos; aún no lo había cortado. Mientras tanto, el cielo plomizo sobre Brooklyn y la humedad en el aire no auguraban nada bueno. Por primera vez, después de mucho tiempo, el pronóstico del tiempo en la televisión había acertado. Sin embargo, Sofie creía que el guapo con ojos claros al que habían confiado las predicciones, y que esa mañana había aparecido en la pantalla de su televisión luciendo incluso una corbata del mismo color que sus ojos, simplemente había tenido mucha suerte. Esperaba, por lo tanto, que la Diosa Fortuna también fuera benevolente con ella y que la caja pudiera llenarse rápidamente a partir de ese día, ya que estaba a punto de reabrir su negocio después de un breve período de vacaciones.
Vacaciones.
Un palabro, ella había estado encerrada en casa todo ese tiempo.
"Flowers" rezaba el letrero de su tienda en la esquina de Henry y Pineapple Street. A simple vista, necesitaba desesperadamente ser lavada al igual que el escaparate. El negocio era suyo, lo había adquirido con el dinero que había traído consigo cinco años atrás. El local, por otro lado, era propiedad de una anciana que, conmovida por los relatos de su amiga sobre una joven Sofie que se había remangado y había partido en busca de fortuna, le había concedido un pequeño estudio en Orange Street para vivir y ese local comercial a un módico precio de novecientos dólares al mes. Había sido un verdadero negocio, pero a veces Sofie lograba reunir la cantidad completa a tiempo, antes de la fecha de pago. La anciana nunca le había puesto problemas y no lo haría incluso si los pagos se retrasaran, pero Sofie no había dejado Ámsterdam para encontrarse, incluso en Nueva York, en deuda de favores que podrían volverse en su contra. Ahora, casi treinta años después, ella también podía afirmar que, en muchos aspectos, Nueva York era realmente una gran y nueva Ámsterdam que la había acogido y salvado. Después de las primeras semanas, en las que se alojó en económicos hoteles sin estrellas o mediocres habitaciones en alquiler, saldando las cuentas siempre con ese famoso dinero que había logrado llevar consigo, se estableció de forma definitiva en el condado de Kings, en Brooklyn, y aunque las casas torcidas, la gente variada, colorida y extravagante, y la excesiva libertad de pensamiento le recordaban a su país natal, todo era nuevo y al mismo tiempo diferente. Respiraba un aire que sabía a libertad, aquella que en Ámsterdam se le había escapado de las manos y que, en ninguna circunstancia, podría volver a recuperar si decidiera regresar. La idea de volver allí era simplemente impensable.
Insertó la llave en la cerradura y, al abrir la puerta de par en par, sus fosas nasales fueron golpeadas por un olor penetrante a cerrado y agua estancada.
"Buenos días, Sofie", interrumpió una voz antes de que pudiera poner un pie en el local.
Se giró y sonrió a Jacob. Era su confiable proveedor, un anciano que amaba las flores tanto como ella y que no parecía tener intención alguna de jubilarse.

"Buenos días, Jacob, tan puntual como siempre".
Se acercó a él mientras el hombre, con su mono de trabajo, abría la compuerta de su camioneta. Sofie echó un vistazo de inmediato a las flores. A simple vista, había todo lo que ella había pedido unos días antes, solicitándole el favor de que él entregara la mercancía directamente en la tienda.
"Rosas rojas, blancas y rosas, girasoles, margaritas blancas y amarillas, gerberas rojas y naranjas", comenzó a enumerar Jacob. "Sin tulipanes", precisó.
"Nos resignaremos", respondió Sofie mientras ayudaba a Jacob a transportar las flores. "No sé cómo agradecerte", agregó.
"Para mis clientas más fieles, esto y más", bromeó el hombre.
Luego, Sofie le entregó un sobre con el dinero, mientras Jacob le entregaba a su vez la factura por las compras. Al final, lo escoltó hacia la salida de la tienda deseándole un buen día y trabajo. Permaneció en el umbral observando cómo el hombre se alejaba, luego cerró la puerta, aunque hubiera sido preferible dejarla abierta y permitir que el local se aireara. Sin embargo, la idea de que cualquiera pudiera entrar en su tienda sin que ella se diera cuenta estaba fuera de discusión.
Ya era mucho que se había limitado a instalar un timbre en la puerta para avisarle cuando se abriera. Hubiera preferido mucho más una puerta cuya apertura dependiera desde adentro, pero el mecanismo era demasiado costoso y, además, estaba en Nueva York, y se suponía que las personas que pudieran desearle mal estaban a millas y millas de distancia.
No había un día en que no se preguntara si la distancia en kilómetros era suficiente.
No había noches en las que su sueño no estuviera agitado y plagado de pesadillas.
"¡Tesoro, bienvenida!", exclamó una voz a sus espaldas, sacándola de sus pensamientos y haciéndola saltar.
Ni siquiera se había dado cuenta del sonido del timbre en la puerta anunciando la llegada de un cliente, el primero de ese día. Se había perdido como siempre en los recuerdos mientras reabastecía sus jarrones con las pocas flores que Jacob le había entregado unos minutos antes.
Sin embargo, reconoció al instante esa voz y, secándose las manos de cualquier manera en el delantal amarillo que llevaba puesto antes de comenzar a trabajar, se acercó para saludar a su amiga.
"¡Hola!", la saludó con entusiasmo, feliz de verla.
Eva Delgado fue la primera persona con la que Sofie había hablado cuando, cinco años antes, recién llegada al suelo estadounidense, ni siquiera sabía qué medio de transporte tomar para dejar el aeropuerto de Nueva York y llegar al centro de la ciudad, el corazón de la Gran Manzana. Eva, a diferencia de Sofie, estaba en el aeropuerto John F. Kennedy por un viaje de trabajo. Las dos se encontraron cerca de las cintas transportadoras de equipaje de los pasajeros y, entre algunas disculpas e información, se encontraron en el mostrador de un bar sentando las bases de su amistad. Fue demasiado fácil: una palabra lleva a otra, una mirada comprensiva captura una confidencia, después del primer secreto y un abrazo sincero, surgió el aprecio mutuo, el amor. Así que fue Eva quien presentó a Sofie, unas semanas después, a alguien que le ofreciera un buen precio por la casa y el local para comenzar el negocio. Surgió una amistad incomparable entre las dos a pesar de la significativa diferencia de edad. Eva, con sus cincuenta años, bien podría haber sido su madre, aunque no la biológica, considerando su piel tan oscura en contraste con la piel demasiado blanca y clara de la chica.
"Pero déjame verte", pronunció la mujer justo después del abrazo.
Agarró a Sofie por las muñecas y la alejó de ella para estudiarla mejor. Luego negó con la cabeza, desaprobando.

"¿Qué no te convence? ¡Vamos, dime!", instó Sofie, aunque ya se lo imaginaba.
"¡Realmente pensé que estarías bronceada! ¿No has ido ni a la playa ni a la piscina, ¿verdad?".
De hecho, la chica le había mentido, prometiéndole cerrar la tienda para pasar diez días de relajación en algún lugar junto al mar o comprar una membresía para la piscina, pero el tono grisáceo de su piel era una clara evidencia de que ni siquiera se había acercado a la arena y la orilla de una playa.
"Estaba muy ocupada arreglando la casa", se justificó Sofie.
"¿Arreglando la casa? Si vives en un estudio", murmuró Eva, siguiéndola.
"He cambiado un poco la decoración".
"¡Eres una mentirosa!".
"¡Lo juro! Todo gracias a tu jefe. A este ritmo, podría financiarme una casa completa".
Eva no supo si creerle, pero ciertamente Sofie tenía razón cuando hablaba de su jefe. A ese ritmo, el dinero de Mr. Allen realmente permitiría a su amiga comprar una casa propia, aliviándola así del peso del alquiler.
"A propósito... ¿hay tulipanes?", preguntó Eva esperanzada.
"¿Otra vez los tulipanes? ¿En esta época?".
Que faltaran los tulipanes fue quizás una de las primeras cosas que Jacob le había dicho esa mañana. Pero por lo general, siempre funciona así: lo que falta es siempre lo que se desea más.
"Lo sé, es una locura, ¡pero Allen es una locura!".
Sofie estalló riendo mientras colocaba con cuidado esos tres tristes girasoles en un jarrón verde. Eva se dejó caer vencida en la silla detrás del escritorio de vidrio, cerca de la caja registradora.
"¿Ha cambiado de mujer otra vez?", preguntó Sofie, curiosa.
"Sí, desafortunadamente. Él cambia de mujer con la misma frecuencia con la que cambia de ropa interior. Esta es la segunda en pocos días. Piensa que me acusó de sabotear su cita porque no compré flores de ti la última vez. ¡Eh, no pongas esa cara! Tu tienda estaba cerrada por vacaciones y me vi obligada a ir a Aghata Flowers", admitió la otra.
Sofie arrugó la nariz cuando su amiga pronunció el nombre de la competencia. Aghata Flowers era conocida como la florista más deshonesta y mezquina de todo Brooklyn, hábil en vender flores compradas en internet como si fueran producto cuidado personalmente por ella.
"De todos modos, quería incluso demandarte", continuó Eva.
Sofie dejó a un lado las flores y se volvió. Eva estaba seria.
"¿Demandarme? ¿Por qué absurda razón? ¡Ni siquiera lo conozco!".
"¡Mejor así, chica, confía en mí! Allen es el bastardo más sexy de todo Brooklyn, pero mereces algo mejor", respondió con una expresión soñadora.
Sofie sacudió la cabeza y volvió a su trabajo. Mr. Allen era un misterio, todo el mundo hablaba de él, Eva no dejaba de maldecirlo y enfatizar lo atractivo y guapo que era, uno de esos hombres que gustan a las mujeres. Sin embargo, Sofie nunca lo había visto y ciertamente no estaba ansiosa por encontrarse con él. Para Sofie, los hombres representaban solo peligro y problemas. La única forma de mantenerse a salvo era evitarlos, y después de su mudanza, lo estaba logrando muy bien. No tenía intención de caer en eso de nuevo.
"De todos modos, no me importa, puede ser lo sexy que quiera, sigue siendo un bastardo, ¿no? Dime más bien por qué estaba a punto de ser contactada por su abogado", preguntó.
"Según él, no deberías haber cerrado el negocio durante diez días", respondió Eva.
Sofie volvió a apartar las flores.
"¿Qué? ¡Pero es una locura!", exclamó incrédula.
"Te lo dije, Allen está loco. De todos modos, trata de encontrar alguna flor que se parezca a los

tulipanes, por favor", sugirió Eva.
"¿En serio lo dices?".
Eva lo decía en serio.
Mr. Allen era un hombre rico y adinerado que, tras abandonar la caótica vida de Manhattan y Wall Street, se refugió en el distrito financiero algo más tranquilo y habitable de Brooklyn. Su enorme oficina ocupaba el décimo piso de un rascacielos completamente acristalado, ubicado en el vecindario más glamuroso, elegante y majestuoso de todo Brooklyn, The Heights, desde donde se podía admirar la impresionante panorámica del skyline de Manhattan. El vecindario recordaba mucho al Upper East Side de Nueva York, pero al mismo tiempo presumía de una arquitectura rústica, el paseo ribereño ideal para correr, las casas de piedra rojiza con decoraciones de terracota, las iglesias antiguas, las casas de estilo federal y las largas avenidas arboladas.
"¿Puedes preparar un ramo de flores para las seis de la tarde?", insistió la mujer.
"¿Alguna vez te he dejado plantada?".
"¡Claro que no! Pasaré a recogerlas yo misma. Ahora déjame correr al trabajo, ¡esperando que ese loco no se le ocurra otra petición absurda!".
Eva besó rápidamente a su amiga y cruzó corriendo la calle sin preocuparse siquiera por los pasos de peatones. El edificio en el que trabajaba estaba justo enfrente de la tienda de flores, de la cual Eva siempre se abastecía en nombre de Mr. Allen. El hombre nunca se olvidaba de llevar flores en la primera cita, eran como su tarjeta de presentación, aunque las mujeres con las que salía ni siquiera se molestaban en agradecerle ese gesto romántico y caballeroso. Allen seguramente causaría más efecto si en la primera cita les mostrara una fotocopia de su situación económica y la cantidad en su cuenta bancaria. Terminaba atrayendo siempre a mujeres equivocadas y materialistas, y a punto de cumplir cuarenta años, seguía soltero, sin una pareja estable con la que esperar formar una familia, como siempre había deseado en secreto.
Sofie se encontró pensando en qué flores incluir en el ramo, al final eligió girasoles, que aún evocaban el verano y cuyo encanto siempre permanecía inmutable.
Allen debería haber esperado a la primavera, cuando florecieran los tulipanes, antes de regalarlos a alguien. Después de todo, eso era lo que Sofie había estado haciendo cada año durante los últimos cinco años. Sofie esperaba la primavera con impaciencia y anhelo, esperando ver los tulipanes blancos y naranjas que tanto amaba, las flores que le recordaban su hogar, las flores que le hacían llenar el rostro de lágrimas, las que le infundían tristeza y coraje al mismo tiempo.
Roció las flores con un espray brillante y al instante siguiente, el timbre de la puerta anunció la llegada de alguien. El día había pasado volando y Eva había regresado como había prometido.
"¿Los girasoles?", preguntó Eva, abriendo los ojos sorprendida.
"¿No te gustan?", preguntó Sofie con falsa inocencia.
Mientras tanto, su amiga le entregó algunos billetes directamente de la cartera de Mr. Allen.
"¿Crees que los girasoles se parecen a los tulipanes? Fui clara, Sofie", se quejó.
"Los tulipanes no están disponibles en esta época y no existen flores similares a los tulipanes".
"Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?".
La chica miró a su amiga directamente a los ojos mientras le entregaba el cambio y el recibo.
"Vamos, Eva, ese hombre ni siquiera sería capaz de distinguir las rosas de las margaritas, mucho menos los girasoles de los tulipanes", estalló. "Imagínate si las flores son importantes para él, ni siquiera lo son las mujeres a las que se las regala, ya que encuentra una nueva cada semana".
"Eso es lo que piensas tú. Allen puede ser un loco, pero sabe lo que hace. Ahora, por culpa tuya y tus girasoles, me lo tendré que aguantar en el trabajo".

"No te lo tomes tan en serio, es solo un capricho".
"No lo subestimes, él no pierde nada llamando a su abogado".
"Aún con esta historia? Que llame a su abogado y me demande a mí y a los girasoles", dijo Sofie con indignación.
Eva tomó las flores con expresión abatida, no estaba lista para regresar a la jaula de los leones y enfrentarse a su jefe, a quien conocía muy bien, y que seguramente se volvería loco al ver los girasoles en lugar de los tulipanes solicitados específicamente. Eva no podía entender la obsesión de ese hombre por las flores, ya que con flores o sin ellas, seguía llevándose a las mujeres a la cama.
"De todos modos, no quiero ser repetitiva o desagradable, ¿no crees que ya es hora de que encuentres a alguien con quien salir?", aventuró Eva con cautela. "No digo que debas seguir el ejemplo de Allen, pero..."
Sofie se quedó petrificada. Ese era un tema doloroso. Aunque Eva conocía la verdad, esperaba que en algún momento Sofie dejara de sufrir y volviera a confiar en los demás y enamorarse de nuevo. Según Eva, después de cinco años, era hora de que su amiga pasara la página y comenzara un nuevo capítulo en su vida. Ella merecía hacerlo, pero Sofie no parecía pensar de la misma manera.

"No tengo tiempo para citas ni para hombres", respondió Sofie con enfado, recuperándose.
"Como quieras. Que tengas una buena noche, Sofie, y recuerda teñirte el cabello. O puedes dejarlo al natural, creo que te quedaría muy bien", añadió Eva.
Eva salió de la tienda y Sofie corrió inmediatamente hacia el espejo. Su antigua amiga tenía razón, realmente necesitaba teñirse el cabello y también un buen corte nuevo. Desde que llegó a Estados Unidos, tal como se prometió en el aeropuerto antes de partir, no había hecho más que oscurecer su cabello rubio natural, creyendo que eso sería suficiente para parecer otra persona en el reflejo del espejo al que ella evitaba mirar. Y cuando incluso el tinte no funcionó, Sofie tomó las tijeras y se cortó el largo cabello liso. Era irreconocible, ya no era la misma Sofie de Ámsterdam, al menos eso creía ella.

CAPÍTULO 2

Los días pasaban todos iguales. Llegó rápidamente mediados de septiembre y apenas quedaba rastro del verano. Mientras tanto, Sofie había corrido durante tres buenos minutos, recorriendo toda Orange Street, y jadeante, abrió su tienda de flores tarde. Nunca le había pasado quedarse dormida después de que sonara la alarma y dormir tan profundamente. Luego, durante el trayecto de casa al trabajo, no pudo evitar esperar en su interior que nadie hubiera tenido la brillante idea de comprar flores justo mientras ella dormía plácidamente, tal vez algún hombre que recurriera a un simple ramo de rosas para pedir perdón, ignorando que el perdón viene del corazón y no se compra.

Colocó las llaves y el bolso sobre el escritorio de cristal y corrió a encender las luces mientras, al mismo tiempo, aflojaba la bufanda de seda verde y azul que se había atado al cuello antes de salir apresuradamente de casa. En ese preciso instante, el timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de un cliente. Sofie, aún acalorada por la carrera, agotada hasta el límite de sus fuerzas, se giró hacia la entrada del local y se detuvo.

"Hola", saludó el hombre mientras se quitaba unas gotas de agua de la chaqueta.

Se presentaba un nuevo día bajo la lluvia, quizás incluso más desastroso que el que ocurrió unas semanas antes, que estuvo a punto de inundar todo Brooklyn. «Buenos días», respondió Sofie. Cuando el hombre levantó la mirada, atraído de repente por esa voz femenina con un acento que no era para nada americano, tuvo un momento de vacilación. Al final, fue Sofie quien tomó la palabra, ignorando a ese sujeto de belleza simple e innata que por un instante logró hacerla sentir intimidada. "¿En qué puedo ayudarlo?", le preguntó.

"Ehm... necesitaría tulipanes", respondió el hombre, titubeante.

Ya no parecía tan seguro de su solicitud. De todos modos, esas palabras impactaron a Sofie. Los tulipanes estaban empezando a convertirse en una obsesión para los clientes, algunos eran tan obstinados que se negaban a comprender que los tulipanes, al igual que otras flores, por muy hermosas que sean, no florecen a su antojo. Se necesita respetar los tiempos, es necesario que llegue también para ellos, para las flores, el momento adecuado.

"Lamento decepcionarlo, pero en esta época no hay tulipanes", exclamó Sofie, esforzándose por parecer amable.

Mientras tanto, se acercó a su escritorio y se ocupó de sus manos y de sí misma, fingiendo ordenar sus cosas, aunque, en realidad, ni siquiera había tenido tiempo de quitar su bolso.

"¿Está completamente segura?", insistió el hombre.

Sofie levantó la mirada y se sintió sumergida en esa mirada segura y decidida, en esos ojos castaños con algunos reflejos dorados que combinaban a la perfección con su cabello del mismo color cortado corto. Inmediatamente después, la chica se ruborizó en las mejillas, pero se esforzó por no bajar la mirada y darle la razón. Sin embargo, el hombre frente a ella, vestido elegantemente con un traje oscuro, una camisa clara impecablemente planchada y el rostro limpio, sin un solo rastro de barba en la mandíbula algo rígida y cuadrada, se derritió ante su comportamiento gracioso y le sonrió. Esa sonrisa fue como un puñetazo en el estómago, capaz de fascinarla y perturbarla, pero no se dejó contagiar. El muro que Sofie solía levantar en situaciones similares le fue útil y no se dejó tentar. Sonreír para Sofie, sonreírle a los demás, sonreírle a un hombre, era algo raro, una especie de premio que ella solo concedía a aquellos que

luego demostraban ser dignos de su confianza y amistad. Los hombres, sin embargo, no estaban entre los candidatos a quienes estaba dispuesta a regalar una sonrisa, ni siquiera a ese tipo que ahora estaba frente a ella, ni siquiera a él, que tenía toda la apariencia de ser una persona decente.
"Segurísima", respondió.
"Es una verdadera lástima".
Él se quedó allí, tamborileando los dedos sobre el escritorio sin dar señales de irse.
"De todas formas, hay muchas otras flores... hay margaritas, rosas, lisianthus", informó Sofie. "También depende de quién esté regalando estas flores, si es una ocasión especial".
"Y usted, ¿de dónde viene?", le preguntó él a su vez.
La chica quedó perpleja por un momento, esa pregunta podía considerarse íntima y personal en muchos aspectos, no tenía nada que ver con las flores de su tienda. Decidió no responder, pero cuando se dio cuenta de ese pensamiento, sus labios ya habían respondido sin esperar su consentimiento: "Holanda", exclamó.
Lo positivo era que se había limitado a una respuesta un poco genérica. Nunca se lo perdonaría si le confesara a ese desconocido que nació y creció en Ámsterdam, como si eso bastara para revelar todo lo demás.
"El país de los tulipanes. ¡Qué coincidencia!", comentó el hombre con otra sonrisa breve. "De todos modos, necesito un bonito ramo de flores... ¡hágalo usted! ¡Confío en usted!", agregó.
Sofie se puso inmediatamente en modo profesional y distante, abandonó el escritorio y se dirigió a la esquina donde estaban dispuestas de manera casi maniática todas las flores. Tomó algunas margaritas blancas, agregó un par de gerberas de colores e incluso algunos narcisos al ramo.
"Lamento lo de los tulipanes", dijo de repente, no soportando ese ensordecedor silencio. "Sabe, usted es la segunda persona que me los pide en esta temporada", agregó.
No era la primera vez que trataba con un cliente masculino, además de ser guapo y atractivo. Mientras tanto, el hombre se había acercado, observaba con atención lo que ella hacía, incluso la forma en que cortaba de un solo golpe los tallos demasiado largos de las flores con unas tijeras de jardinería.
"¿De verdad? Bueno, me reconforta", comentó de inmediato.
En su rostro todavía había esa sonrisa emblemática que la chica finalmente atribuyó a la conciencia que el hombre tenía de sí mismo, la certeza de ser atractivo y no pasar desapercibido, de gustar a las mujeres. Sin saber que a ella no le podía gustar. No debía gustarle.
"Sí, en serio. ¡Por suerte, usted no me ha amenazado con demandarme por unos tulipanes!", se le escapó a Sofie, aun divirtiéndose con la historia del abogado de Mr. Allen.
El hombre estalló inmediatamente en una risa divertida.
«Pero no me diga... ¿de verdad hay gente que pagaría a un abogado por unos tulipanes?».
"Debo admitir que provoqué al cliente en cuestión, en lugar de los tulipanes le di girasoles, pero le aseguro que realmente no tenía tulipanes".
"Interesante esta historia".
"Le juro que no estoy bromeando", añadió Sofie.
"¡El mundo está lleno de gente loca!".
"Puede decir eso de nuevo. Este cliente tiene una obsesión por las flores, por los tulipanes, para ser precisos. Está loco, completamente loco", continuó.
"¿Ah, ¿sí?".
De repente, ese tipo parecía realmente divertido con esa situación. Sofie, sin darse cuenta, le permitió infiltrarse en su seguridad y le arrancó una sonrisa sincera. Duró solo un momento porque cuando sintió los músculos de su rostro levantarse y tensarse, ordenó a su cuerpo que se

detuviera y volvió a estar rígida y compuesta.
"¿Y a usted le gustan los tulipanes?", le preguntó el hombre.
Ahora que habían empezado a hablar, él no quería que ella dejara de hacerlo, que dejara de llenarle los oídos con su voz dulce y melodiosa. Sofie se volvió melancólica de repente. Solo Dios sabía cuánto amaba esas flores, cuánto amor y odio sentía al mismo tiempo por los tulipanes. Incluso había habido un momento en su vida en el que consideró la idea de tatuarse un pequeño tulipán blanco en el interior de su muñeca, incluso había hecho una cita con un excelente tatuador de Manhattan, pero al final no tuvo el coraje de presentarse. Convino que no sería ese pequeño tulipán de tinta el que le recordara lo bueno de Ámsterdam, en la vida los recuerdos serían suficientes, algunos de los cuales eran más afilados que una astilla de vidrio, algunos de los cuales seguirían haciéndole daño siempre y para siempre, a pesar del tiempo, a pesar de todo.

"Sí, me gustan mucho", admitió finalmente.
No pasó desapercibido el cambio de ánimo. Siguiendo su instinto, extendió una mano hacia la chica. Sofie se vio obligada a levantar la mirada. Se encontró estudiando una vez más ese rostro atractivo, la expresión sincera de esa cara, y decidió confiarle un poco de sí misma. Extendió su mano y estrechó la del hombre frente a ella. Tenía un firme apretón, una mano cálida en comparación con la suya.
"Fue un placer conocerte", le dijo dejando la frase un poco en el aire, omitiendo una pregunta que ella entendió.
"Sofie", le dijo revelando su nombre.
"Sofie", repitió él, saboreando el sonido. "¡Fue un placer! Yo soy Logan", agregó.

CAPÍTULO 3

Esa noche, Sofie regresó a casa corriendo, justo como lo había hecho por la mañana, esta vez porque estaba lloviendo intensamente y no tenía paraguas. Llegó al número treinta y dos de Orange Street empapada por la lluvia y la ducha caliente que siguió no fue suficiente para evitar los primeros síntomas del resfriado. A la mañana siguiente, sentía como si un camión hubiera pasado por encima de ella mientras el cielo seguía estando cubierto, gris y blanco, con algunas nubes negras en el horizonte que no presagiaban nada bueno. El habitual charlatán del pronóstico del tiempo en la televisión incluso había insinuado la posibilidad de una tormenta.

Mientras tanto, la chica se había dirigido a la tienda con un paquete completo de pañuelos de papel, decidida a usarlos todos desde el primero hasta el último mientras los estornudos la sacudían violentamente de pies a cabeza. Lo último que deseaba era enfermarse. Sería realmente desagradable tener que tomar medicamentos antes de que llegara el frío, la nieve y las desagradables molestias estacionales.

Agarró el teléfono y buscó en la agenda el número de su doctora. Estaba considerando la idea de vacunarse contra la gripe o pedir un tratamiento o, quizás, una buena dosis de vitaminas y proteínas para fortalecer su sistema inmunológico. El timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de alguien. La chica dejó el pequeño cuarto trasero de la tienda donde, además del pequeño baño, también había un armario metálico sin llave ni candado donde solía guardar sus cosas. En el local solo había un adolescente que apenas parecía tener diecisiete años. Tenía el cabello pelirrojo, parcialmente oculto por una gorra de colores con visera, y su rostro estaba cubierto de pecas.

"Buenos días. ¿Es usted la señora Sofie?" preguntó con una voz típica de los adolescentes en plena edad adolescente.

"Sí, soy yo", respondió ella, mostrándose un poco confundida.

El joven, torpemente, le extendió un ramo de flores que había escondido previamente detrás de su espalda.

"Aquí tiene, son para usted", dijo cortante.

Comenzó a retroceder, dirigiéndose hacia la salida una vez que su tarea se consideró completada.

"Debe haber un error", exclamó Sofie, bloqueando su escape.

Sin embargo, el chico simplemente encogió ligeramente los hombros. Su tarea había terminado allí, con la simple entrega de un ramo de flores en nombre de la floristería donde trabajaba ocasionalmente para ganar algo de dinero, por lo demás ni siquiera sabía qué decirle a esa mujer. Le habían dicho que completara la entrega en una tienda en la esquina de Henry y Pineapple Street, y el destinatario era una tal Sofie. Él acababa de hacerlo. Ahora, si había habido algún error, no era su culpa, ya que la dirección y el nombre de la mujer parecían correctos.

"Dime al menos quien las envía", le preguntó Sofie entonces.

El joven mensajero realmente no sabía nada al respecto.

"Lo siento, señora", respondió. "Pero debería haber una notita, tal vez el nombre del remitente está escrito allí", sugirió antes de retroceder nuevamente y subirse a la bicicleta roja.

Sofie todavía estaba asimilando la forma en que la habían llamado. Señora. Arrugó un poco la nariz, pero lo dejó pasar, observando a través del escaparate mientras el chico subía rápidamente a la bicicleta. Luego, fijó la mirada en el ramo de flores. Eran tulipanes.

Se sentó en la pequeña silla de madera con asiento de paja, ubicada detrás del escritorio, y siguió girando los tulipanes entre sus manos. Eran naranjas, de un color intenso, algunos incluso moteados de amarillo y los tallos eran de un verde muy vivo. Parecían recién florecidos, luego cortados de un campo cultivado con cuidado, amor y dedicación en las típicas y queridas tierras holandesas. Finalmente, con cuidado, desprendió el pequeño sobre de papel blanco y lo abrió con exagerada lentitud mientras, al mismo tiempo, se sonaba la nariz a causa de ese maldito resfriado. Debería haber agarrado uno de sus pañuelos de papel para soplar y despejar las vías respiratorias, pero la curiosidad por saber qué decía la nota era tanta, demasiada. Con manos temblorosas se dispuso a sacar el trozo de papel cuidadosamente doblado dentro del sobre blanco. Estaba escrito a mano, con tinta negra de lo que sin duda debía ser una antigua y costosa pluma estilográfica de tiempos pasados. El trazo era decidido, pero no pesado, debía pertenecer a alguien que exhibía seguridad. Sofie se encontró repasando involuntariamente las letras de ese mensaje, trazándolas de nuevo con el dedo.

Un pequeño pensamiento. Logan.

Era el hombre que el día anterior había entrado en su local, el mismo que había pedido los tulipanes que su tienda aún no tenía, el mismo al que estrechó la mano y que, a pesar de su alergia a los hombres, no pasó desapercibido.
Su corazón dio un vuelco por un momento, tal vez dos, incluso tres. Era la primera vez en su vida que alguien le enviaba un ramo de flores, y la situación, en otras circunstancias, incluso podría haber parecido ridícula, ya que el hombre en cuestión le había enviado flores a pesar de saber perfectamente que ella trabajaba con flores. Ese gesto podría considerarse ridículo, pero no lo era, y Sofie lo sabía muy bien. Logan no le había enviado simplemente un ramo de flores corriente y moliente. Eran tulipanes, hermosos tulipanes naranjas, de ese color tan bonito y cálido capaz de brindar calor, aunque solo por unos instantes, al frío y congelado corazón de Sofie. La chica no sabía si esa sensación de frialdad perpetua la abandonaría alguna vez en la vida, pero de algo estaba segura: si aún podía emocionarse ante los tulipanes, ante los recuerdos de su tierra, no todo estaba perdido. Sofie confiaba en el tiempo, solo él sería capaz de hacer menos evidentes sus cicatrices. Sin embargo, era consciente de que las marcas del pasado nunca desaparecerían por completo, pero por el momento se negaba a mirar la vida con demasiado entusiasmo y positividad. Había seguido adelante, pero no del todo; lo había hecho lo suficiente como para respirar, pero si la gente pudiera leer en su mente lo que había sido, lo que había hecho o lo que se había visto obligada a hacer, inevitablemente llegarían los juicios de aquellos que solo saben señalar con el dedo, creyéndose mejores. Ella no podía hacer otra cosa que culparlos, porque ella misma se consideraba culpable y creía que era justo el infierno en el que había caído y del que, con dificultad, había logrado salir con las rodillas raspadas y los moretones en el corazón.
Cada uno es responsable de sus propias acciones, ¿y quién mejor que Sofie para saberlo?
Entonces, esos tulipanes no eran ridículos, no podía considerarlos así desde el momento en que el remitente de ese gesto aparentemente loco e increíble era Logan. Maldijo instantáneamente las extrañas suposiciones y conjeturas que su mente comenzó a producir, cerró los ojos y tragó saliva esperando que los pensamientos desaparecieran. Si no fuera por las flores, que no tenían culpa alguna, o por su tierno corazón que, después de todo, aún ocupaba un lugar en su pecho, los tulipanes habrían terminado directamente en la papelera, junto con esa notita escrita con extrema cuidado y precisión. Sin embargo, Sofie agarró un jarrón de cristal que estaba cerca y

los depositó dentro. Luego fue el turno de la notita. Una voz, en su cabeza, le decía sin rodeos que arrancara ese papel insulso y a la vez potencialmente peligroso, tanto como el gesto de ese hombre fascinante. La otra vocecita, en cambio, le susurraba que mantuviera esas pocas palabras cerca. Sofie decidió entonces escuchar precisamente a esta última voz, cerró los ojos y apretó fuerte ese trozo de papel entre sus manos, luego se lo llevó al pecho, sobre el corazón.

CAPÍTULO 4

"¡Quien no muere, se encuentra otra vez!" exclamó Eva, haciendo su entrada triunfal en la tienda de Sofie, unos minutos antes de la hora del almuerzo.
"Hola, Eva", respondió la chica, notando de inmediato el extraño comportamiento de su amiga.
Parecía bastante emocionada, tal vez gracias a su nuevo aspecto, con el cabello cortado en Bob y teñido de color ciruela para aligerar el peso de los años, lo que contribuía de manera excelente a inflar su ego y autoestima.
"Si no soy yo quien te hace una visita", continuó, pero dejó la frase en el aire.
"¿Otra vez con esta historia? ¿Crees que puedo colarme en el estudio del Sr. Allen para tener una charla contigo? Por cierto, apuesto a que necesitas un nuevo ramo de flores para él", dijo, esperando cambiar pronto de tema.
No era la primera vez que Eva le reprochaba algunas fallas. En parte tenía razón, Sofie nunca se tomaba la molestia de contactarla o buscarla primero. Eva nunca la había juzgado, siempre había sido comprensiva además de ser una excelente oyente, un hombro perfecto para llorar y una fuente inigualable de buenos consejos, pero Sofie estaba rota por dentro, se sentía de más incluso cuando no lo estaba. Sin embargo, la chica aún recordaba las palabras llenas de cariño que Eva le había dirigido después de escuchar su triste historia. La mujer la había abrazado mientras secaba las lágrimas de ambas. Luego, siempre con esas palabras dulces y reconfortantes, había intentado abrirle los ojos y hacerla mirar el mundo más allá de lo obvio y lo inútil.

«Tesoro, mira, no eres la primera ni la última persona que siente remordimiento por el pasado. Si no me crees, pregunta por ahí. No encontrarás ni una sola persona dispuesta a decirte que está completamente satisfecha con su vida y que nunca ha cometido errores. Ahora, no vengas a decirme que has cometido muchos porque ¡la vida no es una competencia sobre quién comete más! Ahora estás aquí, mírate. Has decidido cortar con el pasado, muy bien. Lo importante es entender los errores y tratar de no cometerlos en el futuro. Empieza a redimirte por ti misma si realmente quieres que los demás también lo hagan».

Eva se había convertido en la madre que se fue demasiado pronto, la madre que siempre estaría a su lado en los momentos buenos o malos, en los fáciles y difíciles, una mujer, pero antes que nada una amiga confiable y sincera que nunca sentiría envidia, que nunca la señalaría ni la haría sentir inferior.
"No, no necesito flores. En estos días Allen está bastante eufórico, tal vez se haya enamorado, ¿sabes? Todos en la oficina lo piensan y nadie habría apostado un centavo a que llegaría un día como este. Ni siquiera se daría cuenta de tu presencia en su estudio si te dignaras a venir a visitarme", insistió Eva.
"¡Estás loca! No tengo ninguna intención de lidiar con ese loco", cortó Sofie de raíz.
Eva levantó los ojos al cielo y al final decidió cambiar de tema también. Con esa cabeza dura que tenía frente a ella, no había esperanza de ganar.
"¡Dejemos de charlas! ¿Qué me cuentas de bueno? ¿Hay novedades?"
Sofie tuvo un pequeño sobresalto, casi imperceptible. Por mucho que quisiera a su amiga y confiara en ella al cien por ciento, todavía no estaba lista para contarle lo que le había sucedido

en los últimos días. Además, había muy poco que decir, no había sucedido absolutamente nada.
"La misma vida, la misma monotonía", minimizó la chica, echando una breve mirada a los tulipanes en el escritorio.
No había tenido tiempo de esconderlos, Eva había irrumpido en su tienda como siempre, de repente. Entrelazó los dedos detrás de su espalda, esperando que la otra no los notara.
"Si empezaras a salir un poco, tal vez no estarías tan aburrida. ¿Qué te parece?"
Aquí vamos de nuevo, pensó Sofie. Para Eva, siempre era la temporada de los amores.
"Sabes que por la noche estoy demasiado cansada para salir".
"¡Tonterías! Nunca he creído tus miserables excusas y no tengo intención de hacerlo ahora".
"Entonces haz lo que creas conveniente".
"De acuerdo... ¿dices que estás cansada? Encuentra a alguien que pueda ayudarte en el trabajo. Ahora el negocio ya está en marcha, te lo puedes permitir", propuso con una sonrisa demasiado satisfecha en su rostro.
Lo que Sofie realmente echaba de menos era simplemente las ganas de escapar de ese hermoso capullo de seda que había construido con sus propias manos, para protegerse y esconderse. Eva estaba convencida de que, si existiera algo, ya sea magia o cualquier artilugio, que permitiera hacer a la gente invisible, su amiga lo conseguiría a cualquier costo. Sofie incluso estaría dispuesta a vender lo poco que tenía solo para obtener la invisibilidad a los ojos de todo el mundo.
"Vale, el cansancio y el trabajo tienen muy poco que ver. Ya sabes que yo he cerrado con los hombres", le casi gruñó, tratando de parecer seria y decidida.
Habían pasado cinco años desde la última vez que un hombre la había tocado. De hecho, para ser sincera, no se había limitado solo a eso. De todos modos, Sofie no tenía ninguna intención de caer en la trampa. Ahora estaba bien así, estaba sola y satisfecha con el rumbo que estaba tomando su vida, ahora que llevaba una existencia ciertamente más saludable y limpia.
"Ni siquiera has probado uno de aquí", respondió coqueta Eva. "Los americanos no están mal, ¿sabes?"
"No me interesan y es inútil que pongas esa cara. ¡Tú lo tienes fácil!", añadió Sofie subiendo la apuesta.
El resultado no fue el esperado. Eva parecía tener todas las intenciones de pasar su pausa para el almuerzo en la tienda de flores. Evidentemente, pensó la chica, había vuelto a sus dietas, las que para ella significaban saltarse las comidas o llenarse el estómago con jugos de verduras y vitaminas, una vez que llegaba a casa. Por lo tanto, pasar todo el tiempo con Sofie alejaría la tentación de correr a Paolo's, el restaurante italiano cercano que servía deliciosas lasañas bien condimentadas todos los días.
"Mira, no cambio de hombre desde hace más de seis meses", se justificó Eva.
"¡Y por suerte!"
"No es culpa mía que mis historias siempre acaben mal".
"Exactamente, es culpa de los hombres y yo no quiero volver a lidiar con ellos".
"Sin embargo, yo estoy convencida de que el indicado existe para cada uno de nosotros, solo hay que buscarlo", continuó Eva con la mirada soñadora.
"Entonces, ¿según tú debería buscar también al príncipe azul?", preguntó Sofie.
"Exacto", comentó entusiasmada Eva mientras aplaudía emocionada.
Sofie resopló y volvió a tomar asiento en la silla de mimbre.
"¡Mi príncipe azul puede quedarse tranquilamente montando a caballo en algún lugar! Luego no vengas a quejarte conmigo cuando también rompas con James".

"James es el indicado, esta vez lo siento".
"Dijiste lo mismo de Mark y Dimitri, ¿no recuerdas?", murmuró Sofie.
"Por eso mismo también se lo dije a mi esposo, ese borracho y buen para nada. Lo único bueno con él fueron los hijos", tronó Eva.
"Por cierto... ¿qué dicen Clarissa y Jorge?".
Quizás, de esa manera, lograría finalmente desviar la conversación hacia otros temas, pensó la chica, aunque realmente le interesaba saber sobre los hijos de Eva. Los dos chicos tenían casi la misma edad que ella, pero Sofie nunca los había visto en persona, ya que Clarissa y Jorge se habían mudado uno a Pittsburgh, en Pensilvania, y la otra a Chicago, inicialmente para la universidad y luego se habían quedado por trabajo. Por lo general, durante las festividades Eva era quien empacaba sus maletas y aprovechaba para escapar de Nueva York. Sofie siempre se había conformado con todas las fotografías y los relatos de esa madre que había criado a sus hijos sola. Esos relatos y fotografías le habían permitido conocer en detalle a Clarissa y Jorge, como si siempre hubieran sido sus amigos.
"No cambies de tema, señorita. A este ritmo te obligaré a inscribirte en una agencia matrimonial", sentenció Eva.
"No lo digas ni siquiera en broma".
De hecho, no estoy bromeando. Entonces, ¿por qué no intentarlo con mujeres ya que los hombres te dan tanto asco?", le propuso seriamente.
"¿Con mujeres? ¿Acaso te has vuelto loca? No siento atracción por las mujeres, así que pongamos fin a esta discusión. Aprecio tu interés y eso ya lo sabes... estoy bien así".
"Eres una mentirosa. Una monja enclaustrada tiene más vicios que tú... ¡es increíble!"
"Mira, me hubiera convertido en monja con gusto, pero dudo que hubieran creído en mi vocación o de todos modos no me hubieran aceptado después de haber investigado mi pasado".
"Cariño, tú no tuviste ninguna vocación. Deja de cerrarte como un erizo. Ahora me voy, mi hora de almuerzo ha terminado y no creo que pueda resistir hasta esta noche con el estómago vacío. ¿Un café no afectará la balanza, ¿verdad?"
Sofie sacudió la cabeza y simplemente sonrió a su amiga mientras ella se alejaba balanceándose en sus tacones negros hacia la puerta del local. Ya tenía un pie afuera, pero de repente Eva dio un paso atrás.
"Tal vez mañana me cuentes sobre tu amante secreto, ¿qué te parece?"
"¿Qué?!"
"Los tulipanes... ¿de verdad creías que no me daría cuenta?", añadió guiñándole un ojo con complicidad y malicia.
No le dio tiempo a Sofie para inventar una mentira. Eva corrió para cruzar la calle sin preocuparse por llegar primero a los pasos de peatones, lo que causó la hostilidad y la irritación de los automovilistas que comenzaron a tocar sus bocinas. Sofie suspiró ruidosamente y volvió a dejarse caer en la silla, cansada y agotada. Luego, miró los tulipanes que parecían sonreírle, con la misma sonrisa clara y perfecta de Logan. Se dejó caer entonces sobre el escritorio y presionó su frente contra el vidrio frío, esperando aliviar sus tormentos, los nuevos que habían llegado con ese hombre como una ráfaga de frescura, y los antiguos de Holanda que nunca la abandonarían.

CAPÍTULO 5

Sofie decidió pasar la tarde del miércoles, el día de cierre semanal de su tienda, en el paseo de Brooklyn Heights, vistiendo unos simples pantalones de chándal, una camiseta blanca de algodón con la sudadera atada a la cintura y un par de zapatillas de deporte adecuadas para la actividad física. Corría a lo largo del río Hudson y, mientras su cuerpo expulsaba toxinas, sus ojos disfrutaban del espectacular panorama que ofrecía Nueva York. Aún no podía creerlo y, como siempre sucedía, temblaba al pensar que todo podría ser solo un sueño y que, al despertar, después del sonido del despertador, los Estados Unidos y su cuidadosa escapada fueran solo una invención de su mente. Mientras tanto, en el cielo, el sol parecía estar dispuesto a ponerse, el atardecer se acercaba y pronto esa bola de fuego se sumergiría y se hundiría en las aguas agitadas por la ligera brisa de ese día.

"Tal vez por hoy sea suficiente", sentenció.

Los pulmones dentro de su caja torácica parecían estar luchando contra ella. Luego se sentó en un banco libre, dejándose caer casi sin peso sobre el hierro mientras recuperaba el aliento. Después, inclinó el torso hacia adelante y presionó las manos sobre las rodillas. Permaneció en esa posición durante mucho tiempo, mientras que alguien más, no muy lejos de ella, parecía estar haciendo ejercicios de respiración, también después de una intensa actividad física. Sofie se encontró mirando aquel cuerpo masculino simplemente magnífico en un simple chándal de color gris. Los pantalones envolvían sus piernas tonificadas y musculosas, la tela se adhería de manera perfecta, casi como una segunda piel. Y luego, a pesar de llevar una sudadera de manga larga, del mismo color que los pantalones, casi se podían distinguir los principales grupos musculares contraídos mientras el hombre recuperaba el ritmo adecuado de la respiración, empujando con ambos antebrazos sobre la barandilla de hierro forjado que se alzaba sobre las aguas del río. Cuando finalmente los ojos de Sofie se posaron en el cabello de aquel hombre y en su perfil, se dio cuenta de quién era realmente el deportista jadeante.

"Oh no", susurró en medio de la agitación.

Su corazón dejó de latir por unos segundos, para luego comenzar a correr hacia quién sabe qué meta. Los kilómetros que había recorrido a lo largo del Hudson no eran nada en comparación con la adrenalina que ahora fluía por sus venas y los violentos latidos que afectaban el músculo de su pecho.

Debo irme lo antes posible, pensó, levantándose del banco.

Por un momento, pareció indecisa sobre qué hacer, si caminar rápidamente o moverse lentamente, arrastrándose como una serpiente que pareciera disfrutar del suelo arenoso debajo de ella. Al final, optó por un término medio, esperando que fuera suficiente para camuflarse como un camaleón entre la multitud y que Logan no decidiera retomar la carrera o girarse en ese preciso momento.

"Sofie, ¿eres tú?"

La suerte favorece a los valientes y Sofie no se consideraba valiente de ninguna manera. No había otra explicación, ya que Logan se volteó en su dirección justo cuando ella esperaba que no lo hiciera. La suerte o el destino habían decidido quizás que fuera correcto darle al encantador hombre, de quien deseaba más que cualquier otra cosa escapar, la oportunidad, en cambio, de notarla.

La chica se quedó paralizada en su lugar, trató de adoptar una postura correcta con la espalda recta y el pecho hacia afuera, y después de tomar una generosa bocanada de aire, dibujó en su rostro una expresión falsamente sorprendida y se volteó.
"¡Oh! ¿También está aquí?", le preguntó.
Había utilizado a propósito un tono formal, a diferencia de Logan, que no tuvo ningún problema en dirigirse a ella como si realmente se conocieran de toda la vida y, tal vez, no se hubieran visto en mucho tiempo. De hecho, habían pasado tres días desde la primera y última vez que se habían visto. Sofie se maldecía al darse cuenta de lo estúpido que había sido incluso llevar la cuenta de los días.

"Sí", Logan se acercó rascándose la nuca. "¿Entonces tú también vienes a correr aquí?", añadió.
Algo le hizo creer que a ella no le gustaba demasiada confianza, tal vez habría sido mejor dar un paso atrás y, a regañadientes, dirigirse a ella con cierta distancia, pero Logan simplemente no podía hacerlo. Continuó imperturbable dirigiéndose a Sofie con esa naturalidad que, desde la primera vez que se vieron y hablaron, días antes, lo había tomado por sorpresa.
"Uh, sí... no siempre, algunas veces", admitió la chica mientras, al mismo tiempo, miraba nerviosamente a su alrededor.
Parecía temer que alguien pudiera verla, tal vez en compañía de un hombre, como si ella fuera alguna especie de fugitiva y la policía estuviera tras sus pasos, como si estuviera sentimentalmente ocupada y alguien pudiera cuestionar su fidelidad.
"De hecho, esta es la primera vez que te veo", exclamó Logan.
Se permitió observarla más detenidamente, como si en lugar de ojos tuviera escáneres infrarrojos capaces de desnudarla y ver lo que había debajo de su ropa. La estudió detenidamente de arriba abajo con atención y ansia, y sus ojos castaños, que en ese momento estaban moteados de naranja como el atardecer en el cielo de Brooklyn, se detuvieron más de lo esperado en la camiseta que, al ser blanca, se había vuelto ligeramente transparente debido al sudor.
Sofie sintió cómo el calor se apoderaba de su rostro. Esta vez, no era debido al esfuerzo de la carrera. Se sentía acalorada y de nuevo nerviosa. Rápidamente desató la sudadera rosa pastel, que hasta entonces había mantenido apretada y atada a la cintura, y se la puso apresuradamente, subiendo la cremallera casi hasta el cuello.
"B-bueno, yo...", balbuceó mientras intentaba despedirse para luego desaparecer entre las calles de The Heights y dirigirse hacia las cuatro paredes seguras de su hogar.
Sin embargo, Logan no parecía pensar de la misma manera. No quería que ese momento entre ellos se agotara tan rápido.
"¿Te gustó mi regalo?", le preguntó, y por un momento Sofie pareció confundida. Luego él le sonrió y las mejillas de ella se volvieron más oscuras. "Mis flores", agregó para explicarse.
"Oh sí... las flores", repitió Sofie.
"Me refería a los tulipanes".
"Los tulipanes, por supuesto". A ese ritmo, se quedarían en el Paseo de Brooklyn repitiendo las mismas frases una y otra vez, como loros perfectamente entrenados por el hombre. "Gracias, Logan. Eran realmente hermosos", admitió finalmente, asombrada de haber logrado componer una frase coherente que contara más de tres palabras.
Él apareció de inmediato complacido, visiblemente satisfecho de haber logrado dar en el blanco, aunque aún no sabía cuál era, si la mujer en sí misma o su corazón. Quizás era demasiado pronto para una respuesta correcta, pensó.
"¡Me alegra que te hayan gustado! Sabes, vienen directamente de Ámsterdam y.…", comenzó

Logan a hablar sobre Ámsterdam y Holanda, pero Sofie dejó de escucharlo.
Había cometido un gran error al decirle de dónde provenían, ahora no le quedaba más remedio que aceptar esas palabras aparentemente inocuas. Cualquier referencia a Ámsterdam le llegaba como un latigazo, una bofetada en pleno rostro, una puñalada en el pecho. Sintió un dolor en el centro del pecho, casi le costaba respirar y esperaba fervientemente no tener un ataque de pánico en ese preciso instante. Sofie deseaba estar sola, la soledad era su autodefensa, en soledad podía permitirse llorar y desahogar su descontento sin tener que justificarlo, pero no estaba sola y ese no era el momento adecuado para derrumbarse. Respiró profundamente y recuperó su seguridad, aunque costara trabajo, se puso seria y Logan, al interceptar su expresión grave, dejó de hablar al instante.
"No debería haberlo hecho", interrumpió Sofie, refiriéndose a los tulipanes. El hombre quedó impactado por la frialdad de esas palabras, por los labios que temblaban, por esos hermosos y algo asustados iris azules. "Ahora, si me disculpa".

Estaba despidiéndose, incluso dejó el saludo implícito, limitándose a levantar ligeramente una mano mientras retrocedía unos pasos. Luego, con la cabeza en alto y decidida, se dio la vuelta para regresar por el camino. Logan se quedó parado y aturdido por un momento, luego volvió en sí y, en un instante, la alcanzó.
"Sofie, ¿a dónde vas?", le preguntó.
La razón le sugirió que dejara de lado toda esa confianza que se había tomado. Se dirigió a ella con formalidad, esperando que fuera suficiente.
"¿Dónde cree que voy? ¡A mi casa! Y no veo razón alguna para que me siga", respondió la chica, decidida.
"¿Dije algo incorrecto? Si dije algo que pudiera haber herido sus sentimientos o su persona, le pido disculpas", dijo él.
Estaba decidido a no dejarla escapar y Sofie, frente a toda esa obstinación y terquedad, al sonido desesperado de su voz que intentaba retenerla, a esas manos que primero se extendieron para detener su huida y luego se retractaron al darse cuenta de que a ella preferiría no ser tocada, se detuvo en el acto. Logan estuvo a punto de chocar con ella, logró detenerse antes de aplastarla, sin embargo, por una fracción de segundo, se rozaron. Él la tocó en un costado para sostenerla y evitar que cayera, ella puso las manos en su pecho para no rebotar hacia atrás. Con las yemas de los dedos quemadas por ese breve contacto, Sofie retrocedió asustada.
"Logan... pongamos las cosas claras de una vez por todas", le dijo con voz temblorosa y un ligero jadeo.
"De acuerdo, está bien", tuvo que consentir.
"Los tulipanes eran hermosos y realmente aprecié mucho tu... uh, su gesto, pero no debías hacerlo. No estoy buscando a un hombre, así que...".
La expresión en el rostro de él se volvió indescifrable. Sofie disminuyó el ritmo de sus palabras hasta que el concepto que tanto quería expresar murió en sus labios. Luego él sonrió y levantó las manos en alto. ¿Estaba acaso declarando rendición? ¿Tan pronto? ¿Sin siquiera insistir un poco más?
Mejor así, pensó Sofie.
La razón le sugirió que dejara de lado toda esa confianza que se había tomado. Se dirigió a ella con formalidad, esperando que fuera suficiente.
"¿Dónde cree que voy? ¡A mi casa! Y no veo razón alguna para que me siga", respondió la chica, decidida.

"¿Dije algo incorrecto? Si dije algo que pudiera haber herido sus sentimientos o su persona, le pido disculpas", dijo él.
Estaba decidido a no dejarla escapar y Sofie, frente a toda esa obstinación y terquedad, al sonido desesperado de su voz que intentaba retenerla, a esas manos que primero se extendieron para detener su huida y luego se retractaron al darse cuenta de que a ella preferiría no ser tocada, se detuvo en el acto. Logan estuvo a punto de chocar con ella, logró detenerse antes de aplastarla, sin embargo, por una fracción de segundo, se rozaron. Él la tocó en un costado para sostenerla y evitar que cayera, ella puso las manos en su pecho para no rebotar hacia atrás. Con las yemas de los dedos quemadas por ese breve contacto, Sofie retrocedió asustada.
"Logan... pongamos las cosas claras de una vez por todas", le dijo con voz temblorosa y un ligero jadeo.
"De acuerdo, está bien", tuvo que consentir.
"Los tulipanes eran hermosos y realmente aprecié mucho tu... uh, su gesto, pero no debías hacerlo. No estoy buscando a un hombre, así que...".
La expresión en el rostro de él se volvió indescifrable. Sofie disminuyó el ritmo de sus palabras hasta que el concepto que tanto quería expresar murió en sus labios. Luego él sonrió y levantó las manos en alto. ¿Estaba acaso declarando rendición? ¿Tan pronto? ¿Sin siquiera insistir un poco más?
Mejor así, pensó Sofie.
¿Estaba empezando quizás a ilusionarse? ¿A soñar despierta?
Era impactante y Sofie lo sabía muy bien, ella que ya no recordaba cómo eran los sueños, que no había soñado en años, ni cuando estaba en manos de Morfeo ni siquiera despierta, cuando sería más fácil imaginar y anhelar una vida diferente, anhelar ser feliz y merecer toda esa felicidad de verdad después de tanto tiempo, después de haber expiado sus culpas.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, justo después del desayuno, Sofie se apresuró a llegar a su tienda. Caminó rápidamente por toda la calle Henry Street, manteniendo la bufanda de seda bien ajustada al cuello. Las temperaturas seguían disminuyendo, aunque ella estaba acostumbrada a climas fríos y húmedos. Luego, cuando estuvo a punto de cruzar por el paso de peatones para llegar al otro lado de la acera donde se encontraba su tienda, la chica vio la camioneta de Aghata Flowers estacionada frente a su escaparate.

"Espero que sea una broma", murmuró frunciendo el ceño y la boca, sintiendo una fuerte antipatía hacia la competencia. Aghata había decidido jugar sucio, al parecer, incluso en su propio territorio. ¿Acaso quería robarles clientes frente a sus narices? Sofie pensó que la camioneta aún tenía otros cinco minutos antes de desaparecer de su vista, de lo contrario no dudaría en gritarle unas cuantas cosas. Así que, mientras seguía murmurando, pasó junto al furgoncito blanco y se dirigió hacia la puerta de su local. Insertó la llave en la cerradura y una vez adentro, cerró la puerta de golpe, como si su enojo pudiera advertir a quienes estaban afuera.

"¡Buenos días!", exclamó sin embargo una voz justo después, llenando la tienda mientras Sofie estaba en la parte trasera dejando sus cosas.

"¡Ya voy!", gritó mientras luchaba con las mangas de su chaqueta de cuero marrón, que se negaba a salir. "Aquí estoy", agregó, pero una vez que levantó la cortina étnica de caña y bambú, la emoción con la que siempre recibía a los clientes desapareció.

"Buenos días", repitió el hombre en la puerta.

Aquello debía ser una broma de mal gusto, de lo contrario no se explicaba por qué un hombre de unos cincuenta años, con el uniforme de Aghata Flowers, había irrumpido en su tienda.

"¿En qué puedo ayudarlo?", le preguntó.

El tono de voz molesto debería haberle sugerido al hombre de la competencia que no era bienvenido allí. Sin embargo, no se inmutó, levantó la mirada hacia la dueña de la tienda con aire aburrido, como cualquier repartidor.

"¿Es usted la señora Sofie Van De Broeck?", le preguntó.

"Sí", respondió Sofie con dificultad.

"Tengo una entrega para usted".

No podía creer lo que estaba escuchando. Sacudió la cabeza, tal vez lo había imaginado todo, pero el repartidor seguía allí esperando solo por ella.

"Disculpe... ¿cómo ha dicho?", le preguntó.

"Tengo una entrega para usted".

Rió, una risa histérica, y se frotó los ojos antes de volver a hablar.

"Mira, creo que ha habido un error. ¿Una entrega para mí?", preguntó sarcástica y señaló su local.

¿Era posible que el repartidor de Aghata no se hubiera dado cuenta de que acababa de entrar en otra floristería? ¿Qué tipo de entrega podría hacer un florista en otra floristería?

"Señora, tengo una entrega para usted", insistió el hombre. "Ahora, si cree que ha habido un error, llame directamente a Aghata y.…".

"Pero ni siquiera pienso hablar con Aghata", estalló Sofie, furiosa.

"Entonces no sé cómo ayudarla", cortó el hombre, para luego voltearse y buscar a alguien afuera,

en la calle. "¡Vamos, chicos!", agregó hablando con alguien más.
Bajo la mirada incrédula de Sofie, dos niños entraron en el local llevando enormes ramos de tulipanes de diversos colores y tonalidades.
"Pero ¿qué están haciendo?", preguntó ella abriendo los ojos.

Recuperándose del shock inicial, se acercó a ellos e intentó bloquearles el paso, pero su intento fue inútil. Después de apenas diez minutos, la tienda estaba llena de tulipanes coloridos colocados por todas partes. Había naranjas salpicados de amarillo, rojos, fucsias con venas rosadas, incluso azules, y luego estaban los blancos, los que Sofie amaba más que nada por su simplicidad y belleza incomparable.
"Adiós, señora, que tenga un buen día", se despidió el repartidor de Aghata.
"Pero ¿qué buen día? ¡Deténganse! ¿A dónde van?", gritó Sofie en medio de una pequeña crisis de histeria.
Lo que acababa de suceder no era divertido. La ansiedad crecía desmesuradamente en su pecho y su corazón aceleraba los latidos. Miró a su alrededor perturbada, aterrorizada, y corrió hacia el hombre que había iniciado todo ese caos, el hombre que le había deseado un buen día sin pensar, ni siquiera por un segundo, que su entrega acababa de desestabilizar su equilibrio interno ya puesto a prueba la tarde del día anterior y durante la noche en vela pensando en Logan.
¿Era posible que fuera él de nuevo?
Sin embargo, creía haber logrado hacerlo cambiar de opinión.
"¡Esperen! Al menos díganme quién los envía", preguntó Sofie, con pequeñas notas de desesperación y curiosidad en su voz.
¿Quién crees que podría enviarte cientos de tulipanes?, sugirió en su cabeza una voz antipática con un tono sarcástico.
El hombre encogió apenas los hombros, insinuando que no lo sabía, y Sofie sintió una repentina oleada de ira. Había sido clara el día anterior, y parecía que el hombre había comprendido y captado perfectamente el mensaje. ¿Se había perdido algo? Aparentemente sí, si su tienda en ese momento parecía una floristería de Ámsterdam en primavera, con cientos de tulipanes coloridos y cortados de los campos, listos para ser vendidos.
"Los envía Logan, ¿verdad?", preguntó.
"¿Cómo lo adivinaste?", preguntó a su vez otra voz
Sofie abrió los ojos mientras su corazón daba un vuelco en el pecho, su boca se secó y su lengua amenazó con morderse si se atrevía a pronunciar algo incorrecto. Mientras tanto, Logan estaba en el umbral de la puerta de la tienda, con una sonrisa deslumbrante que envidiarían todos los que actúan en los anuncios de pasta dental y presumen de una dentadura más que perfecta y de un blanco deslumbrante. En la tienda reinó el silencio y los repartidores de Aghata Flowers aprovecharon para salir corriendo antes de que la mujer volviera a enloquecer y les hiciera perder un valioso tiempo.
"¿Qué diablos significa todo esto?", le preguntó Sofie.
Moduló el tono de voz para no darle la oportunidad de entender cuánto había quedado impactada y perturbada. Él, por su parte, no se inmutó. Avanzó lentamente y un poco arrastrando los pies dentro del local. Llevaba puesto un traje azul oscuro rayado, el cabello castaño despeinado y perfecto al mismo tiempo, los ojos seguros al igual que su postura, y una maleta de trabajo en una mano.
"Habían olvidado la notita, así que me vi obligado a entregarla en persona. ¿Acaso arruiné la sorpresa?", le preguntó con una actitud inocente y provocativa al mismo tiempo, volviendo a

tonos menos formales.
Sofie estaba atónita. Le parecía que esa mañana, frente a sus ojos, había otra persona, otro hombre que, de alguna manera, no tenía nada que ver con el que había conocido días antes. Exteriormente seguía siendo el mismo, aunque a diferencia del día anterior no llevaba puesto el traje de entrenamiento y el sudor no le perlaba la frente. Sin embargo, en los ojos de Logan brillaba una nueva luz y la chica no pudo evitar estremecerse. La piel de sus brazos se cubrió instantáneamente de pequeños puntitos mientras los vellos se erizaban, pero gracias al cielo, ese espectáculo quedó oculto, protegido por las mangas largas de una simple camiseta amarillo canario.
Contó hasta tres, luego respiró profundamente e instó a sí misma a mantener la calma. Después de eso, decidió sacar sus armas y atacar al enemigo que, mientras tanto, extendía una mano en su dirección y le entregaba un pequeño sobre de carta de un simple color blanco. Sofie agarró la notita, casi la arrancó de los dedos de Logan, asegurándose de no rozar sus manos para no verse afectada de nuevo, y también mostró una sonrisa maliciosa mientras se preparaba para soltar la bomba.
"¡Esto es lo que sucede cuando se recurre a personas poco profesionales!", exclamó con acidez. "¡Qué papelón habría hecho si todos estos tulipanes hubieran sido para una mujer sinceramente interesada en usted! Es una suerte, en este punto, que el destinatario sea yo, a quien no le importa nada de usted y las flores".
"¿De verdad? ¿Estás tan segura, Sofie?".
Apartó rápidamente la mirada para no perderse en las iris oscuras y brillantes del hombre que estaba a centímetros de distancia, luego, sin poder resistir la tentación, abrió el sobre para leer lo que había dentro. Él, mientras tanto, parecía divertido por toda la situación y desprendía una deliciosa y irresistible fragancia masculina, capaz de nublar la razón por unos instantes. He decidido no rendirme. Logan.
¿Qué significaban esas palabras? Sofie abrió mucho los ojos y levantó la mirada, esperando encontrar una respuesta impresa tal vez en la frente de la persona que estaba a menos de cincuenta centímetros de distancia. Distancia, por decirlo de alguna manera, ya que Logan, entre otras cosas, también había invadido su espacio vital y las debidas distancias de seguridad que la chica había decidido mantener con los hombres.
"¿Qué significa?" le preguntó.
"Exactamente lo que está escrito".
"Ya te lo he dicho...", empezó, abandonando por la prisa y los nervios toda formalidad.
"No me importa, Sofie. No tengo intención de rendirme contigo incluso si hubiera otro hombre en tu vida", confesó Logan.
"¿Qué?" preguntó, incrédula.
Se frotó los ojos con las manos, esperando despertar de ese extraño sueño que, de alguna manera, podía considerarse una pesadilla.
"No quiero rendirme. Me gustas, Sofie".
Su rostro ahora mostraba una expresión imperturbable y severa. Logan no estaba bromeando en absoluto y eso era realmente un problema.
"Todo esto es una locura, ¿sabes?".
¿Cómo podría hacerlo cambiar de opinión?
Sentía el pánico asaltándola, contaminando las células de su cuerpo.
Los hombres tan seguros de sí mismos ya no le gustaban, le daban un miedo irremediable, más miedo que la oscuridad de la noche.

"De hecho, alguien una vez me dijo que soy un loco. Hasta pronto, Sofie. Que tengas un buen día".
Logan hizo un gesto con dos dedos para despedirse y, dándole la espalda, se dirigió hacia la salida. Sofie, por un momento, se quedó paralizada en su lugar, luego inmediatamente se despertó de esa especie de trance.
"Logan, ¡espera!" lo llamó.
Lo alcanzó en la puerta y, contra sus propias expectativas, se encontró agarrándolo del brazo. Luego, todo sucedió demasiado rápido.
"Buenos días, señora Delgado. ¿También está usted aquí?", preguntó Logan dirigiéndose a la amiga de Sofie.
"¡B-buenos días!" balbuceó Eva, abriendo mucho los ojos, aterrorizada.
Su mirada luego se posó en la mano de su amiga, que sujetaba firmemente su brazo. Sofie, sorprendida en flagrante y sintiéndose culpable, se estremeció y lo soltó de inmediato. El joven arregló su chaqueta y luego saludó a ambas mujeres, luego sonrió nuevamente a Sofie y se fue después de guiñarle un ojo.
El silencio se apoderó de las cuatro paredes de Flowers, el tiempo pareció detenerse, al menos hasta que Eva tosió falsamente para captar la atención de Sofie.

"¿Conoces a Logan?" preguntó la chica, esperando poner fin de inmediato a ese momento cargado de vergüenza.
Sus mejillas aún estaban teñidas de vergüenza, aunque en realidad no había sucedido nada inapropiado o vergonzoso. Eva miró hacia atrás, como si temiera llamar la atención de alguien o que hubiera curiosos listos para escuchar, luego agarró a su amiga del brazo y la empujó hacia la parte trasera de la tienda.
"¿Conoces a Logan?" casi se burló. "¡Soy yo quien debería hacerte esta pregunta!" agregó, seriamente.
Sofie, decidida a cortar esa discusión de raíz, sintiendo que no saldría nada bueno de ella, superó a Eva y volvió a la parte principal de su local. Su amiga, detrás de ella, suspiró y la siguió, pero sus ojos oscuros, que antes ni siquiera habían notado todo ese desorden, fueron repentinamente cautivados por los tulipanes coloridos que la rodeaban. Debían de ser más de cien, más de cien tulipanes multicolores dispuestos por todas partes. Parecía que la primavera había llegado, a pesar de que afuera el clima sugería que pasaríamos directamente al invierno sin pasar antes por el otoño.

CAPÍTULO 7

"¿Qué diablos ha pasado aquí adentro?" preguntó Eva, moviendo constantemente sus ojos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.
Sofie tuvo la impresión de que su amiga estaba contando todos los tulipanes que habían invadido su tienda y, por un momento, también deseó hacer lo mismo para verificar personalmente cuánto daño habían causado. Había estimado alrededor de cien, pero al verlos ahora y ver la expresión asombrada de Eva, surgió la duda de que pudiera haber muchos más.
"No me hagas hablar", murmuró Sofie.
"Pensé que no era la temporada de floración de los tulipanes", continuó Eva sarcásticamente.
Sofie maldecía mentalmente a Aghata Flowers. La competencia realmente no tenía escrúpulos.
"Fue él", reveló Sofie, refiriéndose a Logan, con un tono de voz apagado y bajo.
Mientras tanto, ella sentía el golpe de que, a pesar de todo, Aghata seguía un paso adelante que ella. Luego, con una expresión derrotada, giró el letrero en la puerta para indicar que la tienda estaba cerrada y se dirigió hacia el escritorio mientras Eva seguía mirando incrédula primero los tulipanes y luego a su amiga.
"Estás bromeando, ¿verdad?" le preguntó acercándose.
"¿Crees que estoy bromeando?" respondió irritada la chica, enderezando la espalda.
«¿Y desde cuándo viene esta historia?».
"¡No hay ninguna historia!".
Sofie elevó ligeramente el tono de voz, esperando que eso fuera suficiente para convencer a su amiga, pero Eva acababa de adoptar la postura clásica de una mujer que no se traga mentiras. Sus manos estaban en las caderas, sujetando la chaqueta de su traje negro que, en ese momento, se había levantado ligeramente. Con la punta del pie parecía marcar el ritmo, contando los minutos que le quedaban antes de que saliera la verdad. Por su expresión facial, parecía estar turbada y bastante conmocionada.
"¡Te ha inundado de flores!" insistió Eva, y sus palabras sonaron como un reproche mientras señalaba los colores a su alrededor con los brazos.
"Veo perfectamente que me ha inundado de flores, ¡de la competencia, además! Pero te juro que ayer dejé las cosas bien claras y Logan parecía haber entendido y.…"
"¿Incluso lo llamas por su nombre?" preguntó Eva, hablándole desde arriba. Sofie le lanzó una mirada fulminante a su amiga. ¿Cómo se suponía que debía llamarlo? ¿Señor? ¿Amable y loco cliente? ¿Hombre sexy que está intentando ligar conmigo? Para ser honesta, no sabía nada más sobre él, ni siquiera cuál era su apellido. Sin embargo, no logró traducir sus pensamientos en palabras, así que Eva continuó atacándola: "Durante todo este tiempo te he hablado mal de él y, solo hoy, descubro que entre ustedes dos..."
"¡Detente! ¡Frena!" intervino Sofie rápidamente. "En primer lugar, no hay ningún "entre ustedes dos". En segundo lugar, explícame de inmediato qué insinuación estás haciendo porque ya no te sigo".
"¿Tienes la intención de negar la evidencia?".
"¿Pero qué evidencia? Logan entró en mi tienda hace una semana. Quería tulipanes y le dije que no tenía, así que compró otras flores. Charlamos un poco mientras preparaba su ramo y no sé cómo surgió la historia de mis raíces holandesas o el hecho de que los tulipanes son mis flores

favoritas", comenzó a explicar.
Eva se quedó en silencio y escuchó atentamente, aún con las manos en las caderas, pero su expresión facial comenzaba a confundirse cada vez más.
"No puedo creerlo", murmuró casi para sí misma.

"Te lo juro, al día siguiente llegaron los primeros tulipanes acompañados de una nota escrita a mano", continuó Sofie.
"¡Dios mío! ¿También los tulipanes de otro día eran de él?".
Eva dejó caer los brazos a lo largo de los costados y casi se le cayó la mandíbula al suelo. Sofie asintió y luego continuó su relato.
"¡Exactamente! Me quedé impactada. Ni siquiera sabía qué pensar, pero al final no me preocupé. Era la primera vez que Logan entraba a mi tienda, ni siquiera lo había visto antes en la calle. Pensé que era uno de esos clientes ocasionales que no volvería a ver, pero..."
"¿Pero ¿qué?".
Eva no se preocupó por ocultar la ansiedad y la inmensa curiosidad que había comenzado a sentir por toda esa historia.
"Ayer por la tarde estaba corriendo en el Paseo Marítimo y había un atardecer y.…"
"¿También el atardecer?".
Eva ya no podía contener la emoción. Se había acercado peligrosamente a su amiga y, agarrando ambas manos, le suplicó que llegara directamente al punto.
"Esperaba pasar desapercibida, pero él me notó. Me preguntó por los tulipanes, si me gustaban, y le agradecí, pero también dejé en claro que no quería tener nada que ver con los hombres. Él levantó las manos en señal de rendición y se fue".
Eva se mostró inmediatamente decepcionada con ese desenlace y Sofie sintió molestia. ¿Qué creía su amiga? ¿Que ella caería rendida en los brazos del primer hombre que se le acercara? ¿Que bastaría con el espléndido atardecer del día anterior en el largo río Hudson para crear un ambiente romántico y sugestivo? ¿Que cambiaría de opinión solo porque Logan era un hombre atractivo que le regalaba tulipanes?
"Y estos tulipanes entonces", preguntó Eva.
"Esta mañana llegaron algunos repartidores de Aghata Flowers y mi tienda fue invadida por los tulipanes. Poco después él también llegó con una sonrisa aterradora y una cara para dar cachetadas. Me entregó personalmente una nota porque Aghata se había olvidado de adjuntarla a las flores, y el resto ya lo sabes, tú llegaste", explicó Sofie.
"¿Y qué decía? En la nota, me refiero", continuó Eva, sin hacer caso de las otras palabras irritadas de Sofie.
"¡Que él no tiene intención de rendirse! Después, te repito, el resto ya lo sabes".
"No puedo creerlo".
Eva, realmente incrédula, aprovechó la silla de mimbre de Sofie, de la cual la chica se había levantado debido a la emoción con la que había contado la historia, y se sentó. Tenía un aire extraño.
"¡Ni yo puedo creerlo!", murmuró Sofie.
"Y ahora, ¿qué planeas hacer?".
"¿Y me lo preguntas? No serán millones de tulipanes y un hombre guapo para hacerme cambiar de opinión", estalló Sofie molesta.
"¿Dijiste que era 'guapo para dar miedo'?", preguntó la otra, con un aire coqueto.
Inmediatamente después, comenzó a reír sin preocuparse por ocultarlo. En su rostro, sin

embargo, se pintó una expresión de pura malicia.
"Hermoso, hermosísimo, extremadamente sexy... no hace ninguna diferencia", admitió Sofie con el rostro teñido de vergüenza. De vez en cuando, sin embargo, era necesario rendirle honor a la verdad. Logan era lo que era, negarlo no serviría de nada más que demostrar que ella era una mentirosa.
"Así que ni siquiera han salido a cenar", continuó imperturbable Eva.
"¿Cenar? Eva, ¿qué parte de la historia no entiendes? Este hombre irrumpió de repente en mi vida y no lo quiero", exclamó Sofie.
"¿Estás realmente segura?"
"¿Te has vuelto loca? ¡Claro que estoy segura, muy segura!"

"Sin embargo, esta es la primera vez que Allen regala flores dos veces seguidas a la misma mujer sin siquiera haber salido a cenar", comentó Eva con una expresión divertida y pensativa a la vez en su rostro. "O haber terminado en la cama", añadió.
Sofie continuó justificándose sin haber prestado atención a lo que su amiga había dicho.
"Es problema suyo si Allen por primera vez... ¿dijiste Allen?"
La chica palideció. Sintió cómo la presión sanguínea bajaba repentinamente y sus piernas se volvieron débiles como la mantequilla a temperatura ambiente. Tuvo que extender los brazos y agarrar el borde de vidrio del escritorio para evitar caer directamente al suelo.
"Sí, Sofie", exclamó divertida Eva.
"¿Allen? ¿Qué tiene que ver Allen en toda esta historia?", preguntó con voz temblorosa e insegura mientras trataba de contrarrestar un terrible mareo.
«Tú lo llamas Logan, pero definitivamente no tengo la misma confianza con él y nunca me atrevería a llamar a Allen por su nombre, como si fuera un querido amigo», reveló Eva.
"¡No!"
Sofie movió rápidamente la cabeza de un lado a otro para negarlo, más a sí misma que a Eva.
"¡Oh, sí!"
Por otro lado, su amiga asentía con la cabeza arriba y abajo, aún divertida.
"¡No! No puede ser verdad."
No podía ser verdad, se repetía a sí misma mientras asimilaba la noticia caminando sin rumbo. No sería fácil aceptar la realidad y su mente, solo para hacerlo aún más absurdo y difícil de digerir, le recordaba esos breves momentos y las conversaciones entre ella y Logan, entre ella y el Sr. Allen. La primera vez que se habían visto, cuando él le había pedido personalmente los tulipanes, Sofie había insinuado a otro cliente que había hecho una solicitud similar en los días anteriores, un cliente "loco". Nunca hubiera imaginado que, en ese momento, el loco era el mismo que tenía frente a ella y con quien estaba hablando.
Logan era, por lo tanto, el Sr. Allen.
"Gracias a Dios hoy es mi día de descanso", continuó Eva. "Nunca hubiera podido volver al trabajo y mirar al gran jefe a los ojos. Espero que para mañana las cosas se hayan calmado", agregó.
Sofie, con una expresión seria en su rostro, se acercó a ella y agarró a su amiga por el brazo, obligándola a levantarse de la silla.
"En cambio, tú irás a trabajar hoy", sentenció.
"¿Qué? ¡Puedes olvidarlo!", respondió Eva con determinación.
Sin embargo, se dio cuenta demasiado tarde de que ya estaban fuera del local de Sofie, a punto de cruzar la calle sin siquiera utilizar el paso de peatones.

"¿Te has vuelto loca?" Trató de liberarse mientras los autos tocaban la bocina. "Sofie, no estamos ni siquiera en el paso de peatones, y, además, ¿a dónde crees que vas?"
"Vamos, Eva. Nunca has cruzado la calle en el paso de peatones en tu vida. ¿Te preocupa solo ahora? Y, de todos modos, nos dirigimos al lugar donde trabajas"
"¡Estás realmente loca! Sofie, ¿qué crees que estás haciendo?"
"Siempre dices que nunca te visito cuando estás en el trabajo".

CAPÍTULO 8

"¿Quieres decirme cuáles son tus intenciones?" preguntó Eva mientras el ascensor subía al décimo piso, hacia las oficinas del Sr. Allen.
"Ahora me escuchará", exclamó Sofie.
"Te lo repito, ¿qué crees que estás haciendo?"
"Aclararé las cosas. Veremos si, después de hoy, tiene el coraje de enviarme siquiera otro maldito tulipán", estalló mientras permanecía con los brazos cruzados y golpeaba el pie en el suelo esperando.
Las puertas del ascensor se abrieron antes de que Eva pudiera intentar disuadirla de nuevo. Sofie se quedó paralizada por un momento en su lugar. El décimo piso de ese edificio parecía un mundo aparte. El suelo de mármol blanco con pequeñas vetas de tonos más oscuros contrastaba con el mobiliario refinado y esencial de color wengué.
"Hola, Eva", saludó a la recepcionista cuando levantó la vista y reconoció a la Sra. Delgado. "¿No habías pedido un día libre?"
Debía tener más o menos su misma edad, pensó Sofie. En ciertos aspectos, también se le parecía, pero se parecía a su versión holandesa, aquella con el pelo largo y rubio, los ojos claros como el cielo marcado recientemente con Kajal y máscara que ella ya no usaba.
"Uh, sí, es solo que..."
"Hola, necesito hablar con el Sr. Allen", intervino Sofie con determinación, dirigiéndose a la recepcionista.
"¿La señora está contigo?", preguntó la chica dirigiéndose a Eva e ignorando por un momento a Sofie.
"Ehm... sí, Miranda", respondió Eva y, bajando la voz, comenzó a justificar su presencia como si Sofie no estuviera presente o incluso fuera sorda y no pudiera escuchar.
"Disculpa, Miranda", intervino nuevamente interponiéndose entre las dos. "Solo necesito hablar con su jefe, ¿sería tan amable de decirme cuál es la oficina de Allen?".
Aunque no quería, se encontró elevando un poco el volumen de su voz.
"No creo que pueda ayudarla".
Sofie, molesta, golpeó ambas palmas de sus manos sobre la mesa, atrayendo la atención de algunos colaboradores que, abandonando sus oficinas, estaban conversando en el pasillo. En otras circunstancias, se habría muerto de vergüenza al sentir las miradas de aquellos que la examinaban como si fuera sospechosa, como si algo no estuviera bien en su cabeza. Sin embargo, la rabia dominaba en ese momento y no había lugar para la vergüenza.
"Es importante", volvió a intentar con un tono conciliador.
"Mr. Allen está ocupado en este momento", respondió la otra esperando cerrar la conversación de esa manera.
Si había algo que Mr. Allen detestaba eran las personas incómodas que se presentaban en su oficina de repente, sin cita previa. Sus empleados lo sabían muy bien, pero las palabras de la chica de recepción no llegaron a destino. A Sofie le importaba poco que el hombre de negocios estuviera ocupado en su oficina. Así como Allen se había precipitado en su tienda, junto con todos esos tulipanes, ella también entraría pronto en su despacho sin siquiera pedirle permiso.
"Sofie, por favor. Trata de razonar", murmuró Eva entre dientes para evitar que todos pudieran

escuchar.
"¿Crees que Allen razonó cuando tuvo la brillante idea de enviarme todos esos tulipanes?".
No dijo más, se dirigió hacia un pasillo donde las oficinas de los colaboradores estaban ubicadas tanto en el lado derecho como en el izquierdo. Comenzó a leer las placas en las puertas, sobre las cuales estaban grabados los nombres de los responsables que ocupaban las habitaciones. En una puerta también estaba el nombre de su amiga. Eva Delgado, responsable de relaciones públicas. Poco después, tal vez incluso en la última puerta, apareció el nombre que Sofie buscaba.
Logan Allen, presidente.
"¡presidente de mis botas!" murmuró la chica indignada.
Extendió la mano para agarrar el picaporte y luego la bajó, decidida a entrar sin golpear primero, aunque la falta de educación no fuera parte de sus costumbres. Tal vez, en ese momento, Allen realmente estaba ocupado en una reunión o tal vez en agradable compañía. Tratándose de él, después de todas las historias que Eva le había contado, después de todas esas estúpidas flores que él había hecho comprar en su tienda a otros, en su nombre, para sus mujeres y conquistas, no era difícil imaginarlo deleitándose con alguna joven trabajadora. Fue precisamente la idea de las flores que solía regalar lo que le dio a Sofie el impulso de actuar sin más vacilaciones.
"Tú y yo tenemos que hablar", comenzó abriendo de repente la puerta.
Logan estaba sentado cómodamente en su silla ergonómica de cuero negro, hablando por teléfono, pero frunció el ceño cuando reconoció a Sofie frente a él. Por unos segundos se quedó petrificado, luego se recuperó.
"Te llamo más tarde", dijo a la persona al otro lado del teléfono antes de colgar.
No esperó respuesta, terminó la llamada sin siquiera despedirse, luego levantó la mirada nuevamente y sus ojos castaños se clavaron en los claros de la chica que ostentaba seguridad, aunque, para decirlo todo, la seguridad comenzaba a tambalearse un poco en las extremidades de Sofie. Mientras tanto, en el umbral de la puerta, también llegaron Eva junto con la rubia de recepción. Esta última tenía el rostro pálido y agotado, una expresión culpable por haber dejado pasar a Sofie sin siquiera anunciarla por el intercomunicador.
"Mr. Allen, lo siento mucho", dijo Miranda, con la cabeza gacha y un aire de desolación, mortificada.
Logan Allen no hizo ningún gesto, se levantó de su cómoda silla de cuero y, abandonando su elegante y ordenado escritorio, dio unos pasos hacia adelante.
"Mr. Allen, la culpa es toda mía", intervino Eva, tratando de salvaguardar el destino de la secretaria.
Si quisiera, él podría haberlas despedido a ambas de inmediato sin evaluar quién era realmente responsable de lo ocurrido.
"Tranquilas", exclamó, sin embargo. "No hay problema, pueden irse", agregó para despedirlas.
¿Estaba fingiendo para luego volverse loco en todo su esplendor? Eva y Miranda se apartaron mientras el hombre, pasando junto a Sofie sin dignarla de ninguna consideración, se preocupó por cerrar la puerta. El clic del pestillo apenas se escuchó y, una vez que estuvieron solos, el silencio se adueñó de la habitación.
"No pensé que estuvieras tan ansioso por volver a verme", exclamó Logan.
Tenía una expresión seria en su rostro, pero era solo una apariencia. Fingir estar enojado requería un esfuerzo considerable cuando, por lo general, no necesitaba esforzarse demasiado, ya que estaba realmente enojado casi siempre. Comenzó a remangarse las mangas de la camisa y, después de dar unos pasos, se acercó a Sofie.
"No bromees, Allen", le dijo ella.

"Prefería cuando me llamabas Logan, era más íntimo, ¿no crees?".
"¿Qué parte de lo que te dije ayer no entiendes?".
"Para ser sincero, fuiste muy clara", le respondió Allen sin inmutarse.
Mientras tanto, aflojó el nudo de la corbata y desabrochó los dos primeros botones de la camisa para sentirse más cómodo. Sofie se preguntaba cuáles eran sus intenciones. ¿Quería sentirse libre en sus movimientos para la próxima y acalorada discusión que tendrían? ¿O creía que mostrándole un poco de su cuerpo podría hacerla cambiar de opinión? Sin duda, la chica no había pasado por alto todas las contracciones de sus músculos, todos esos gestos viriles impregnados de una extraña carga erótica. Finalmente, apartó la mirada con las mejillas enrojecidas, esperando que él no se diera cuenta, y tragó una cantidad desproporcionada de saliva cuando sus ojos se posaron en el triángulo de pecho desnudo que se vislumbraba desde el escote de la camisa.

"¿Quieres tomar asiento? ¿Deseas algo de beber?", le preguntó Logan.
"No quiero nada de ti", estalló con decisión y rabia.
Logan no se inmutó, se acercó a su escritorio y luego señaló a la chica las dos sillas, también de cuero negro, ubicadas frente a su sillón, al otro lado de su mesa de trabajo. Sofie lo fulminó con la mirada, no tenía ninguna intención de quedarse en esa oficina respirando el mismo aire que ese hombre. Sin embargo, quería asegurarse de que Logan Allen no la molestara más con tulipanes u otras flores, y que comprendiera que no tenía ninguna posibilidad con ella.
"Insisto, Sofie", dijo él.
"Señora Van De Broeck, por favor", lo corrigió.
"¿No lo dices en serio?".
Él le sonrió y para Sofie fue como recibir un golpe directo en el estómago de nuevo. ¿Por qué Logan Allen le afectaba de esa manera? Era un hombre como tantos otros, uno de esos que parecía tener escrito en la frente los problemas que llevaba consigo. Sin embargo, en lugar de tener miedo de él, Sofie solo comenzaba a temer a sí misma y a las sensaciones que Logan era capaz de despertar en ella.
Resopló y rápidamente se sentó en una de las dos sillas, con los brazos cruzados y la espalda recta, en una posición rígida y antinatural. El señor Allen sonrió satisfecho y también se sentó frente a ella, desde el lado opuesto.
"No quiero ver ni un solo tulipán más en mi tienda, ¿entendido?", insistió Sofie.
Esperaba no ser traicionada por la incertidumbre en su voz o por la vergüenza que amenazaba con colorear su rostro
"Aun así, pensé que te gustaban las flores", trató de justificarse el hombre.
"¡Basta! Estoy cansada de toda esta historia. ¿Realmente creías que me la iba a creer?".
"¿De qué estás hablando?".
Logan arqueó una ceja, estaba curioso por saber adónde quería llegar la chica. También cruzó los brazos sobre el pecho y esperó una respuesta. Al hacer ese gesto, la tela de la camisa se ajustó a sus bíceps tonificados y esculpidos, y los ojos de Sofie también disfrutaron de esa imagen.
"Hace aproximadamente una semana, o tal vez dos, Eva Delgado vino a verme y me dijo que el señor Allen quería un ramo de tulipanes para la nueva fulana con la que saldría...", comenzó Sofie, sin contenerse ni filtrar sus palabras.
"Una nueva fulana", repitió Allen. "Interesante".
En realidad, no estaba particularmente impresionado. Ya se imaginaba que sus empleados y quién sabe cuántas otras personas tenían una opinión bastante baja de él. Así que sonrió y, al

mismo tiempo, sorprendido, bajó la mirada. Extendió la mano y agarró una pluma estilográfica con incrustaciones de oro para ocupar sus dedos, la misma pluma con la que, pensó Sofie, Allen podría haber escrito su primera nota adjunta a los tulipanes naranjas que realmente llegaron como un soplo de primavera a su tienda.
"Apostaría a que le han dirigido insultos mucho peores", murmuró Sofie.
"Toché".
"De todos modos, como decía, cuando Eva me pidió los tulipanes, le dije que nunca los encontraría en ninguna parte. ¿Tulipanes a finales de agosto? Supongo que se lo habrá dicho para justificar un ramo de flores que estaba muy lejos de lo que ella pretendía, pero las cosas son exactamente así. Los tulipanes florecen en primavera y yo hice a propósito un ramo de girasoles, convencida de que nadie se daría cuenta de la diferencia".
Ahora, ¿será casualidad que una semana después me hayas aparecido en la tienda?", afiló sus claros ojos, endureciendo el ceño en su rostro. Logan, por otro lado, seguía encontrando todo eso casi hilarante y Sofie hermosa incluso cuando estaba enojada.
"¡Atrapado!", admitió. "Pero no soporto que me trates de usted".
El hecho de que nunca dejara de sonreír enfureció aún más a la chica.

"De acuerdo, ¿no lo soportas? Entonces comenzaré a tratarte como te mereces. Estoy dispuesta a apostar, ¿querías asegurarte personalmente de que no hubiera tulipanes, ¿verdad? Y luego, como si eso no fuera suficiente, también decidiste burlarte de mí haciendo que me entregaran las flores al día siguiente... ¿y hoy? ¡Un montón de tulipanes de origen incierto, además de Aghata Flowers! ¡Aghata Flowers en mi tienda! ¡La competencia! Solo Dios sabe qué diablos hace esa fulana con las flores, pero tú pareces tener debilidad por las fulanas", añadió sin poder contener más sus acusaciones.
Se levantó de pie después de golpear con fuerza sus delgados puños sobre el preciado escritorio del señor Allen, quien no pareció inmutarse ni preocuparse.
"Veo que has formado una idea completamente equivocada sobre mí", dijo Allen calmado. "Sin embargo, las cosas no han sucedido exactamente así", añadió.
Nuevamente indicó a Sofie las sillas frente a él para invitarla a sentarse, y ella, a regañadientes y llena de ira, lo hizo, volvió a sentarse en el borde de la silla, tambaleándose y con los brazos apoyados en la madera de ébano de la mesa de trabajo.
"Entonces, ¿cómo han sucedido las cosas? Escuchemos, te escucho".
No quería darle la oportunidad de justificar su comportamiento.
No quería escuchar esa voz ronca y sensual.
No quería más mentiras.
No quería muchas cosas, Sofie, pero aun así le estaba concediendo a ese hombre, aunque no quisiera admitirlo ni siquiera ante sí misma, su tiempo, otra oportunidad, una pequeña migaja de confianza.
"Es cierto, le pedí a la señora Delgado que me preparara un ramo de tulipanes, y también es cierto que al principio no creía ni una palabra de Delgado. Pensé que estaba cansada de mis peticiones", comenzó a explicar Allen.
"¡Y realmente lo está! ¿Te parece normal que los demás tengan que conseguirte flores para satisfacer tus mezquinos caprichos?", reprendió Sofie.
Luego, sin embargo, al darse cuenta, tal vez demasiado tarde, de que había dado lugar a la boca para hablar y había metido en problemas a su amiga, palideció. Su respuesta había sido escuchada perfectamente y la expresión severa en el rostro de Allen la hizo temer lo peor de

inmediato.
"Por favor, continúa", la animó el hombre.
"Eso es lo que yo pienso, no la señora Delgado", exclamó Sofie en defensa de la otra.
"Loable intento de proteger a tu amiga. Sofie, mira, sé muy bien lo que se dice sobre mí. Pero ahora estamos divagando, sigamos hablando de nosotros", dijo el hombre.
"¡Logan, no hay ningún 'nosotros'!", enfatizó ella, suspirando cansada.

"Aún no", respondió él sereno y seráfico.
Su mirada ahora era penetrante y la chica sintió que era atravesada por esos ojos que de alguna manera eran capaces de llegar al alma y leer en ella. Al mismo tiempo, él extendió un brazo y Sofie se encontró con una muñeca atrapada por su cálida y poderosa mano. Los ojos de ella repasaron ese contacto y, aunque Sofie sabía muy bien que todo eso era incorrecto y poco apropiado, no opuso resistencia y se dejó calentar por ese abrazo que de alguna manera también era reconfortante.
«D-déjame», le dijo balbuceando, pero Logan no lo hizo.
"Al principio fui a tu tienda porque realmente quería decirte un par de cosas. Y, para que conste, no te habría demandado por unas flores. Imaginé que detrás del mostrador habría una mujer de la misma edad que la señora Delgado, nunca habría imaginado encontrarte a ti. Fuiste una dulce sorpresa, Sofie", admitió.
La chica se ruborizó y bajó la mirada, ya no podía soportar los ojos marrones persistentes del hombre, junto con todos esos cumplidos, esa seguridad, la atracción.
"D-déjame", insistió una vez más.
Finalmente, él soltó su agarre, pero paradójicamente, Sofie se lamentó por ello.
"No sabía que le tenías tanto odio a Aghata Flowers, de lo contrario nunca me habría atrevido a invadir tu tienda con sus flores. Solo quería sorprenderte".

Y lo había logrado, y por mucho que Sofie pudiera mentirles a todos, incluso a sí misma, Logan Allen realmente la había sorprendido. De manera positiva.
"De acuerdo, pero ahora no sé qué hacer con las flores", retomó para cambiar de tema.
"Son solo un pensamiento, un regalo como cualquier otro".
"Un regalo no solicitado".
"Por lo general, los regalos no se solicitan. Llegan de repente, sorpresivamente. De lo contrario, ¿qué tipo de regalos serían?"
Logan esperaba ser gracioso, pero en el rostro de la chica no apareció ninguna sonrisa y suspiró desolado.
"De acuerdo, entonces, supongamos que hubiera apreciado esas malditas tulipanes, ¿me dices qué habría hecho con más de cien de ellos? ¿No te pareció exagerado?", lo acusó nuevamente.
"Podrías venderlos".
"¡Ni siquiera lo pienso! Eso no es cosa mía y nunca me permitiría hacerlo. ¿Sabes qué, Logan? Estás acostumbrado a tenerlo todo gracias al dinero, pero yo no estoy en venta", comentó de manera cortante mientras su voz temblaba un poco.
Nunca habría querido llegar a tanto, pero fue más fuerte que ella. Tal vez era su instinto de supervivencia, su forma de intentar defenderse. Apretó los dientes mientras sus ojos estaban abiertos, llenos de rabia y miedo, listos al mismo tiempo para llenarse de lágrimas, aunque corriendo el riesgo de no poder contenerlas. Sin embargo, lo último que Sofie deseaba era llorar frente a un desconocido, frente a Logan Allen, que en ciertos aspectos ni siquiera podía

considerarse ya un extraño. Su corazón le dolía como un perro en el pecho, los recuerdos le golpeaban la conciencia.
Esas palabras afectaron a Logan no poco. Permaneció en silencio observándola, escrutando a esa pequeña y joven mujer con el alma inquieta y agitada. Sofie era realmente tan pequeña y frágil, y tal vez también ocultaba algo detrás de todo ese cinismo o detrás de su obstinada desconfianza. Pero en una cosa no podía culparla, para Logan el dinero siempre había sido una llave válida para superar todas las vicisitudes de la vida. Había nacido en una familia adinerada y el dinero nunca le había faltado, aunque él también había pasado por momentos de crisis a los que había logrado hacer frente gracias a métodos poco ortodoxos.
Logan no se enorgullecía de ello, y esa era la razón por la cual nunca lo había mencionado a nadie, pero como Sofie había dicho, cuando uno está acostumbrado a vivir en la opulencia, nunca acepta que la vida le ofrezca una medalla de plata con la que conformarse. Sin embargo, el amor, junto con todos los demás sentimientos y los verdaderos valores de la vida, no se puede comprar como cualquier objeto en el mercado. Logan era consciente de ello, pero antes de entrar en la floristería, que se encontraba al otro lado de la calle desde su oficina, siempre había creído que los dólares al menos podrían ayudarlo en el arduo empeño de encontrar a una mujer con la que establecer una relación estable. Sin embargo, las mujeres que habían pasado por su vida habían sentido un vínculo más profundo primero con su cuenta bancaria y, quizás, solo después con él y su persona. Sofie, en cambio, era la primera mujer que lo había rechazado antes incluso de saber quién era.
"Entonces, regálalos a alguien", le propuso de nuevo, tranquilo.
Sofie quedó desconcertada por esa respuesta. Estaba segura de que el señor Allen se rendiría o, al menos, la decepción de no haber logrado conquistar su corazón lo obligaría a revisar sus planes, que sus palabras la habrían ofendido, pero no fue así. Se levantó rápidamente del sillón de cuero negro. Permanecer en esa habitación, respirando el mismo aire que ese hombre, solo le causaría más problemas.
"¡Excelente idea! Definitivamente lo haré", exclamó antes de salir corriendo a paso ligero, bajo la mirada divertida de Logan, quien por primera vez en su vida sentía ternura y calidez por una mujer diminuta.

CAPÍTULO 9

Eva cruzó corriendo la calle, con una mano en el corazón que latía fuertemente. Había estado siguiendo a Sofie desde que esta salió furiosa y humeante de la oficina de su jefe. Incluso la había llamado por su nombre más de una vez, en voz baja, para no llamar la atención de sus colegas y colaboradores de Allen. Pero la chica, visiblemente fuera de sí, se mostró ciega y sorda ante cada palabra o gesto. De hecho, se lanzó al ascensor y las puertas se cerraron justo antes de que Eva Delgado pudiera seguirla allí también.
Ahora, frente a Flowers, la mujer inclinó ligeramente el torso y apoyó las manos en los muslos para recuperar el aliento. Mientras tanto, con los ojos, no perdía ni un solo movimiento de su amiga. Sofie estaba llevando fuera de su tienda los jarrones con los tulipanes recibidos de parte del Sr. Allen.
"Entonces, ¿te escapaste como una furia de su oficina? ¿Qué pasó ahí dentro?", preguntó Eva, jadeando.
"Perdona, Eva, estaba fuera de mí", murmuró Sofie.
Así como ella fue clara con ese hombre, diciéndole que no apreciaba sus atenciones, Logan también lo fue con ella. Parecía ser realmente uno de esos que no se dejaba afectar por nada ni nadie, uno que no se rendía ante la primera dificultad y tal vez ni siquiera ante la segunda o la tercera. Estaba decidido a cortejarla e impresionarla, estaba realmente convencido de que, si Sofie le diera una oportunidad, no se arrepentiría.
"Me di cuenta", murmuró Eva. "Ahora, ¿qué estás haciendo?", preguntó de nuevo, aunque Sofie aún no había respondido a su primera pregunta.
«No quiero estos tulipanes», respondió la chica.
"Puedo imaginarlo, pero ¿no crees que es injusto deshacerte de ellos y tirarlos? No lo hagas para complacer a Allen, sino piensa en estas pobres flores".
"No los estoy tirando", agregó Sofie mientras llevaba otro gran jarrón lleno de tulipanes azules.
A los ojos de aquellos que no sabían nada, parecía casi como si la chica hubiera decidido, de repente, trasladar toda su mercancía floral al exterior, como esos puestos ambulantes en Singel, el canal de Ámsterdam entre las plazas Muntplein y Koningsplein donde montan el Bloemenmarkt, el único mercado flotante de flores en el mundo.
"Entonces, ¿por qué no los vendes? Al menos ganarías algo", sugirió Eva.
"¿Venderlos? Eva, ¿has perdido la cabeza? Las flores de Logan están antes que las de Aghata Flowers. ¿Crees que debería vender sus flores? Ni muerta".
Sofie se había metido en la cabeza deshacerse de todos esos tulipanes y lo haría, aunque tuviera que hacerlo todo por sí misma.
"¡Qué historias!", murmuró Eva antes de agarrar algunos jarrones desde el interior para ayudarla a transportarlos a la acera. "Veo, sin embargo, que sigues llamándolo por su nombre", agregó con un tono ligeramente divertido y malicioso.
Sofie levantó ligeramente los ojos y, al darse cuenta de la ironía de su amiga, bufó primero y luego volvió a ocuparse de los tulipanes. Cuando todas las flores estuvieron fuera de su tienda, se quedó por un momento admirando el espectáculo multicolor que había creado en la acera. Mientras tanto, esperaba que la policía no pasara justo en ese momento para acusarla de invadir el espacio público sin haber pedido autorización a las autoridades competentes. Luego regresó a su tienda, tomó una tarjeta blanca y un marcador, y escribió: TULIPANES GRATIS. Luego

regresó afuera y colocó el letrero junto a las flores bajo la mirada consternada de Eva.
"¡Estás completamente loca! ¿Qué crees que dirá tu admirador cuando vea qué ha pasado con sus flores?", le preguntó de inmediato.

Sofie, con la cabeza en alto y una postura orgullosa, agarró algunos tulipanes y comenzó a entregárselos a los transeúntes.
"Son gratis", dijo a un hombre que, sorprendido, no quería aceptar su regalo. "¡También para usted, señora! Tulipanes gratis para todos, tomen cuantos quieran", añadió en voz alta, atrayendo la atención de la gente hacia ella.
"Sofie, ¿me has escuchado?".
"Logan ya lo sabe, de hecho, fue él quien me lo sugirió", admitió distraídamente mientras entregaba más tulipanes a un niño, forzando una sonrisa en su rostro.
Después de eso, regresó a su tienda y se dirigió hacia la silla detrás del escritorio, donde se dejó caer, exhausta, frustrada y sin fuerzas.
"De todos modos, todo esto es increíble", exclamó Eva acercándose a ella.
"Tenías razón", admitió Sofie de repente, con voz apagada.
"¿Sobre qué? Porque ya sé que tengo razón en todo, ¡pero eres demasiado orgullosa para admitirlo!".
"Estoy hablando de mi trabajo. Estoy cansada y aburrida. Creo que voy a contratar a alguien para que me ayude".
Eva levantó los ojos al cielo, agradecida a alguien allá arriba que acababa de hacer el milagro. Sin embargo, un pequeño pensamiento se insinuó en su cabeza. ¿Realmente el aburrimiento y el cansancio habían afectado a Sofie?
"¿Has decidido salir con él?", preguntó en tono tranquilo.
"¿Salir con quién?"
"Vamos, no finjas que no entiendes". Sofie no respondió y Eva bufó. "El Sr. Allen", agregó mientras la otra casi se horrorizaba.
¡Por supuesto que no! De hecho, incluso le dije que, si se atreve a poner un pie de nuevo en mi tienda, yo me veré obligada a demandarlo".
Sofie ya imaginaba los titulares en la portada del New York Times.
"Si yo fuera tú, en este punto le daría una oportunidad".
"Eva, ¿estás hablando en serio?"
"Claro que sí".
"¿Cómo puedes siquiera decir algo así? Estamos hablando de ese hombre allí".
"Y entonces, ¿crees que los demás son tan diferentes de él? Al final, casi todos son iguales, pero Logan Allen también tiene esto", agregó y frotó los dedos de una mano para referirse al dinero de su jefe.
"No me interesan su dinero, ni siquiera me interesa él", interrumpió Sofie, molesta.
"Está bien, está bien". Eva respiró profundamente. "Solo pasé a saludarte y nunca hubiera creído todo esto. De todos modos, ¿puedo dejarte sola sin temer que hagas alguna otra locura?".
"¡Estoy agotada!", admitió Sofie. "Ya no tengo fuerzas para hacer nada, ni hablar de locuras".
Eva se rió y luego, después de darle un beso ruidoso y lleno de cariño en la mejilla, salió de la tienda dejando a su amiga perdida en mil pensamientos.
Mientras tanto, los tulipanes se agotaron y al cierre de Flowers no quedó ni uno solo. Los transeúntes, al principio desconfiados, una vez que se enteraron de que no era una broma y que las flores eran realmente gratuitas y disponibles para todos, no dudaron en tomarlos. Incluso

alguien había vuelto a casa llevándose consigo los jarrones con el sello de Aghata Flowers, haciendo así otro favor a Sofie. Mientras tanto, cuando Logan salió de su oficina al final del día, no pudo evitar reírse. Sofie había tomado sus palabras al pie de la letra. De todos modos, no podía evitar recordar lo hermoso que fue encontrársela en la puerta de su oficina, sin que Miranda lo advirtiera primero. Claro, Sofie llegó con gesto adusto y una actitud belicosa, e incluso parecía no corresponder a su propio interés, pero eso no afectaba su belleza sencilla. Debió haber salido corriendo de su tienda y, tal fue su ira, que ni siquiera se preocupó por ponerse una chaqueta. La camiseta amarillo canario, una compra muy común en alguna pequeña tienda del centro, que dejaba su cuello descubierto, incluso le suscitó pensamientos impuros que tuvo que contener. Una cosa era llenar la tienda de Sofie con tulipanes y dejarla con la boca abierta, otra cosa sería ponerla incómoda. No se lo perdonaría nunca, estaba decidido a jugar bien sus cartas y conquistarla, pero algo le hacía creer que no sería fácil.

Sofie no era como todas las demás mujeres con las que había salido en el pasado, era la única que, hasta ese momento, no se había rendido a su encanto, ni parecía estar interesada en su dinero. Era la personificación de la simplicidad, y, de hecho, fue su belleza sencilla y genuina lo que lo impactó. Cuando visitó la floristería frente a su oficina, Logan realmente creyó que encontraría a una mujer de cierta edad; en cambio, encontrarse a Sofie fue una agradable sorpresa. Quedó cautivado, tanto que por un momento reconsideró su opinión sobre los flechazos. Logan nunca había creído en ellos, pero tal vez era hora de cambiar de opinión, porque si una mujer con unos vaqueros descoloridos y una camiseta amarilla le causaba un tormento en el estómago, debía haber una razón. Seguramente, no eran los dolores del hambre, pero le resultaba más conveniente mentir y no admitir que podrían ser las malditas mariposas del amor.

Sin embargo, al regalar sus tulipanes a la gente, Sofie demostró una vez más su fortaleza y templanza. Pero Logan Allen también había confirmado que, además de su ternura, había algo oscuro en ella, algo que de alguna manera la hacía muy parecida a él. Esa sería otra razón por la cual Allen no la dejaría tan fácilmente. Lo sentía en su interior, aunque al mismo tiempo se sentía un poco tonto, pero Sofie parecía ser la mitad perfecta que el destino le debía.

CAPÍTULO 10

Después del desafortunado incidente de los tulipanes, la vida de Sofie volvió a ser plana y monótona, tanto que reconsideró su decisión de contratar a alguien que la ayudara en la tienda. Quizás reevaluaría esa idea el mes siguiente, se dijo a sí misma, cuando los preparativos para Navidad no le harían la vida fácil.

Mientras tanto, Logan Allen había desaparecido con la misma rapidez con la que hizo su primera aparición. No era sorprendente, dada su conocida trayectoria con las mujeres. Sofie estaba más que segura de que había conocido a otras, a las que seguramente les había regalado flores de Aghata Flowers, ya que Eva no había vuelto a su tienda para hacer recados para su jefe. Mejor así, se dijo a sí misma, aunque de alguna manera extrañaba los ingresos seguros de Allen.

Sin embargo, el problema era otro también, y Sofie se odiaba por eso. No quería admitirlo, pero sentía una extraña molestia solo al pensar que ya no tenía la exclusividad sobre lo que ese maldito hombre sexy hacía, y su estómago se retorcía al pensar que realmente había otra mujer que, en un abrir y cerrar de ojos, había alejado el último capricho de Allen, en el que ella había sido la indiscutible protagonista.

Ese día, de todos modos, se sentó en uno de los asientos vacíos del metro y sacó un libro de su bolso bandolera. Continuó leyendo el décimo capítulo, esforzándose por conectar la historia que fluía ante sus ojos con lo que ya había leído en los días anteriores. Finalmente, llegó a su parada, la de Botanic Garden, cerca del parque Prospect Park que estaba frente a él.

Ocurrió con frecuencia que Sofie visitara ese lugar, como una especie de ritual. Caminó a lo largo del arbolado paseo después de pagar la entrada y tomó grandes respiraciones. El aire sabía bien, a puro oxígeno, aire limpio y lleno de clorofila gracias a ese verde que trataba de compensar todo el cemento de la gran metrópolis. A su alrededor había personas de todas las edades practicando deportes. Los más intrépidos no se rendirían ni siquiera con la llegada del frío, seguirían corriendo en los parques incluso en pleno invierno y con copos de nieve cayendo del cielo. A los niños también les encantaba ese lugar y, además de jugar en la zona con toboganes y columpios, se perseguían en el asfalto y en la hierba con tanta energía que Sofie, por un momento, se preguntó de dónde provenía toda esa energía.

Pronto abandonó los caminos abarrotados y se dirigió hacia el jardín japonés. De todas las cosas para visitar, de todas las especies de flores y árboles, el jardín japonés era sin duda el que más le gustaba a Sofie. Los cerezos eran hermosos y fragantes, aunque lamentablemente en esa época ya estaban desnudos. El estanque, en cambio, ese día parecía oscuro debido al cielo plomizo y sombrío que se reflejaba en su superficie. Después de admirar una vez más la pequeña cascada y las rocas artísticas, Sofie echó un vistazo rápido al jardín de rosas y al museo de bonsáis. Al final del recorrido, no pudo resistir la tentación y se dirigió a la tiendita conectada al parque para comprar dos bonsáis, a pesar de que los dos maceteros pesaban bastante. Obligada a regresar a casa antes de lo previsto, volvió al metro y, al bajarse en su parada, en Clark Street, se desvió hacia su tienda para dejar sus últimas compras. Todavía tenía uno de los dos maceteros con el bonsái en sus manos cuando el timbre de la puerta anunció la entrada de alguien.

"¿Permiso? ¿Puedo pasar?", preguntó una voz en ese mismo instante.

"Hoy es el día de cierre", respondió Sofie apresuradamente.

¿Cómo era posible que los clientes aún no comprendieran que los miércoles por la tarde Flowers

permanecía cerrado? Con los tiempos que corrían, faltaba más que mantuviera la tienda abierta incluso por la noche y todos los días del año, incluyendo Navidad y días festivos.
Ni siquiera se volteó, ocupada como estaba en colocar el taburete sobre el cual pronto se subiría para colocar el último bonsái en el estante de arriba. Sin embargo, el cliente, que aún estaba allí, pronto la alcanzó por detrás, justo cuando ella tenía ambos pies en el pequeño taburete. Un par de manos grandes y bien cuidadas, masculinas, se extendieron más allá de las suyas para ayudarla a mantener firme el agarre del macetero del bonsái. Sofie apartó de inmediato el contacto, estremeciéndose a pesar de que las manos de ese hombre estaban cálidas y suaves.
"¿Está bien aquí?", le preguntó.
Reconoció la voz antes de voltearse para incinerarlo. Era Logan Allen y prácticamente estaba a su lado, pegado, demasiado cerca y en esa cercanía que Sofie no había concedido a nadie más. Además, al estar a pocos centímetros del suelo, había ganado algunos centímetros más de altura. Ahora podía reflejarse perfectamente en sus ojos, y eso fue lo que hizo, quedándose en silencio sin gritar ni enfurecerse. Una vocecita en su cabeza le sugirió en ese momento que mantuviera la calma y le diera a Logan la oportunidad de ayudarla.
"Un poco más a la derecha", le dijo con un hilo de voz.
Logan le sonrió y siguió las indicaciones recibidas.
"¿Mejor?"
"Sí, gracias".
Sofie se disponía a bajar del taburete para restablecer una distancia adecuada entre ella y ese hombre, pero Logan extendió una mano y se la ofreció para ayudarla a bajar. Estaba ahí, lista para aceptar, pero al final la razón ganó. Fue como si, de repente, ese tipo de hechizo del que había sido víctima debido al encanto del Sr. Allen se hubiera disuelto en la nada.
"Te veo bien", le dijo él, esperando poder conversar sin volver a pelear.
"¿Qué haces en mi tienda?", le preguntó Sofie, cruzando los brazos.
Logan sonrió. Le pareció extraño que ella aún no lo hubiera atacado, pero, como siempre, había cantado victoria demasiado pronto.
"Hola, Sofie. Me alegra mucho verte de nuevo", le dijo, burlándose de ella.
"No eres nada divertido. Si estás aquí por las flores, lo siento decepcionarte. Hoy la tienda está cerrada, así que tus admiradoras tendrán que esperar hasta mañana para recibir un ramo de flores, o podrían ir a Aghata Flowers, ya sabes dónde está".
"Estoy aquí por ti, Sofie, no por las flores", exclamó Logan decidido.
Sofie se quedó sin aliento por un momento, sin respirar y con el corazón agitado. Pero luego, la vocecita de su razón, esa especie de conciencia que aún le quedaba, pareció pellizcarla y devolverla a la realidad.
"Vamos, ¿de verdad crees que soy tan tonta como para confiar en tus bonitas palabras?".
Agarró su bolso de bandolera del escritorio y se dirigió hacia la salida. Logan la siguió, no tenía intención de rendirse.
"No creo en absoluto que seas tonta", le dijo mientras él también ponía un pie fuera del local.
"Es extraño, porque tus acciones y tus palabras no hacen más que sugerirlo".
"¿Podrías intentar creer en mis palabras al menos una vez, Sofie?", arriesgó el hombre.
Tan solo faltaba que cruzara los dedos detrás de la espalda, y por muy poco no lo hizo, recordándose a sí mismo que hasta ese momento nunca había sido supersticioso y no tenía la intención de convertirse en uno en ese preciso instante.
"¡De ninguna manera!", respondió Sofie.
Giró la llave en la cerradura y cuando se dio la vuelta, fue cegada por un rayo que parecía caer no

muy lejos de allí. Le siguió un trueno y luego otro rayo, y luego la tormenta comenzó dejándola atónita y desprevenida, ya que no tenía paraguas consigo. Logan, a su lado, todavía tenía una expresión serena y divertida en su rostro.
"¿Qué te hace tanta gracia?", le preguntó, molesta.
Comenzó a frotarse los brazos para calentarse. Afortunadamente, la cortina del toldo en el umbral de la tienda proporcionaba un pequeño refugio incluso en casos como aquel, aunque a ese ritmo, debido al viento, el agua también llegaría allí debajo.
"Ahora solo tenemos dos opciones", respondió sereno Logan, señalando el asfalto en la calle completamente mojado.
La chica lo miró torciendo el gesto.
"¿De qué estás hablando?".
"Podemos volver a tu tienda y mientras tanto charlar y conocernos mejor hasta que deje de llover, aunque según el pronóstico del tiempo seguirá lloviendo hasta esta noche, o puedo llevarte a casa".
"¿Qué? ¡Frena, frena! Ninguna de las dos", estalló Sofie.
"¿Cómo que ninguna de las dos?".
Sofie no respondió. Respiró profundamente y luego, con la correa del bolso en la cabeza, comenzó a correr bajo la lluvia ignorando los gritos de Logan detrás de ella. Al principio, parecía no tener ninguna intención de hacer lo mismo y arruinar su nuevo vestido a rayas. Sofie se volteó para mirarlo y se rió.
"¡Vete al diablo, Logan!", le gritó divertida.
El agua ya le había empapado la ropa, sin mencionar el cabello. El bolso, utilizado como protección, no había servido de nada. Sin embargo, su corazón latía fuertemente una vez más mientras, corriendo bajo la tormenta, casi sentía que perseguía la libertad.
"Maldición, Sofie", murmuró Allen antes de lanzarse también bajo la lluvia.
Eran los únicos corriendo por la calle sin siquiera un paraguas y llamando la atención de la gente, pero por primera vez, a ninguno de los dos les importaba en absoluto lo que pensaran los demás.
"¡Sofie! ¡Espera por mí!", le gritó Logan desde atrás.
"¿Qué estás haciendo? ¿Me sigues? ¿Qué pasará ahora con tu costoso vestidito?".
"¡Al diablo con el vestidito! ¡Detente, por el amor de Dios!", exclamó.
Estaba sin aliento a pesar de ser alguien que hacía ejercicio regularmente. Correr bajo la lluvia era otra historia, al igual que perseguir a una mujer que no le prestaba ninguna consideración. Sin embargo, la carrera no duró mucho. Desde la tienda de Sofie hasta Orange Street, donde ella vivía, solo eran unos minutos a paso lento, mucho menos corriendo. La chica abrió apresuradamente la puerta de su casa, riendo a carcajadas mientras su corazón latía fuerte y la adrenalina aumentaba. Prestó atención para no resbalar en los tres escalones que conducían a su apartamento, que no era más que un pequeño agujero subterráneo. Logan llegó poco después, a tiempo antes de que se cerrara la puerta. La chica estaba de espaldas, lista para insertar la llave en la cerradura y, debido a las manos mojadas por la lluvia, casi se le cayeron al suelo.
"¡Estás completamente loca!", exclamó Logan.
Luego, puso ambas manos en la puerta, bloqueándola y casi aprisionando a Sofie con su cuerpo. La llave todavía estaba en la cerradura, pero Sofie se volteó, encontrándose con su rostro a poca distancia del suyo.
"¿Yo estaría loca?", le preguntó con una voz divertida y apenas audible.
Sus iris azules brillaban por una extraña felicidad que no había sentido en mucho tiempo, por la despreocupación que volvía a experimentar después de tanto tiempo. Se mordió el labio y sintió

que se ahogaba en la mirada llena de ternura y pasión de Logan. También él estaba empapado de pies a cabeza, con la ropa pegada al cuerpo, algunos mechones de cabello se le habían pegado en la frente y casi le tapaban los ojos mientras las gotas de lluvia resbalaban por su rostro sin barba para luego morir en sus labios. Sofie quedó fascinada por un momento por esa boca carnosa que prometía besos de ensueño, pero fue solo un instante, el tiempo suficiente para recordarse a sí misma que había dejado de creer en los cuentos de hadas y que ya no creía en ellos.
"Así que aquí es donde vives", continuó Logan.
Él tampoco pudo evitar sentirse sumergido en ese mar que Sofie tenía en lugar de los ojos. Experimentó un deseo indescriptible de apartar sus manos de la puerta y acariciar ese rostro tierno para confirmar que era suave y luego perderse en esos labios sin contar los minutos ni las horas. Quería besarla sin restricciones contra la puerta de su pequeña vivienda, pero estaba seguro de que no era la movida correcta y que, si lo intentara, Sofie lo apartaría, tal vez de forma definitiva.
"No intentes presentarte aquí o enviarme flores", respondió ella, tratando de mantenerse seria.
Ni siquiera tenía fuerzas para perder la paciencia en ese momento.
"Las flores están bien, pero..."
"No lo intentes, Logan. No te abriría la puerta y solo estarías perdiendo el tiempo", le advirtió.
"¿Estás segura?"
"Más que segura".
Esa pizca de malicia en las palabras de Allen la puso en guardia. Debería haber mostrado sus garras y ser más afilada y venenosa, pero no pudo hacerlo.
"¿No me invitarías a entrar... ahora?", le preguntó de nuevo.
"¿Qué? ¿Por qué debería hacerlo? Ni siquiera lo estoy considerando", le respondió.
"No querrás dejarme aquí afuera, en el frío y el hielo".
Fingió una expresión triste, pero Sofie no se dejaría engañar. Sonrió por un breve instante, quizás el tiempo suficiente para hacerle creer que estaba a punto de ceder. Sin embargo, al final, con una sonrisa malvada en su rostro confundiendo al hombre, extendió una mano hacia atrás y giró la llave en la cerradura. Abrió la puerta tratando de no ser descubierta y en un abrir y cerrar de ojos logró entrar a casa dejándolo afuera.
"Adiós, Sr. Allen", le dijo.
"Oye", se quejó él inútilmente, sin ofrecer más resistencia.
Sofie cerró la puerta y luego se apoyó en ella. Detrás de ella, sentía la presencia de Logan. El hombre intentó convencerla por un tiempo, pero ya había comprendido que la terquedad de Sofie no le permitiría entrar en su casa, al menos no ese día. En su corazón, sin embargo, esperaba que eventualmente le permitiera dar un paso en su vida.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, Sofie pasó por su tienda solo para colgar el letrero de "cerrado". Su intención inicial era avisar a sus clientes de que retrasaría la apertura solo un par de horas, pero luego recordó lo que solía suceder cada vez que iba a ver a la Dra. Clark. Cuando enviaba ese mensaje la noche anterior, el médico no había dudado, como si supiera que Sofie tarde o temprano volvería a ella. Debe de haber reservado a propósito un lugar para recibirla.
"Te veo bien, Sofie", le dijo la doctora.
Sofie, por su parte, temblaba como una hoja, y no porque tuviera miedo. Se trataba de esa maldita ansiedad que casi nunca lograba expresar. La noche anterior, de hecho, no había podido cerrar los ojos y las terribles ojeras violáceas en su rostro eran una clara demostración de que la psicóloga estaba mintiendo en ese momento. Por supuesto, con buenas intenciones y con la verdadera intención de hacerla sentir cómoda.
"¿Lo dices en serio?" le preguntó Sofie en respuesta.
"¿Alguna vez te he dicho una mentira?".
La chica le lanzó una mirada desafiante, pero la doctora no se inmutó, conociendo todas las virtudes y defectos de la paciente en cuestión.
«¿No quieres saber por qué estoy aquí de nuevo?» agregó Sofie de inmediato, impaciente por vaciar su mente.
«Si quieres contármelo».
Sofie resopló. Solo ella sabía cuánto le había costado volver a la clínica de su terapeuta que no había visto en mucho tiempo. Siempre era Eva Delgado quien la llevaba allí, aunque al principio Sofie se resistió y faltó a más de una sesión, al menos hasta que se dio cuenta personalmente de que hablar con alguien realmente la estaba ayudando a superar lo que había pasado.
"Ella lo dice como si no le importara en absoluto".
"Y tú hablas de ello como si no quisieras hablar", respondió en el mismo tono la Dra. Clark. Sofie suspiró y se dejó caer en la silla mientras la psicóloga levantaba los anteojos de montura violeta y llena de pedrería que llevaba puestos. "¿Qué te parece si hacemos un poco como en los viejos tiempos, Sofie? Te acuestas en el diván, cierras los ojos y te relajas, luego haz como si yo no estuviera o que de todos modos no te estoy mirando".
"Si es realmente necesario..."
"Sofie, todos necesitamos hablar y desahogarnos. Llegamos a la conclusión de que era así, ¿no? No es saludable encerrarse en uno mismo, de lo contrario, es normal que tarde o temprano vuelvas a sentir esa desagradable sensación de malestar general o confusión. No estoy aquí para juzgarte, nunca lo he hecho, ¿verdad? No tengas miedo".
"Le juro que no he caído en los errores del pasado", admitió la chica como primer paso, tal vez para sentirse menos culpable.
"No te habría dicho nada, aunque hubiera pasado".
Suspirando, Sofie se levantó de la silla frente al escritorio para dirigirse al chaise longue cercano.
"¿Puedo hacerte una pregunta?"
"Dime, Sofie".
«¿Está contenta de volver a verme?».
La Dra. Clark nunca la había juzgado, pero para Sofie, estar en ese lugar, en ese momento,

seguía siendo una derrota, era como dar algunos pasos hacia atrás. Temía que su terapeuta también lo pensara, aunque seguramente nunca lo admitiría en voz alta. Esperaba poder intuir la respuesta al menos a través de los gestos, del lenguaje no verbal.
"Sé que puede parecer extraño, pero sí, Sofie, estoy contenta. Hubiera preferido que nunca necesitaras de mí, desde el principio, como también deseo eso para todos mis pacientes, pero pedir ayuda no es algo malo, no es un delito, al contrario. Si hoy estás aquí conmigo, en lugar de en otro lugar... bueno, así está bien para mí", respondió sincera y sin rodeos.
"¿Ya sabía que iba a volver, ¿verdad?", insistió.
"Debería ser yo quien haga las preguntas, ¿no crees?".
"Correcto".
Sofie sonrió y la psicóloga hizo lo mismo. Parecía como si el tiempo no hubiera pasado, en realidad había transcurrido más de un año desde que había salido por última vez del consultorio de la Dra. Clark, esperando no tener que volver y estar finalmente curada de sus miedos. Esa mujer había sido sin duda su salvavidas en Nueva York.
"Bueno... ¿te acuerdas un poco de cómo lo hacíamos? Vamos a darle un título o un nombre a este problema", exclamó la doctora mientras se disponía a pasar la página de su bloc de notas. "A menos que quieras decirme algo más".
Sofie suspiró, pero no esperó mucho tiempo antes de revelar todo, de soltar la bomba.
"Logan", dijo con un hilo de voz.
«¡Un nombre masculino... interesante! ¿Es tu nuevo compañero?», preguntó la otra mujer sin rodeos.
"¡Dios mío, no!" respondió rápidamente Sofie.
Se levantó también de la chaise longue y se sentó. La doctora no parpadeó, escribió el nombre descuidadamente en el papel con un bolígrafo negro.
"De acuerdo, Sofie. Vuelve a ponerte cómoda y háblame de este Logan, quienquiera que sea. No necesitamos asignarle un papel, al menos por ahora, ¿verdad?"
Sofie se volvió a tumbarse a regañadientes, con la mente atormentada buscando las palabras adecuadas, además del coraje para expresar sus pensamientos.
"¿Empezamos por su apariencia física?"
"Como creas conveniente".
"Entonces... es alto. Más alto que yo, obviamente, alrededor de veinte centímetros más, tal vez incluso veinticinco. Tiene el pelo castaño un poco largo, aunque la última vez que lo vi, ayer, parecía haberlo cortado más corto. Siempre está bien arreglado, nunca un cabello fuera de lugar, hasta ahora nunca lo he visto descuidado. Incluso cuando usa un chándal para hacer ejercicio parece un modelo, pero tal vez se deba al hecho de que esos chándales de deporte le cuestan un ojo de la cara. Sus ojos son muy bonitos, bueno, son marrones, tal vez marrón no sea el color correcto. Cambiantes, no, tampoco son cambiantes, o tal vez sí. En fin, para entendernos, al atardecer reflejan la luz del sol y se vuelven de color...".
"Sofie, no nos centremos en el color de los ojos, por favor, ¡continúa!".
"Sí, vale. Entonces, estéticamente no tengo nada que objetar. El problema serio es otro".
"¿Te gusta este Logan?", preguntó de nuevo la Dra. Clark.
«Le gusta a cualquiera, Doctora, también le gustaría a usted».
"No estamos hablando de mí, Sofie. ¿Te gusta o no?".
"Tal vez. Ese no es el punto".
"¿Y cuál es?"
Sofie se frotó las manos y luego, presa por la ansiedad del momento, se cubrió los ojos y sacudió

la cabeza.
"Es rico, asquerosamente rico, y está rodeado de mujeres, también asquerosas. ¿Crees que le regala un ramo de flores a cada mujer con la que sale y yo, gracias a su dinero, porque siempre venía a mi tienda, o más bien enviaba a Eva, me compré una nueva cocina antes del verano", confesó Sofie?
"¿Estás juzgando a Logan?".
"No. Sí, bueno, lo estoy juzgando", admitió culpable.
"Dijiste que siempre venía a tu tienda, ¿entonces ahora ya no viene?", continuó la psicóloga.
Podía ser una pregunta con trampa, y lo era, porque Sofie picó el anzuelo como un pez en el anzuelo del pescador. Ya no era la niña temerosa que no podía admitir en voz alta cómo se sentía frente a una persona desconocida que además pagaba para que la escuchara. En cuestión de minutos, logró resumir perfectamente a la Dra. Clark lo que había sucedido en el último tiempo.
"Entonces, resumiendo, Sofie, si alguien te lo preguntara... ¿qué te gusta de él?".
"Absolutamente nada, doctora. ¡Ya se lo dije! Es un villano, un prepotente, es demasiado seguro de sí mismo, osaría decir un dictador. Y siempre está rodeado de mujeres hermosas".
"Entonces, no crees que eres lo suficientemente hermosa para él".
No era una pregunta, pero Sofie respondió de todos modos.
"¿Qué? Ni siquiera pienso compararme con sus mujeres y no me importa en absoluto, él puede salir con quien quiera", cortó de raíz.
"Perfecto, Sofie. Para mí es suficiente".
La chica permaneció tendida y desconcertada en el diván, luego giró la cara y se encontró con los ojos de la Doctora Clark, que mostraban una completa indiferencia hacia toda la historia que acababa de contar.
«Pero ¿dónde estuviste ayer?», preguntó Eva al entrar en la tienda de Sofie.
Ni siquiera se molestó en saludarla mientras trataba de no mostrar abiertamente el alivio que sentía ahora que finalmente tenía a su amiga frente a sus ojos. Cuando el día anterior vio el cartel en la puerta del local anunciando el cierre repentino, inmediatamente trató de contactarla de todas las formas posibles. Sin embargo, Sofie había apagado el teléfono y Eva se contuvo de correr a su casa para comprobar personalmente la situación.
Sofie levantó la mirada, miró a su amiga y luego volvió a sus asuntos con las flores. Era necesario cambiar el agua en los jarrones y encontrar la temperatura adecuada para no hacer sufrir a las plantas.
«Buenos días también para ti, Eva», murmuró como respuesta.
«¡Buenos días una mierda, señorita! Me asustaste. La tienda estaba cerrada, el teléfono apagado y no había nadie en tu casa. ¡Estaba seriamente pensando en ir a la policía!», dijo bruscamente.
«¿De verdad fuiste a mi casa?», preguntó Sofie, levantando una ceja.
Excepto durante el tiempo de la sesión con la psicóloga, durante la cual se suponía que su amiga estaba en la oficina, no se había movido de su casa. Había pasado todo el día en el sofá viendo la televisión, aunque a menudo, perdida en sus pensamientos, eran las películas en la pantalla las que la miraban a ella.

CAPÍTULO 12

«¿Dónde estuviste ayer?», preguntó Eva al entrar en la tienda de Sofie.
Ni siquiera se preocupó por desearle buenos días mientras trataba de no manifestar abiertamente el sentido de alivio que sentía, ahora que finalmente tenía a su amiga frente a sus ojos. Cuando el día anterior vio el cartel en la puerta del local anunciando el cierre repentino, inmediatamente trató de contactarla de todas las formas posibles. Sin embargo, Sofie apagó el teléfono y Eva se contuvo de correr a su casa para verificar la situación en persona.
Sofie levantó la mirada, miró a su amiga y luego volvió a sus quehaceres con las flores. Era necesario cambiar el agua en los jarrones e identificar la temperatura adecuada para no hacer sufrir a las plantas.
«Buenos días también para ti, Eva», murmuró en respuesta.
«¡Buenos días una mierda, señorita! Me asustaste. La tienda estaba cerrada, el teléfono apagado y no había nadie en tu casa. ¡Estaba seriamente pensando en ir a la policía!», dijo bruscamente.
«¿De verdad viniste a mi casa?», preguntó Sofie, levantando una ceja.
Excepto por el tiempo de la sesión con la psicóloga, durante el cual se suponía que su amiga estaba en la oficina, no había salido de su casa. Pasó todo el día en el sofá viendo la televisión, aunque a menudo, perdida en sus pensamientos, eran las películas en la pantalla las que la miraban a ella.
«No, no lo hice, pero estuvo cerca», confesó Eva, suspirando.
«No tenías ninguna razón para preocuparte», reafirmó Sofie. «Como puedes ver, estoy bien».
«Tú y mis hijos me matarán de preocupación, tarde o temprano», murmuró la mujer.
Miró el reloj en su muñeca, todavía le quedaban diez minutos antes de correr hacia el otro lado de la calle y esperar no demasiado tiempo por el ascensor en la planta baja.
«Fui a ver a la Dra. Clark», admitió Sofie de repente, casi en voz baja.
Eva volvió a mirarla, esta vez con más atención.
«¡Oh, entiendo!», murmuró.
Se sintió culpable por la forma brusca en la que trató a Sofie desde que entró en su tienda. A menudo olvidaba que a veces necesitaba tacto y cuanto más amor mejor.
«¿Por qué me buscabas ayer?», preguntó Sofie de inmediato.
«Nada en particular», evadió Eva.
Esa respuesta vaga no convenció a Sofie, así que suspiró y apartó flores y jarrones, lista para ser ella quien presionara a su amiga esta vez. Tenía la sensación de que Eva le estaba ocultando algo y ella siempre seguía sus corazonadas. Además, Eva era realmente mala mintiendo, era demasiado sincera y nada buena inventando mentiras.
«Dímelo», insistió Sofie.
«No es nada importante», minimizó la otra.
«¿Necesitabas flores para Allen, ¿verdad?», preguntó Sofie con un tono de voz lleno de curiosidad que ya no podía contener, junto con un toque de celos, lo cual sorprendió a Eva.
«¡No, nada de flores para Allen! Tengo la sensación de que no ha estado saliendo con nadie últimamente», admitió la mujer.
«¿En serio?».
Ahora, en la voz de la chica, había un rayo de esperanza.

«¿Por qué debería mentirte? Está bien, te lo digo. El Sr. Allen ha cogido la gripe».
No había nada gracioso, pero Eva no pudo resistirse y estalló en una risa sonora. Sofie, en cambio, solo sonrió ligeramente.
«¿Por qué te divierte tanto saberlo enfermo?», preguntó con cautela.
«Alguien lo vio hace dos días caminando solo bajo la lluvia torrencial. Tenía un aspecto cansado y resignado, ¡y estaba empapado como un pollito! No puedes entender lo divertido que fue en la oficina, por eso me divierte tanto», confesó Eva.
Todos habían reído en las oficinas del Sr. Allen, tal vez era la primera vez que el gran jefe, cínico y antipático con todos, demostraba ser también un ser humano común y corriente y no una especie de semidiós capaz de resistir incluso las enfermedades estacionales. Sin embargo, si el Sr. Allen se hubiera enfermado antes y esa escena hubiera ocurrido el mes pasado, incluso Sofie habría estallado en carcajadas después de escuchar los relatos de Eva. Pero algo había cambiado en el ínterin y su conciencia la acusó rápidamente por lo ocurrido. Si Logan Allen estaba en esas condiciones, enfermo y burlado por muchos, era solo culpa suya. Él la había seguido bajo la lluvia y ella, una vez que llegaron a su casa, ni siquiera se había molestado en dejarlo entrar para que se secara o protegerlo de la tormenta.
«Pobrecito», se le escapó a Sofie.
Eva abrió los ojos mientras la risa se desvanecía en sus labios.
«¿Me equivoco o me perdí algo?», preguntó, cautelosa. «¡Y luego volvamos a ti! Maldición, ese Sr. Allen siempre me hace perder el hilo de la conversación. ¿Por qué estabas en el psicólogo ayer?», agregó.
La chica suspiró y luego siguió el consejo de la Dra. Clark, que era hablar, hablar para liberarse, sentirse mejor, conectar mejor con los demás, simplemente hablar porque es bueno.
«Por Logan... eh, quiero decir, por el Sr. Allen», se corrigió y encogió los hombros. «Además, ahora que me has contado sobre su gripe, no puedo evitar sentirme culpable. Estaba bajo la lluvia el otro día porque no lo dejé entrar en mi casa y.…».
«¡Espera un momento!», interrumpió Eva, hablando de manera estridente. «¿Por qué demonios mi jefe debería entrar en tu casa?», agregó, asombrada.
«¡Oh, vamos, ¡cuántas preguntas! Mantén la calma, no pasó nada. El miércoles por la tarde pasé por la tienda para dejar dos bonsáis y, poco después, lo encontré en el local. Me ayudó a colocar las macetas en el estante, hablamos, o, mejor dicho, él habló, y luego comenzó a llover. Yo no tenía paraguas y él quería ofrecerme un paseo, pero yo lo rechacé y comencé a correr bajo la lluvia, y él me siguió».
«No me digas eso».
«Tal vez debería haberlo dejado entrar cuando llegamos a mi casa, ¡pero le cerré la puerta en la cara!», admitió Sofie.
«¡Dios mío! Esto sí que es divertido», comentó Eva riendo. «Cuánto daría por presenciar esa escena».
«Deja de reírte», le reprochó Sofie. «No es bonito».
«Cuánta preocupación de repente por Logan», se burló Eva y la chica bufó. «Y ¿por qué fuiste a ver a la Dra. Clark? No me digas que realmente te sientes culpable».
«Sí, no, quiero decir... Eva, ya no entiendo nada», murmuró Sofie de repente absorta.
Se quitó los guantes de jardinería, ya que no lo había hecho antes, creyendo que la conversación con su amiga se agotaría pronto, y se acercó a la silla de mimbre detrás del escritorio.
«Sofie, sé sincera. ¿Te gusta Allen, ¿verdad?», preguntó Eva, esperando no verla enfadarse.
Debía tener mucho cuidado, sabiendo el carácter fuerte de Sofie, como mínimo corría el riesgo

de recibir un jarrón de flores en la cabeza como recompensa, o más bien como castigo, por siquiera haber pensado algo así.
«No, para nada. Pero me causa una extraña sensación... ¿Me creerías si te digo que me confunde?».
Claro que Eva podía creerle. Cada vez que ella se sentía confundida frente a un hombre, terminaba enamorándose locamente, de ese amor que perturba y cambia los planes, cuestiona todo, cada decisión. Pero eso no podía revelárselo a su amiga.
«¿Y qué te dijo la Dra. Clark?», preguntó nuevamente en voz baja.
«Según ella, debería darle una oportunidad. Todo esto podría ser bueno para mi situación, dice que podría "desbloquearme"», murmuró poco convencida.
Bueno, eso sí que era una noticia realmente absurda, pensó Eva, pero si esas fueron realmente las palabras de la psicóloga, no habría mucho más que comentar. Clark era alguien competente y Eva lo había experimentado en carne propia en el pasado.
«¿Está en la oficina hoy?», preguntó Sofie después de unos momentos.
Su voz se volvió repentinamente tímida e insegura. Mientras tanto, Eva echó otro vistazo rápido a su reloj. Ya estaba retrasada y suspiró retrocediendo.
«Sí, está en el trabajo. Imagínate, un tipo trabajador como él no puede quedarse holgazaneando en su casa. A decir verdad, ni siquiera la gripe logró derribarlo mucho, pero no quiere ver ni oír a nadie. Sin embargo, tengo la sensación de que haría una excepción contigo», dejó escapar Eva mientras bajaba la manija de la puerta.
«¿De verdad lo crees?», preguntó Sofie, casi esperanzada.
«Cariño, me cuesta admitirlo, y créeme, esta es realmente la primera vez en más de diez años que veo a Mr. Allen insistir de esta manera con una mujer. Santo cielo, se agarró la gripe por correr bajo la lluvia como un niño solo para estar contigo».
«A mí simplemente me parece obsesionado y no me gusta para nada».
«No te es indiferente, Sofie», advirtió Eva. «De lo contrario, estoy segura de que ya habrías tomado medidas serias con respecto a esta "obsesión" suya».
«Me obligará a tomarlas si no deja de hacerlo, confía en mí», murmuró la chica, pero al mismo tiempo sus mejillas se pusieron rojas. «La verdad es que ese hombre no está dispuesto a aceptar un no como respuesta».
«Es posible, pero no es alguien peligroso».
«¿Lo sabes con certeza o simplemente lo imaginas?». Eva encogió los hombros y dio otro paso atrás. «No quiero ninguna relación, no quiero tener nada que ver con los hombres», repitió Sofie.
Eva resopló, a ese ritmo nunca llegaría a su oficina y, aunque su jefe estuviera un poco deprimido por la gripe o por el último desplante de su amiga, seguro que luego encontraría la fuerza para reprenderla o despedirla en el acto.
«Sofie, ¡no tienes que casarte con él! Sal con él, aunque sea solo una vez. Hazlo feliz y haz algo diferente por una vez. Tal vez solo se conviertan en amigos», propuso.
«¿Crees que Allen necesita una amiga?», comentó Sofie sarcásticamente.
No esperaba una respuesta, especialmente una respuesta seria. Sin embargo, Eva le sonrió con su aire maternal.
«Logan, como tú sigues llamándolo porque no puedes evitarlo, ha necesitado a alguien a su lado tanto como tú lo necesitas, cariño, aunque no quieras admitirlo».
No añadió nada más y se marchó antes de que Sofie cuestionara incluso sus últimas palabras. Cruzó corriendo el paso de peatones y Sofie la vio desaparecer más allá de las puertas automáticas del rascacielos frente a Flowers.

Sofie siguió dándole vueltas, se sentía ansiosa, en un extraño estado de agitación e inquietud, mientras los recuerdos del pasado y las palabras de Eva, o de la Doctora Clark, zumbaban en su cabeza confundiéndola cada vez más. Luego, después de un tiempo, decidió actuar y romper las cadenas de las dudas, lista para dejarlas atrás. Colocó el cartel de "Vuelvo enseguida" en la puerta y, a paso ligero, abrazándose a sí misma en su chaquetita debido al frío de octubre, cruzó la calle para ir primero a la cafetería de enfrente y luego al inmenso edificio de cristal donde trabajaba Logan.

CAPÍTULO 13

«¿A qué piso va, señora?», preguntó amablemente el portero sentado en la caseta, justo después de las puertas automáticas.
Sofie sonrió, creyendo que una cara amigable y limpia era un excelente pase mientras se esforzaba por no arrugar la nariz ante ese "señora" que la hacía sentir irremediablemente mayor.
«Al décimo piso, a ver al Sr. Allen», respondió.
«Por favor», apresuró a decir el hombre.
Sofie, satisfecha, se dirigió al ascensor. El apellido de Logan era la fórmula mágica, la autorización perfecta para pasar, la contraseña. Sin embargo, la chica todavía no entendía por qué, a ojos de la gente, el Sr. Allen parecía un monstruo malvado capaz solo de infundir terror. Para ella, era un hombre como cualquier otro, solo se trataba de Logan, el tipo arrogante y engreído que había inundado su tienda con las flores de la competencia, el presumido demasiado seguro de sí mismo que, a pesar de todo, la había perturbado. Y, además, absurdamente, también era una persona divertida. Había logrado, contra todo pronóstico, arrancarle algunas sonrisas.
Mientras tanto, el ascenso hasta el décimo piso pareció durar una eternidad. En realidad, el ascensor tardó menos de un minuto, durante el cual Sofie sintió los ojos de todos puestos en ella. En la cabina de metal, junto a ella, había otras personas, en su mayoría hombres de negocios vestidos rigurosamente con traje y corbata, y un par de mujeres con un atuendo impecable, maquilladas como estrellas de cine y con el cabello peinado de manera que parecían recién salidas de la peluquería. Ella era la única con una vestimenta cuestionable, llevaba una camiseta de algodón color arena cubierta por un mono vaquero y una chaqueta de cuero marfil. El cabello, de color chocolate y obviamente teñido, estaba más despeinado de lo habitual. No tuvo tiempo de terminar su autoanálisis porque el ascensor llegó al piso que había elegido y, abriéndose paso entre la gente, salió de la cabina mientras con una mano tiraba del hombro de la bandolera y con la otra apretaba una pequeña bolsa con las compras que había hecho anteriormente en el bar.
«¿Desea algo?», preguntó Miranda sin siquiera levantar la vista de la computadora, por lo que Sofie fingió una tos para llamar la atención de la secretaria. «Pero ¿usted... qué hace aquí?», agregó la secretaria, visiblemente irritada.
La había reconocido de inmediato, con las manos apoyadas en las caderas en lugar de en las teclas del PC, lo que sin duda significaba que no estaba nada contenta con ese encuentro.
«Debo hablar con el Sr. Allen», respondió Sofie mostrando una sonrisa inocente.
Quizás unas disculpas hubieran sido más apropiadas por la especie de escena que ella misma había protagonizado en ese lugar unas semanas antes, poniendo en peligro la carrera de la joven recepcionista.
«Eso está fuera de discusión y si no se va ahora mismo, me veré obligada a llamar a seguridad», comenzó la chica en traje de forma brusca.
Sofie no tenía nada que perder, no le temía al Sr. Allen, y mucho menos a los dos hombres grandes encargados de la seguridad de ese lugar una vez que fueran llamados por Miranda.
«¿Cree acaso que...?», comenzó Sofie, pero la chica no la dejó continuar.
«Quizás no me expliqué correctamente. Le diré más, el Sr. Allen ha pedido expresamente no querer ver a nadie hoy».
«¡Vaya novedad! ¿Acaso quiere hacerme creer que los otros días está encantado de recibir gente?

Bueno, resulta que, de todos modos, yo no soy "nadie"», precisó Sofie con determinación.
«Y resulta que a mí no me importa absolutamente nada», dijo Sofie.

«Vamos, adelante, llámelo por teléfono y dígale que Sofie Van De Broeck desea hablar con él». Sofie mostró su mejor sonrisa y la recepcionista vaciló por un momento. «Vamos, ¿qué espera? Haga lo que le dije».
Miranda, sin apartar los ojos de Sofie, presionó un botón en el teléfono y se activó el interfono.
«Sr. Allen», murmuró con tono apagado.
«¿Qué dije esta mañana? ¡No quiero que me molesten en ninguna circunstancia!», rugió el hombre al otro lado del teléfono.
La chica cerró los ojos instintivamente cuando el sonido del auricular golpeado violentamente resonó a su alrededor. Todo había sucedido en altavoz, y si Sofie hubiera sido otra persona, habría salido corriendo; sin embargo, se quedó allí sin verse afectada por lo que acababa de suceder. Después de todo, ese era el Sr. Allen, el que ella conocía, el que Eva siempre le había contado entre las cuatro paredes de su tienda de flores durante la hora del almuerzo. Era el Sr. Allen, sin lugar a duda la peor versión de Logan.
«¿No escuchaste?», preguntó Miranda a Sofie, mirándola con furia.
Sofie no respondió. Se dispuso a hacer lo que ya había hecho la vez anterior, con la única diferencia de que en ese momento sabía a dónde ir.
«Pero ¿qué haces? ¡Estás loca! Me harás despedir», dijo Miranda.
«Oh, tranquila. Verás que más tarde me agradecerás», agregó Sofie guiñándole un ojo.
Ya estaba detrás de la puerta de Logan y no llamó. Bajó la manija y avanzó decidida hacia el interior.
«Entonces hoy quieres atormentarme. Dije...», comenzó Allen sin continuar, dejando que el concepto muriera en sus labios mientras sus ojos llorosos se posaban en Sofie.
«Escuché perfectamente lo que dijiste», exclamó la chica mientras se adentraba en su oficina.
Cerró la puerta suavemente a sus espaldas y luego se dirigió hacia el escritorio donde el hombre estaba sentado. Logan creyó estar frente a una alucinación, tal vez por culpa de la gripe o tal vez eran los efectos secundarios de los medicamentos que estaba tomando. La miró atónito, con un pañuelo de papel suspendido en el aire, listo para sonarse la nariz roja y goteante.
«¿Sofie?», preguntó incrédulo.
«Exactamente, soy yo», respondió ella. «Te traje un té caliente con limón, pensé que te haría bien», agregó mientras abría el sobre de papel.
Luego, después de quitar la protección que hacía de tapa, le extendió una taza de cartón humeante.
«¿El té?», preguntó Logan incrédulo.
«¿No te gusta?», le respondió ella.
«Menos mal, ahora lo tengo aquí y te conviene aprovecharlo antes de que se enfríe». Mientras tanto, miró a su alrededor y luego, un poco indecisa, tomó asiento en la silla frente a él. «Se me olvidaba, también hay un bollo y una aspirina para el resfriado, por si acaso no has tomado una aún».
Le sonrió, se esforzó por hacerlo tanto como le fue posible, considerando la ansiedad y la agitación que trataba de reprimir o al menos mantener ocultas dentro de ella. Logan, confundido, dejó el pañuelo todavía impecable y, sin apartar sus ojos de los de la chica, habló: «¿Estás tratando de envenenarme?».
«¡Al contrario! Solo me siento culpable por haberte contagiado la gripe, ni siquiera me imagino

poder tener en mi conciencia tu envenenamiento», confesó apartando rápidamente la mirada.
«¡Genial!», murmuró él.
Sofie sonrió avergonzada y Logan, a regañadientes, tomó la bebida aún caliente.
«No esperaba volver a verte, al menos no tan pronto», le dijo.
«Bueno, sí, en realidad no estaba en mis planes, así que no te hagas ideas extrañas. Sin embargo, tenía en mente hacer un experimento».
«¿Un experimento?».
Sofie sonrió de nuevo y, cuando levantó sus ojos, se ruborizó ante la expresión curiosa y la ceja levantada de Allen. Logan acababa de dar un sorbo al té de limón y sostenía la taza de cartón caliente con ambas manos.

«Sí, y necesito tu ayuda». Logan, aunque reacio, asintió. «Mucho gusto en conocerte... soy Sofie Van De Broeck», le dijo mientras extendía la mano en su dirección como presentación.
Logan, sorprendido y un poco divertido, recibió con entusiasmo el experimento, como Sofie lo llamó, y jugó junto a ella.
«Mucho gusto, Sofie. Logan Allen... y también creo que hemos empezado con el pie equivocado», respondió estrechando su mano.
Ambos se encontraron mirando sus dedos entrelazados en un agarre aparentemente inocuo, y al final, al percibir la tensión en los músculos de ella, él aflojó el agarre y la dejó ir, lamentando al mismo tiempo ese contacto tan fugaz.
«Sí... bueno, se hizo tarde y tengo que ir corriendo a la tienda. Recuerda la aspirina y ve a casa bajo las mantas. Tus empleados estarán felices de trabajar sin ti por un día, confía en mí, me lo ha dicho un pajarito».
«¿Pero ¿cómo? ¿Te vas ya?».
Sofie sonrió divertida mientras Logan se levantaba de su sillón de cuero y le suplicaba que se quedara, con la voz típicamente nasal de alguien que está sufriendo de un resfriado fuerte.
«Paso a paso, Logan», exclamó sincera, poniendo una mano en su pecho, la misma con la que había estrechado la suya.
«Está bien, Sofie», murmuró él.
«Ah, se me olvidaba: sé menos gruñón con tus empleados... cuando quieres, sabes ser amable, ¿sabes?», le dijo antes de cruzar la puerta y hacer que el día de Logan Allen mejorara considerablemente.

CAPÍTULO 14

A finales de octubre, las temperaturas eran las más duras y punzantes de los últimos cinco años, y no pasaba un solo día en el que Logan no pusiera un pie en la tienda de Sofie. Habían hablado de todo un poco e incluso había llegado al punto de ensuciarse las manos con tierra para ayudarla mientras trabajaba y, con la excusa, estar cerca de ella. A pesar de los repetidos rechazos de la chica, Allen seguía esperando que, tarde o temprano, Sofie aceptara salir con él en una cita real, pero ella no tenía ninguna intención de complacerlo, al menos no todavía. Aún no se sentía lista, aunque la Doctora Clark y Eva parecían pensar lo contrario.

"¿Acaso te has vuelto loca? Nunca podría pasar tiempo a solas con él", exclamó Sofie.

En ese momento, tenía las manos ocupadas excavando en la tierra de la maceta de uno de los dos bonsáis que habían comprado semanas antes en el jardín botánico de la ciudad. Los dos arbolitos ya habían crecido y las raíces se habían engrosado, lo que sugería a Sofie que necesitaban un espacio más grande.

Eva miró a su amiga con desconfianza, sin saber si creerle o no.

"¿Me estás tomando el pelo, ¿verdad?", preguntó.

"¡Absolutamente!"

"Sofie, pero si tú y Allen ya pasan mucho tiempo solos aquí adentro", le recordó.

"No es lo mismo", se justificó Sofie.

"¿No es lo mismo? Mira, es más probable que suceda algo comprometedor e inmoral cuando están solos aquí adentro con el letrero de 'cerrado' en la puerta que cuando están afuera cenando. Por cierto, ¿por qué el otro día había realmente ese letrero en la puerta pero la luz dentro de la tienda estaba encendida? ¡Apuesto a que el señor Allen estaba contigo!"

Sofie bufó. No era la primera vez que salía ese tema, pero rápidamente negaba todas las acusaciones y Eva no tenía más opción que creerle. Después de todo, ¿cómo no creerla en su palabra y buena fe? Ya era impensable imaginar a Sofie con un hombre, y mucho menos con el señor Allen. Y aunque al principio Eva se mostraba entusiasmada por los dos, o tal vez solo por la idea de que Sofie finalmente pudiera acercarse a un hombre sin luego tener pesadillas por la noche, ahora estaba un poco preocupada por su amiga. Le preocupaba que Allen fuera el hombre que la había acercado y no le infundiera las pesadillas. Sofie era como un pequeño objeto de cristal y Allen era conocido por ser materialista y tan delicado como un elefante en una tienda de objetos preciosos.

"Lamento decepcionar tus expectativas, pero Logan y yo no hacemos absolutamente nada cuando estamos solos, como tú dices, aquí adentro. La otra noche fue él quien insistió en ayudarme a arreglar la vitrina", reiteró Sofie con tono burlón.

Esa era la verdad y, por más que Logan intentara crear situaciones ideales o excusas absurdas para estar cerca de ella, siempre lograba mantenerlo a raya, sin darle la oportunidad de acercarse demasiado.

"¡De acuerdo, de acuerdo! De todas formas, estoy convencida de que, incluso si algo sucediera, ¡tú nunca me lo dirías!", exclamó Sofie.

"Y bien sabes que serías la primera en saberlo, pero dado que no tengo intenciones de hacer nada…", dejó la frase en suspenso.

"De acuerdo, basta, me voy", murmuró Eva retrocediendo mientras echaba un vistazo al reloj.

Siempre llego tarde, pensó.
“¡Hola, señor!”, exclamó repentinamente una voz masculina.
Logan entró en la tienda justo antes de que Eva agarrara el picaporte de la puerta y se fuera. El hombre sonrió y su colaboradora no supo si corresponderle o no. El señor Allen era definitivamente diferente cuando ponía un pie en el local de Sofie, no se parecía en nada al despiadado y loco jefe para el que había trabajado durante tantos años.
El amor realmente cambia mucho a las personas, pensó Eva de nuevo.
“Justo iba corriendo hacia la oficina, señor Allen”, le dijo, sintiéndose culpable por los minutos de retraso.
“No se preocupe, señora Delgado”, respondió él con despreocupación. “¡No hay nadie persiguiéndonos!”, agregó.
Eva asintió y, sin esperar más, atravesó la puerta. Cuando Logan y Sofie finalmente quedaron solos, él se volteó hacia ella y le sonrió tiernamente.
“Hola”, le dijo.
“Hola”, murmuró ella.
Volver a verlo después de un día o encontrárselo repentinamente en la tienda siempre la ponía un poco incómoda. Así que, con la cabeza gacha, terminó de colocar el bonsái en la nueva maceta y se quitó los guantes verdes de jardinería. Mientras tanto, Logan se acercó demasiado, como siempre para el gusto de Sofie, pero ella no dijo nada, lo dejó hacer, curiosa por ver hasta dónde llegaría.
Era confiada en que no arruinaría todo o que no la obligaría a arrepentirse, por esa especie de confianza que le estaba dando día tras día. Él, por otro lado, había logrado entender a la mujer frente a él. Sofie no era como todas las demás mujeres y él lo había entendido desde el principio, lo que gustaba a las demás, automáticamente no le gustaba a Sofie.
“Te queda bien el rosa”, le dijo, hablando con voz ronca y refiriéndose a su suéter.
“Gracias”, le cortó ella, sin darle oportunidad de continuar en esa dirección.
Luego, estando ya uno al lado del otro, Logan extendió un brazo y rodeó su cintura. Sofie se sobresaltó por ese repentino contacto, pero a diferencia de otras veces, no lo apartó. Él, al no encontrar ningún obstáculo, la atrajo aún más cerca de él y sintió su corazón llenarse de alegría.
“Hola”, le dijo otra vez.
“Ya lo dijiste antes”, le señaló ella.
“Ahora es diferente, es más bonito”.
“No tienes intención de rendirte, ¿verdad?”.
“¡Te lo dije!”, le dijo guiñándole un ojo.
“Sí, me lo dijiste”, murmuró Sofie antes de suspirar.
La voz de Logan era baja y profunda, reflejaba el deseo y la pasión que sentía por ella, y Sofie se sentía bien en su abrazo, en ese cálido abrazo. Pero la razón volvió a golpear a la puerta de su mente junto con todos los recuerdos de esas manos que la habían abrazado incluso en contra de su voluntad, de todas esas miradas que la habían observado con un deseo enfermizo.
Así que lo apartó lentamente.
“Correcto, la distancia de seguridad”, murmuró Logan.
“Empiezo a creer que tienes problemas de memoria”, subrayó Sofie.
Con esa chica, Allen finalmente había experimentado lo que significaba sudar y ganar algo. Cada pequeño avance que lograba con ella tenía el sabor de una victoria conquistada sin trucos, le llenaba el corazón de satisfacción y se sentía feliz. Sin duda, era la primera vez que se esforzaba de esa manera por conquistar a una mujer y, paradójicamente, nunca se cansaba de intentarlo. No

había considerado ni remotamente la idea de dejar de lado su deseo por Sofie para buscar una consolación más fácil en otro lugar. Aún no habían llegado a la cama juntos, y eso, en otras circunstancias, habría sido motivo suficiente para rendirse. Sin embargo, se había convencido de esperar debido a la casi ausencia de ese deseo incontrolable de satisfacer sus deseos en otros lugares. La esperaría porque ya no podía imaginar a ninguna otra mujer debajo de él. No quería ahogarse en otros ojos, acariciar otras manos, deleitarse con cuerpos desnudos a veces perfectos y falsos, carentes de emociones y sentimientos, carentes de ese latido acelerado que hacía que las mejillas de Sofie se tiñeran de rojo y lo volviera loco. No quería otros labios que besar, aunque todavía no había tenido el privilegio de probar los labios de Sofie. Sin embargo, tenía confianza en que lo haría pronto y que sería ella quien le concedería esos labios rojos como fresas. Logan imaginaba el sabor de ese beso, sería dulce y delicioso, y cuanto más larga fuera la espera, más satisfactorio sería el resultado final.

“¿Qué debo hacer contigo, Sofie?”, le preguntó.

Ella fingió no oírlo y se apresuró hacia la parte trasera de la tienda para recoger sus cosas. Se puso la chaqueta ligera de color verde, agarró su bolso y luego las llaves.

“Vamos, es hora de volver a casa”, sentenció sin embargo sin mirarlo a los ojos.

Él aprovechó la oportunidad para provocarla. Entre todas las cosas, amaba a Sofie cuando se esforzaba por contenerlo con sus fuertes y punzantes comentarios.

“Así que, ¿vamos a mi casa o a la tuya?”, se aventuró.

“Iré a mi casa y tú a la tuya”, cortó la chica mientras cerraba con llave su tienda.

Logan rió divertido. Esa era la respuesta segura que esperaba recibir, pero después de todo, solo había sido una provocación.

“Sabía que responderías así”. Sofie le lanzó una mirada feroz y luego ambos dieron los primeros pasos sin saber adónde ir. “De todos modos, tengo una propuesta para hacerte”.

“Ahorra el aliento, Allen”, murmuró ella.

“Sabes que prefiero cuando me llamas por mi nombre”.

Se detuvo y Sofie hizo lo mismo. Los transeúntes a su alrededor se vieron obligados a apartarse y pasar a su lado para no interponerse entre lo que, a los ojos de los desconocidos, bien podría ser una pareja enamorada.

“Está bien, Logan”, lo llamó por su nombre suspirando y luego se frotó la frente. “¿Decidiste atormentarme de nuevo hoy?”, añadió.

“Yo volveré a mi casa y tú a la tuya, pero con una condición”, respondió él, ignorando la pregunta de Sofie.

“No hago compromisos contigo y no estamos negociando nada”.

“¡Eso es lo que piensas! Aquí estamos en juego ‘nosotros’”, exclamó resuelto el hombre.

Hizo hincapié en la última palabra a propósito y Sofie lo miró mal, luego siguió caminando hacia la calle de su casa. Sin embargo, él la alcanzó y la agarró del brazo.

“Te acompaño yo”, propuso.

“Logan”.

“No se discute”.

Sofie no abrió la boca. Si seguían provocándose de esa manera, ya no volvería a casa. Así que, fingiendo estar enojada, lo siguió al estacionamiento, donde él había estacionado su brillante berlina de color azul noche. Parecía recién salida de una concesionaria y, como todas las cosas obvias relacionadas con el Sr. Allen, ese automóvil hacía justicia a su propietario. Seguramente le había costado una fortuna.

“A esta hora ya estaría en casa”, murmuró Sofie solo para no quedarse en silencio, sola con él

dentro del automóvil.
“¿Y quién te dice que regresarás a casa?”, se atrevió a provocarla Logan.
Sofie se sobresaltó en el asiento del pasajero y pareció helarse mientras apretaba fuertemente su bolso hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Logan estaba bromeando, pero ella había reaccionado impulsivamente. Sin embargo, esos gestos no pasaron desapercibidos. En ese instante, el hombre leyó el miedo más desesperado en los ojos azules de la chica y se felicitó por su estupidez.
“Estaba bromeando, Sofie”, añadió rápidamente.
No era descartable que la mujer a su lado se aferrara al tirador de la puerta. Logan no sabía por qué, pero incluso creía que era capaz de lanzarse desde un automóvil en movimiento. Se lamentó profundamente porque no era su intención infundirle miedo ni hacerle daño. Nunca había sido una persona violenta. De hecho, era uno de aquellos que exigían castigos adecuados y ejemplares para todos los que maltratan a las mujeres. Sin embargo, en ese momento, el Sr. Allen comprendió una amarga verdad. Sofie debía haber vivido necesariamente alguna experiencia traumática en el pasado para reaccionar de esa manera.
Siempre por la misma razón parecía huir de los hombres, de él. En ese punto, no había mucho más que hacer, seguiría tratándola con guantes, como siempre lo había hecho hasta ese momento, y esperar, mientras tanto, que la chica pudiera liberarse pronto de esos malditos fantasmas que le hacían la vida un infierno. Solo así podría volver a confiar en los seres humanos del sexo masculino, confiar en él.

Después de recorrer toda Orange Street, Logan detuvo el auto justo enfrente de la casa de la chica. Apagó el motor pero volvió a encender la radio donde estaban transmitiendo una canción romántica. Solo bajó el volumen y Sofie permaneció quieta en el asiento del pasajero, tratando de encontrar la fuerza para escapar de allí.
“Tengo que confesarte algo”, admitió Logan de repente mientras Sofie le dirigía una mirada curiosa. “He organizado algo para mañana, para ti y para mí”, agregó.
Era una sorpresa, pero después de haber visto la reacción de Sofie cuando fingió que la llevaría a otro lugar y no a casa, Logan comprendió que no sería precisamente una buena sorpresa.
“¿Puedo decir que no?”, murmuró la chica en respuesta, mientras lo fulminaba con la mirada.
“¡No sirve de nada que pongas esa cara! Solo te lo avisé porque vi que no te gustan mucho las sorpresas. No estoy dispuesto a aceptar un rechazo, es algo inocuo y realmente no tienes nada que temer”, explicó llevándose una mano al corazón, como si estuviera haciendo un juramento.
“¡Estoy dispuesto a acampar afuera de tu casa, Sofie!”, agregó.
“Mañana no puedo, tengo que trabajar”.
“Mañana es miércoles y Flowers cierra por la tarde. Pasaré por ti a las tres y vístete cómoda”.
“¿Dónde planeas llevarme?”
“Veo que estás curiosa”, exclamó en voz alta, jubiloso.
“No tienes intención de decírmelo, ¿verdad?”
“Que tengas una buena noche, Sofie. ¡Hasta mañana!”, se despidió.
Luego, sin pensarlo demasiado, hábil y astuto, acortó la distancia entre ellos. Su rostro se acercó al de Sofie y por primera vez leyó en esos hermosos ojos azules su mismo deseo. En ese momento, besarla hubiera sido bastante fácil, pero probablemente Sofie hubiera cambiado de opinión dejándose consumir por la culpa, y eso no era lo que Logan quería. Quería que su primer beso fuera inolvidable y que después del primero vinieran un segundo y un tercero. Se limitó a besarla en la frente, luego esperó a que ella entrara a su casa y cerrara la puerta de entrada, y

regresó a su hogar con el corazón lleno de serenidad.
Sofie, por su parte, se quedó apoyada en la puerta, respiró profundamente un par de veces y luego, agarrando el teléfono de su bolso, le envió un mensaje a su amiga.

“Mañana saldré con L.”

CAPÍTULO 15

"Creía que tomaríamos el metro", exclamó Sofie.
"No soy muy fan de los transportes públicos. Prefiero moverme por mis propios medios", admitió Logan.
"Claro. ¡Que no sea que un hombre como usted se siente en los desgastados asientos del metro!", lo picó Sofie.
Logan rió. No había una razón real detrás de su insistencia en no querer viajar en el metro de Nueva York, era simplemente una manía, un hábito. Desde siempre, no había tomado transporte público, ni siquiera cuando era joven y asistía a la escuela. Siempre había alguien que lo llevaba de un lado a otro, como el chofer de la familia. Luego, con su debilidad por los autos bonitos, desde que obtuvo su licencia de conducir nunca se separó del volante. Sin embargo, ese día, Sofie se sorprendió gratamente por la forma en que él se presentó frente a su casa. Ya lo había visto usando un chándal y también era lo suficientemente objetiva como para admitir que, con su belleza y su físico esculpido, ese hombre luciría encantador incluso con harapos. De todos modos, Logan lucía impecable y resultaba aún más atractivo con ese par de jeans deportivos y la chaqueta azul marino que cubría un suéter rojo. Sofie incluso se mordió la lengua para no correr el riesgo de elogiarlo con palabras, evitando darle más cuerda o alimentar su ego exagerado.
Después de pasar varios minutos en el automóvil, atrapados en el tráfico de Atlantic Avenue, llegaron a Prospect Park y Logan confió su valioso automóvil a un chico que administraba el estacionamiento y parecía conocerlo muy bien.
“Me encanta este lugar… ¿Alguna vez has estado aquí? Creo que te gustará”, le dijo.
Sofie no respondió, simplemente sacudió ligeramente la cabeza y asintió. Las palabras parecían inútiles y superficiales. De hecho, ya no formaban parte de las cosas que ella sabía hacer. Sus palabras serían muertas, consumidas, aniquiladas por la emoción repentina que la golpeó de lleno. Logan acababa de llevarla a su lugar favorito, Prospect Park, que casualmente también era su lugar favorito, y él no podía saberlo, no pudo haberlo planeado.
Caminaban cerca, tanto que a veces sus brazos se rozaban. Logan deseaba agarrar y apretar la pequeña mano de Sofie y seguir caminando de esa manera por todos los senderos arbolados, como dos adolescentes enamorados en su primera y oficial cita. Sin embargo, no se atrevió a mover un músculo por miedo a arruinar la magia de ese momento, ahora consciente de que a menudo, por prisa y el deseo de realizar los sueños a toda costa, no nos damos cuenta de que, por cada paso dado demasiado rápido, luego damos tres hacia atrás.
“¿Quieres ir?”, le preguntó cuando llegaron a la entrada del zoológico.
“¿De verdad lo dices? ¿Pero no somos un poco mayores?”, cuestionó Sofie.
Logan no le hizo caso. Se apresuró hacia la entrada y compró dos boletos.
“¡Vamos, no te hagas rogar!”, le dijo.
Tomado por la euforia del momento, agarró su mano para llevarla consigo.
Por un momento, Sofie deseó soltarse, pero cuando sus ojos se encontraron con los del hombre, apartó su desconfianza y se dejó llevar adentro.
“No me entusiasma la idea de que estos pobres animales estén en jaulas”, dejó escapar frente al lindo osito con pelaje rojizo y una carta blanca a punto de quedarse dormido sobre una rama.
“¿Qué animal es?”, preguntó luego.

“Es un panda rojo. ¿Nunca habías visto uno? De todos modos, estoy de acuerdo contigo”, sentenció Logan. “Pero quizás son animales que han sido rescatados o que se encontraban en situaciones de cautiverio. En ese caso, es mejor una vida cómoda en una jaula… ¿no? Aquí parecen estar bien, son mimados y alimentados”.

“No lo sé”, murmuró Sofie. “De todos modos, no pueden considerarse realmente libres y la libertad lo es todo. Aquí incluso son tratados como fenómenos de circo”, agregó mientras lanzaba una mirada desafiante a la gente divertida frente a toda esa libertad encarcelada.
“Mmm, creo que entrar aquí no fue una buena idea”, exclamó Logan, rascándose la nuca.
Puso un brazo alrededor de su espalda para unirla a él y cuando Sofie se volvió, le sonrió.
Es simplemente hermosa, pensó Logan. La abrazó más fuerte y ella no ofreció resistencia, aunque era consciente de lo que estaba sucediendo. Le gustaba, se sentía bien ese contacto y finalmente era ella quien lo deseaba y no otros en su lugar.
“¡Vamos, vámonos de aquí! Todavía tenemos mucho más por visitar”.
“¿Todavía? ¿Qué más? Ya está oscureciendo”.
“«No pensé que tuvieras problemas de horario», le punzó Sofie.
«No tengo problemas de horario, es solo que…».
Ya no sabía qué excusa inventar, incluso estaba cansada de estar siempre alerta y en guardia. Ahora, ya no había razón para luchar, podía tranquilamente bajar las armas.
«Sofie, hoy eres toda mía, así que resígnate», exclamó decidido Logan.
Ella le sacó la lengua y se dejó guiar, sintiéndose tal vez, por primera vez en su vida, segura entre los brazos de un hombre.
«¿A dónde vamos? Al menos dime eso», le suplicó.
«¿Te gusta patinar?», preguntó Logan a su vez.
La chica levantó una ceja. Se dirigían al Lakeside, aún dentro del parque de Brooklyn. Allí, a lo largo del arroyo, habían construido recientemente una gran pista de hielo.
«Todavía no han inaugurado la temporada de invierno en LeFrak Center», señaló ella.
«Deberían inaugurarla en un par de días, pero resulta que conozco al dueño y…».
No lo dejó continuar y también levantó los ojos al cielo.
«¿Por qué tengo la sensación de que nunca dejarás de sorprenderme?», murmuró.
«¡Porque eso es exactamente lo que planeo hacer!», respondió Logan.
Una vez que llegaron a la entrada, Allen puso fin al abrazo, pero solo para abrir la puerta y permitir que Sofie entrara primero en la gran instalación. La chica dio unos pasos y de inmediato sintió el frío helado que emanaba de la pista de hielo, no muy lejos de ellos. No había nadie dentro, reinaba un silencio delicioso acompañado de una música de fondo. Parecía música clásica, relajante e íntima.
"¡Mira quién ha vuelto!", exclamó una voz masculina.
"Will, ¡mi amigo!", saludó Logan.
"Sí, claro... solo me llamas amigo cuando necesitas un favor", le respondió el otro.
Era un chico moreno, delgado y de tez oliva, sin duda a quien no le gustaba mucho el lujo y las formalidades, Sofie lo dedujo por su sonrisa sincera o por sus jeans desgastados y la barba descuidada en su rostro.
"Ella es Sofie", dijo Logan, señalándola a su amigo.
"Mucho gusto, señorita. Soy un amigo de Logan, asegúrate de seguir así porque estás haciendo un excelente trabajo", sentenció Will, guiñándole un ojo sin ninguna malicia.
"¿C-cómo?", balbuceó Sofie, igualmente avergonzada.

Mientras tanto, extendió la mano para presentarse. Por otro lado, Logan no pudo evitar lanzarle una mirada sombría a su amigo.
"Déjalo en paz", dijo de hecho.
"Pero déjalo en paz... ¡mira que lo digo en serio! Finalmente, una mujer que puede plantarle cara. Buen trabajo, Sofie. Ahora los dejo en paz. Logan, ya sabes dónde están las llaves y cómo cerrar. Buena noche, chicos".

CAPÍTULO 16

«Y yo que creía que me habrías llamado una vez que volvieras a casa para contarme todo», se quejó Eva cuando Sofie llegó apurada para abrir su tienda.
«Sabía que pasarías hoy», le respondió la chica con tono desafiante.
Las llaves, mientras tanto, habían terminado como siempre en el fondo del bolso. Sacó un libro y se lo pasó a Eva, hizo lo mismo con su billetera, su celular y algunos paquetes de pañuelos. Después de tanto buscar, finalmente encontró su manojo de llaves.
«Entonces, ¿por qué no mantener a esa pobre vieja de Eva Delgado en la intriga?», insistió la otra mujer, refiriéndose a sí misma en tercera persona.
«Déjala, no eres vieja», regañó Sofie.
«¿Te das cuenta de que esta noche no he pegado un ojo?».
«Si bebes demasiado café durante el día, ¡no es culpa mía!».
Abrió de par en par la puerta de Flowers, pero antes de entrar, abrió el bolso de manera que Eva pudiera lanzar dentro todas las cosas que le había pasado para buscar las llaves un momento antes.
«Mira, los cafés no tienen nada que ver. Yo tolero muy bien la cafeína y tú lo sabes. ¡No pude dormir pensando en que tú y Allen estuvieran juntos!».
Sofie levantó los ojos al cielo con expresión exasperada y, sin responder, se dirigió hacia la parte trasera de la tienda para dejar su chaqueta. Eva la siguió sin vacilar.
"Entonces?", la instó a hablar.
"Qué pasa?"
"No me mantengas en ascuas!"
Sofie sonrió. Por un momento estuvo tentada de no contarle nada, pero sabía que su amiga no la dejaría en paz hasta que se sincerara.
"Me llevó al Prospect Park y luego al zoológico", le dijo entonces.
Seguramente, esa no era la respuesta que Eva esperaba. La mujer guardó silencio por un momento, parecía esperar una respuesta sincera, como si Sofie solo estuviera bromeando.
"¿Al zoológico?", preguntó finalmente.
"La última vez que fui al zoológico tenía diez años, ¡y había un panda rojo! Mira qué lindo era, aunque nos fuimos rápidamente. No me gustaba ver a todos esos pobres animales encerrados en jaulas", comentó Sofie.
Su rostro de repente se volvió soñador mientras recordaba primero al panda rojo que le había causado tanta ternura y luego cómo había continuado su salida con Logan. De hecho, la chica había temido que el Sr. Allen la llevara a sus entornos de lujo desenfrenado y personas sin escrúpulos de las cuales Sofie había huido. Sin embargo, esa especie de cita que en ciertos aspectos recordaba la adolescencia, le había permitido descubrir otro aspecto de Logan Allen que no la había decepcionado y que, por el contrario, había adorado de inmediato. Después de todo, Sofie no tenía buenos recuerdos de lo que deberían haber sido sus mejores y despreocupados años. Sin embargo, Eva seguía mirándola con desconfianza, poco convencida de esas respuestas.
«¿Y luego?», le preguntó. «No me digas que después del zoológico te llevó a casa».
"No", respondió Sofie riendo. "¿Sabías que Logan es amigo de Will, el dueño del centro LeFrak?".

"Cada vez que te escucho llamarlo por su nombre me da escalofríos", murmuró Eva. "De todos modos, cariño, no me sorprende. Logan, como lo llamas tú, es amigo de mucha gente", añadió con condescendencia.
"Imagino", respondió Sofie pensativa. "De todos modos, fuimos a la pista de hielo y teníamos todo el lugar para nosotros. Will incluso le dejó las llaves".
Al principio fue bastante incómodo para Sofie quedarse a solas con él en un espacio completamente nuevo y diferente a Flowers. Sin embargo, había que admitir que Logan hizo un buen trabajo haciéndola sentir cómoda. Le entregó los patines y se deslizó en la pista primero para extenderle una mano y ayudarla. Sofie se acercó a él con poca convicción mientras, al mismo tiempo, esperaba recordar cómo se patinaba sobre hielo, ya que no lo había hecho en mucho tiempo. Era toda una vida, de hecho, que ya no hacía muchas cosas, una vida que quizás ni siquiera vivía, limitándose simplemente a sobrevivir.

"¿Hay algo que no sepas hacer, Sr. Allen?", le preguntó Sofie, sarcástica.
Logan, con una sonrisa de quien acaba de alcanzar todos los propósitos y objetivos en la vida, extendió una mano en su dirección para invitarla a seguirlo en la pista.
"Soy malo en muchas otras cosas, y creo que ya conoces bastantes de mis defectos, ¿no es así?"
"Mmm, sí", murmuró Sofie.
"¿Te estarás replanteando tu opinión sobre mí?", la picó.
En realidad, esperaba que Sofie estuviera haciendo precisamente eso, que comenzara a ver lo poco bueno que había en él y que eso fuera suficiente.
Mientras tanto, metió una mano en el bolsillo y sacó algo.
"¿Estás hablando en serio?", le preguntó Sofie.
"Vi cómo los mirabas antes, cuando tomamos los patines", respondió el hombre.
Luego, sin perder más tiempo, colocó el calentador de orejas de peluche, de color lila, en el rostro de Sofie, haciéndolo ajustarse suavemente a los lados de su cara, y, con la excusa, rozó una mejilla dándole una caricia.
"¡Vamos, veamos qué sabes hacer!", sentenció poniendo fin a ese contacto, antes de que ella volviera a poner distancia entre ellos.
Sofie, con el rostro sonrojado, tomó una respiración profunda y luego miró más allá de la ventana, considerando la idea de escapar de él antes de que fuera demasiado tarde. Logan entonces retomó la iniciativa y la tomó del brazo. Pronto comenzaron a deslizarse sobre el hielo mientras el atardecer se cernía afuera. Más allá de la ventana había un espectacular panorama, una vista encantadora del verde del parque.
"Tal vez sea mejor si practico un poco a lo largo del perímetro", exclamó Sofie.
"Está bien", accedió Logan.
La dejó hacer, estaba dispuesto a complacerla en todo. Casi en todo.
Mientras tanto, Sofie se sentía oxidada. Lo último que deseaba en ese momento era caer de culo frente a los ojos divertidos de Allen. Así que, después de dar varias vueltas alrededor del perímetro, se sintió lista para atreverse en el centro de la pista.
"¿Nunca habías patinado sobre hielo?", le preguntó él.
"Debo haber tenido diez años o un poco más la última vez que estuve allí, y luego, a diferencia de lo que mucha gente piensa, no todos en Ámsterdam están obsesionados con las pistas de patinaje sobre hielo. De hecho, en nuestro caso, patinamos en los canales, pero yo lo hice raramente", terminó entristeciéndose.
Cuando se dio cuenta de que había hablado con Logan sobre Ámsterdam, ya era demasiado tarde y Sofie se mordió la lengua antes de que su boca pudiera revelar más. Sin embargo, el Sr. Allen simplemente asintió con la cabeza y no le hizo más preguntas sobre su vida antes de llegar a Nueva York. Logan había entendido desde hace tiempo que era necesario contener su curiosidad y que el tiempo se encargaría de arreglarlo todo. Sería Sofie, con su propio ritmo, quien lo incluiría en su pasado. De todos modos, la chica tuvo la impresión de que él la miraba con escepticismo y no podía culparlo. Le había mentido acerca de las pistas de patinaje en la capital de los Países Bajos y de cómo a la mayoría de la gente no le interesaban. En su vida, al menos hasta que vivió en esos lugares, quizás no había conocido a nadie que odiara patinar sobre hielo. En cambio, fue sincera al decirle que ella lo había hecho raramente. Sofie todavía era una niña que apenas podía mantenerse en pie cuando patinaba con su madre en los canales helados de Ámsterdam, teniendo cuidado de no chocar con las casas

flotantes ancladas en la orilla. Luego, su madre se fue demasiado pronto y con ella se perdieron las saludables costumbres de su familia.
Sofie y Logan se persiguieron sobre el hielo, o más bien él la perseguía a ella, y lo habría seguido haciendo toda la noche si eso significaba verla y escucharla reír despreocupada como nunca. En un momento dado, le dio ventaja, aunque sabía que en cualquier momento sería capaz de alcanzarla y abrazarla fuertemente contra su pecho. Solo estaba esperando el momento adecuado y esperaba que no tardará en llegar. Mientras tanto, afuera el cielo se oscurecía, ya era noche y ninguno de los dos sabía qué hora era, pero no importaba mucho porque ese lugar, según sabían, sería todo suyo hasta la mañana siguiente.
El techo de la pista de hielo se había iluminado mucho antes, pero Sofie solo se dio cuenta en ese momento, cuando levantó la cabeza y sintió que estaba bajo un falso cielo estrellado. La bóveda era de un azul brillante y decidido, salpicada con algunas luces que pretendían imitar las estrellas. En ese momento, la chica deseó firmemente que las manecillas del reloj dejaran de moverse y que, por una vez, su pasado pudiera desaparecer, que el miedo a lo desconocido y al futuro desapareciera, de manera que ella fuera la única protagonista indiscutible de ese espléndido presente. Un presente que pronto la vería caer sobre el hielo. Logan pareció darse cuenta y, antes de que ocurriera lo irreparable, aceleró la velocidad de sus patines para alcanzarla. Sofie volvió su atención a la pista, pero se dio cuenta de que ya había perdido el control de sus piernas y pies sobre el hielo. Agitó los brazos esperando que fuera suficiente para recuperar el equilibrio, pero después de un rato se sintió agarrada por las caderas y, después de un breve giro, la carrera de ambos se detuvo en las barreras que marcaban el perímetro de la pista.
Sofie se encontró atrapada entre el muro a su espalda y los brazos fuertes y grandes de Logan que la abrazaban fuertemente. Permaneció aturdida por un momento, aún sacudida por el repentino desequilibrio, luego cerró los ojos y suspiró agradecida por esa sensación de seguridad repentina que le revolvía el estómago y le llenaba los ojos de lágrimas que pronto reprimió.
"¿Estás bien?", susurró Logan a centímetros de su rostro.
Sofie apenas movió la cabeza. Estaban demasiado cerca, incluso podía sentir el cálido aliento de él que le cosquilleaba la frente.
"Gracias", balbuceó la chica.
Una vocecita en la cabeza de Logan le sugería que se alejara, pero él la acalló, ya que Sofie también parecía, a pesar de todo, no tener la intención de renunciar a ese abrazo.
"¡Imagínate! Nunca hubiera permitido que una joven y hermosa doncella cayera en el hielo".
"Doncella", repitió Sofie riendo. "De todos modos, no me refería solo a eso... aunque también, pero no solo por eso".
"¿Y por qué otro motivo?".
«Por todo, por esta noche», admitió Sofie.
Logan levantó su rostro presionando con un dedo debajo de su mentón y la chica vio cómo sus ojos castaños se volvían más intensos. Conocía muy bien esa mirada, la había visto en tantos hombres y su cuerpo fue invadido por escalofríos.
Le suplicó a sí misma que no arruinara todo. Después de todo, había pasado tanto tiempo y él no era como los demás.
En esa posición, con todos esos centímetros que habían sido derribados uno por uno, Logan parecía tener todas las intenciones de besarla, de devorarla con besos hasta saciarse. Ella también quería ese beso, pero ¿y si luego no fuera capaz de manejarlo? ¿Qué sucedería si regresaran los ataques de pánico y comenzara a llorar? ¿Qué pensaría de ella el señor Allen? Seguramente exigiría explicaciones o, conociéndolo un poco, sería capaz de buscarlas por sí mismo, y Sofie no podía permitirlo en ninguna circunstancia. Bajó la cara, sumergió su rostro en su pecho y respiró su buen olor mientras lo abrazaba hasta quedarse sin aliento, pero un instante después, suave, lentamente y con vacilación, apoyó las manos en el pecho de él. No tuvo que empujarlo con fuerza, como había ocurrido en el pasado. Logan, justo después de besarla entre el cabello, dio un paso atrás suspirando, quizás por la decepción, y ella volvió a respirar.
"Creo que es suficiente con los patines por hoy", dijo de inmediato para volver a la normalidad.
"¿Quieres ir a casa?", le preguntó.
Ahora parecía ser ella la que estaba decepcionada.
"Para nada, cariño".
Sofie arrugó un poco la nariz por ese término cariñoso, luego tomó nuevamente la mano de Logan para abandonar la pista. Se quitaron los patines, los colocaron donde los habían encontrado y luego Allen le señaló el

camino a seguir. Incluso el Bluestone Lakeside Café estaba completamente a su disposición.
"¿Qué vas a comer?", le preguntó mientras se quitaba la chaqueta.
"¿No me digas que tú cocinas?", le preguntó Sofie a su vez, imitándolo y revelando su suéter rosa que parecía gustarle a Logan.
"¿Quién más sino?", respondió.
"¿Corro el riesgo de intoxicarme con la comida?", se aventuró.
"Vamos, mírame", exclamó Allen señalándose a sí mismo. "¿No dijiste eso hace unas horas? Soy Logan Allen, no hay nada que no sepa hacer".
"¿Entonces quieres hacerme creer que sabes cocinar y que no tienes una empleada doméstica que se encarga de todo, incluso de tu alimentación?".
Allen levantó los ojos hacia el techo.
"¡Eres imposible, Sofie!", le dijo mientras se dirigía hacia la parte trasera del mostrador, subiendo las mangas del suéter hasta los codos.
"¿Estás rendido?", le preguntó.
Mientras tanto, ella se había sentado en el taburete, apoyando los codos en el mostrador y luego el mentón en las manos para observarlo cómodamente.
"No, lo siento por ti", respondió él con seguridad. "Entonces?", la instó.
"Un batido de fresa".
"¿Solo un batido?".
"Solo un batido", sentenció.
Allen sacudió la cabeza en desaprobación y luego comenzó a trabajar, sacando comida de la despensa. Preparó para ella una deliciosa ensalada César y para él un sándwich abarrotado de jamón y queso. Al final de la noche, apagaron todo y dejaron el lugar, caminando en silencio por el parque, ahora oscuro e iluminado solo por algunas farolas en los senderos. No había tráfico en la calle y el viaje de regreso a casa de Sofie pareció ser más corto de lo esperado.
"¿Te arrepientes de haberme dedicado un poco de tu tiempo?", le preguntó Logan mientras estacionaba en la acera de Orange Street, justo frente al apartamento de la chica.
Sofie desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.
"Si fuera tú, evitaría preguntas con respuestas peligrosas".
"¿Respuestas peligrosas?", preguntó riendo.
"Respuestas que podrían no gustarte".
Salió del sedán con un pie y luego el otro.
"Entendido, no tienes intención de responder solo porque la respuesta podría no gustarte a ti primero", la provocó mientras Sofie cerraba la puerta.
Se inclinó ligeramente para seguir mirándolo a través de la ventanilla mientras él bajaba el vidrio.
"¿Crees que siempre lo sabes todo, Allen?".
"¿Te arrepientes de haberme dedicado un poco de tu tiempo, señorita Van De Broeck?", le preguntó de nuevo, seriamente.
Sofie suspiró.
"Hasta mañana, Logan", respondió. "Porque supongo que también te veré mañana, ¿verdad?", agregó retrocediendo un paso.
"Lo tomo como un sí, ¿sabes?".
Sofie simplemente levantó una mano en el aire mientras ya estaba frente a la puerta de su hogar, dándole la espalda. Insertó la llave en la cerradura y cuando entró a la casa notó con sorpresa que ya era medianoche.

«Sinceramente no puedo imaginar al señor Allen patinando», exclamó escéptica Eva después de ese relato.
Comenzaba a temer que la chica se hubiera inventado todo en ese preciso momento, tal vez no había asistido a la cita con Allen, pero prefería hacerle creer que sí para evitar recibir una buena reprimenda. O tal vez era cierto que su jefe sufría de desdoblamiento de personalidad. Esta hipótesis tampoco podía descartarse, considerando que el señor Allen, desde hace algún tiempo, se mostraba más tranquilo y dócil incluso en las oficinas de su empresa, sin mencionar todas las

veces que Eva lo había sorprendido sonriendo y bromeando con Sofie.
"¡Pero es buenísimo! Me salvó de una muerte segura en la pista de hielo", chilló.
"¡Qué exagerada eres! Como mucho, te habrías hecho un pequeño moratón en las nalgas", la corrigió. "Y, de todos modos, para mí no es normal que no se hayan dado ni un solo beso. ¿Te llamó "tesoro" y no te besó? No lo creo".
"Es la verdad", le dijo Sofie de nuevo, exasperada. "Y, de todos modos, soy yo quien no se dejó besar", añadió.
"¿No te estás inventando todo esto solo para hacerme feliz?".
Sofie movió la cabeza para negarlo. Había pasado realmente una tarde y una noche entera con el señor Allen y el tiempo no le había pesado ni por un segundo, de hecho, en cierto sentido, incluso había pasado demasiado rápido. Absurdamente, con él había hecho cosas que en sus treinta años de vida nunca había hecho con nadie más, ni siquiera sola. En cuanto al beso perdido, Sofie era consciente de que el momento había llegado en más de una ocasión, pero Logan no había dado el paso. Ahora, con la mente clara, ya no sabía qué pensar, no sabía si alegrarse o no.
"De todos modos, en mi opinión, no me volverá a pedir que salga", comentó pensativa. "Aunque trató de hacerme creer lo contrario".
"Bueno, ese era tu objetivo el otro día, hacer que perdiera interés. ¿Me estás diciendo que has cambiado de opinión?", le preguntó Eva.
Sofie vaciló por un momento, luego se puso seria, se enderezó y levantó la barbilla desafiante.
"¡Claro que no!".
"Está bien, está bien. Me voy al trabajo".
Ese día también llegó tarde, pensó Eva, pero cuando el ascensor abrió sus puertas en el décimo piso y ella entró en la oficina, no podía creer lo que veían sus ojos: el señor Allen estaba hablando y riendo con algunos de sus colaboradores. Entonces agarró el teléfono y envió un mensaje a Sofie.
"No sé qué le hiciste a ese hombre, pero creo que no te desharás fácilmente de él."

CAPÍTULO 17

El cambio de Mr. Allen no pasó desapercibido, todos los que trabajaban en sus oficinas aún se esforzaban por acostumbrarse a la idea de que el gran jefe entrara a la oficina por la mañana saludando a todos con una sonrisa en su rostro. Nadie, antes de eso, había visto sus labios abrirse y sus mejillas elevarse para mostrar una expresión alegre en su cara. La noticia de que una mujer estaba involucrada en todo esto pronto se extendió de oficina en oficina. Descubrir de quién se trataba fue aún más fácil. Eva se había mantenido callada, pero Miranda, la rubia de la recepción, no hizo lo mismo. Todos supieron, en cuestión de días, que la nueva llama de Mr. Allen era Sofie Van De Broeck, la joven que administraba la floristería al otro lado de la calle, frente al rascacielos donde todos ellos trabajaban. Algunos ya habían comenzado a difundir noticias falsas e inimaginables, algunos incluso se atrevían a hablar de un matrimonio inminente, pero nadie conocía la verdad, que entre Sofie y Mr. Allen no había nada todavía.

"En la oficina se rumorea que nos casaremos pronto, tal vez en Navidad", sentenció Logan mientras agarraba una gran caja llena de decoraciones navideñas.

Era miércoles por la tarde y, aunque Flowers teóricamente debería estar cerrado, Sofie había decidido adelantarse con el trabajo y comenzar a decorar la vitrina.

Era la última semana de noviembre, pero todas las tiendas de Nueva York daban la impresión de que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

"Y tú, obviamente, no has dicho nada para desmentirlo", acusó Sofie.

"No tengo tiempo para convocar una conferencia de prensa y hablar de mi vida personal con mis empleados o con los curiosos".

Colocó la caja en el escritorio y Sofie, del otro lado, todavía fruncía el ceño, con las manos apoyadas en las caderas en señal de enojo.

"¿Eres o no eres el jefe? ¿Cuántas personas trabajan para ti? Podrías tomarte un minuto para..."

"¿Para qué? ¿Para decirles que estoy muriendo por una mujer que no quiere saber nada de mí?" No esperaba una respuesta, pero, de todos modos, Sofie no parecía dispuesta a ceder a su provocación. "Nunca me ha importado mucho lo que piensa la gente".

"Entonces tampoco te importa lo que yo pienso", sentenció la chica. "Pero resulta que a esta suscrita esas habladurías la molestan bastante".

"De acuerdo, entonces mañana llamaré a todos a mi oficina para hablar". No lo decía en serio, de hecho, suspiró de inmediato y continuó: "¿Crees que la situación cambiaría si hablara? Siempre habrá alguien que no me crea y seguirá hablando. Ahí afuera hay mucha gente que cree saberlo todo sobre nosotros".

Logan y Sofie seguían viéndose regularmente, casi todos los días, pero no eran una pareja, al menos no todavía. Desde su primera cita, habían tenido muchas más. Habían ido juntos al jardín botánico, luego él la llevó a cenar a un lugar tranquilo y poco pretencioso, habían hecho jogging a lo largo del río Hudson, luego en Central Park en el Upper East Side, al Metropolitan Museum of Art para admirar el arte estadounidense moderno que Sofie solo había visto en libros o revistas hasta entonces. Unos días después, Logan la llevó a Williamsburg, entre las tiendas vintage, las viejas librerías, los mercados orgánicos y las cafeterías peculiares que a Sofie le gustaron tanto. Inconscientemente, le recordaron a Ámsterdam y, por primera vez, no afloró el odio y el dolor que sentía por su tierra. Incluso se dejó llevar a uno de los lugares más famosos que servían

hamburguesas altas y gruesas de más de cuatro dedos.
"Te odio cuando siempre quieres tener la razón", le dijo mientras agarraba algunas decoraciones de la caja.
"Me parece que siempre tienes la última palabra", señaló Allen, ganándose otra mirada sombría. "Y, de todas formas, no es seguro que esos cuatro chismosos estén equivocados", agregó.
Sofie, quien en ese momento había comenzado a colgar las bolas rojas en las ramas del árbol de Navidad, se volvió bruscamente hacia el hombre, pero Logan estalló en risas.
"Si me entero de que fuiste tú quien alimentó todas esas mentiras sobre nosotros...", dejó la frase en suspenso.
"Nosotros", repitió Logan, saboreando esa palabra en sus labios. "Me gusta".
"¿Viniste aquí para ayudarme o para hacerme perder la paciencia como siempre?", preguntó Sofie.
El Sr. Allen levantó las manos en el aire, declarándose inocente.
"De acuerdo, a tus órdenes", exclamó acercándose a ella con más decoraciones apretadas entre los dedos.
Continuaron bromeando el uno con el otro todo el tiempo, al menos hasta que la vitrina de Flores estuvo completa.
"No hagas planes para el domingo", le dijo Logan.
"Desde que estoy contigo, no hago planes en ningún día de la semana", le recordó Sofie, pero al darse cuenta de lo que acababa de decir, de cómo sonaban ambiguas sus palabras, se puso roja y se cubrió la boca con las manos. Logan cruzó los brazos sobre el pecho y la siguió mirando divertido, esperando escucharla balbucear palabras que justificaran lo dicho. Sin embargo, nunca se cansaría de admirarla cuando se ruborizaba en las mejillas como una niña. "¡No pongas esa cara! ¡No quería decir lo que dije!", se apresuró a decir la chica.
Inmediatamente después, agarró el abrigo del Sr. Allen y se lo tendió, invitándolo de manera un poco brusca a dejar su tienda.
"¡Hasta mañana!", le dijo Logan mientras se ponía el abrigo. Sabía que sería inútil tratar de quedarse pegado a ella. "Llámame cuando llegues a casa", añadió con un tono protector.
Se envolvió en la bufanda, pero antes de abrir la puerta, con un solo movimiento puso fin a la distancia entre él y Sofie y la rodeó por la cintura con ambas manos. Ella se tensó y luego se relajó cuando Logan le dio un beso en la frente. Eso era lo máximo que ella le había concedido en todo ese tiempo, pero Allen no tenía intención de desesperarse.
El domingo, ambos estaban en el metro y Logan miraba a su alrededor con poca convicción. Sofie había sido clara cuando él le confesó lo que planeaba hacer, es decir, decorar el salón y el árbol en su ático. La chica dejó en claro que irían en transporte público o no harían nada al respecto.
"No se puede ir de compras navideñas en automóvil", le dijo nuevamente, permaneciendo a su lado.
Logan Allen, por supuesto, había cedido y, incluso antes, se había armado de paciencia.
Bajaron en Grand Street y, después de unos pocos pasos, llegaron a una de las tiendas de artículos navideños más famosas de Nueva York, abierta todo el año y ubicada en Mulberry Street. También visitaron rápidamente Little Italy y compraron algunas decoraciones para el árbol después de probar un chocolate caliente y un té de jengibre en la cafetería de la misma tienda. Tomaron el metro nuevamente y bajaron cerca del Rockefeller Center. En la gran plaza, el enorme árbol de Navidad había sido inaugurado una semana antes y se alzaba en todo su esplendor mientras los turistas no dejaban de tomarse fotos frente a él. Los más audaces

patinaban en la pista de hielo y todos parecían felices, Sofie también se sentía así.
Finalmente, bajaron en la parada de Herald Square, se dirigieron a Macy's y por poco Sofie no vació el noveno piso del edificio, reservado para las compras navideñas. Compró Papá Noeles de todos los colores y tamaños, estrellas y bolas de colores, soldaditos de madera y dulces de mentira. Logan la dejó hacer, le permitió comprar toda clase de decoraciones que le gustaran, aunque el árbol que iba a decorar sería el suyo. De hecho, el abeto real, casi dos metros de alto, ya había sido transportado a su casa, donde Sofie pondría un pie ese día por primera vez. Ni siquiera ella sabía cómo Mr. Allen la había convencido y, absurdamente, ni siquiera tuvo que insistir. Tal vez había creído que, ante su solicitud de tomar el transporte público, el hombre se echaría atrás. De esa manera, ella habría tenido la excusa perfecta para hacer lo mismo. En cambio, ambos dieron un paso adelante para encontrarse mutuamente.
Ahora, después de entrar en un ascensor que parecía subir hasta el paraíso por lo hermoso y reluciente que era, los dos se detuvieron frente a la puerta del ático de Allen y Sofie limpió sus zapatos en el impecable felpudo, temiendo ensuciar el interior.
"¿Lista?", le preguntó Logan.
"Lista", respondió ella, con voz temblorosa.
A primera vista, esa casa parecía muy acogedora. El calor del interior reconfortó de inmediato sus extremidades y el olor a limpio inundó sus fosas nasales. Sofie siempre había sospechado que el señor Allen debía tener una empleada o una ama de llaves que se encargara de mantener la casa en perfecto orden. Claro, parecía un hombre que sabía hacer muchas cosas, pero le costaba imaginarlo mientras sacudía el polvo o lavaba los pisos. Su cocina estaba amueblada con gabinetes de madera lacada en rojo, en un estilo bastante rústico, mientras que los electrodomésticos eran sin duda de última generación. El dormitorio parecía un lugar impecable. Todo era blanco y había un enorme vestidor que se alzaba justo enfrente de la cama king size. Sin embargo, la joya de esa casa era la sala de estar, donde un gran ventanal transparente mostraba la impresionante vista del espléndido skyline de Manhattan. En un rincón, había una pequeña chimenea y dentro el fuego estaba encendido mientras quemaba algunos troncos de madera. Había un sofá grande y espacioso, de esos en forma de esquina, y las paredes estaban completamente revestidas de piedra. Parecía estar en una encantadora cabaña de montaña. En el centro de la habitación, además, se alzaba un gran árbol listo para ser decorado.
"Tu casa es hermosa", comenzó Sofie.
"¿Pensabas que vivía en un tugurio?", respondió él.
"Por supuesto que no, ni siquiera me imagino a alguien como tú viviendo en un tugurio. Pero me lo imaginaba de manera diferente", dijo Sofie.
"¿A qué te refieres?", preguntó Logan mientras la ayudaba a quitarse el abrigo de color crema que la hacía aún más encantadora.
"Olvida eso", murmuró Sofie.
"Vamos, ¿por qué siempre tengo que sacarte las palabras de la boca?", preguntó Logan.
"¿Me equivoco o vine aquí a trabajar?", respondió Sofie a su vez.
Logan se rindió.
"De acuerdo, pongámonos manos a la obra".
Comenzaron a sacar las decoraciones navideñas que Sofie había adquirido durante aquella loca mañana de compras. Su alegría era contagiosa y Logan podría haberla estado observando todo el tiempo sin cansarse nunca, pero ella, poco después, al sentirse observada, lo llamó al orden. Como una pequeña cadena de montaje, él le pasaba las decoraciones y ella, por unos segundos, se quedaba quieta y quieta en su lugar, a un metro del árbol, buscando el lugar adecuado para

colocar angelitos, estrellas y copos de nieve llenos de estrás y purpurina.
"Yo me encargo", propuso Logan, quitándole en un momento dado una bola dorada de las manos.
Sofie se puso de puntillas para llegar a las ramas más altas, parecía tener la intención de trepar al árbol.
"Gracias", respondió ella torpemente.
De fondo, se escuchaban las notas de algunas canciones navideñas en la radio y el fuego crepitaba en la chimenea. Después de un par de horas, casi todo estaba listo.
«¡El adorno de la punta!», exclamó Sofie al agarrar una hermosa decoración en forma de estrella.
«Te toca a ti, yo no llego», agregó.
Se lo entregó a Logan para que fuera él quien lo colocara en la cima del árbol, ya que ella no podía hacerlo sin un escalón y no tenía intención alguna de subirse a una de sus valiosas sillas.
«Tengo otra idea», le dijo astutamente.
Con astucia, la tomó entre sus brazos, ignorando su grito de protesta.
"¿Te has vuelto loco?", gritó Sofie mientras se debatía entre los brazos de Allen. "¿Cómo se te ocurrió? Bájame de inmediato".
"¡Primero el adorno de la punta!", dijo él.
Sofie, resoplando, intentó colocar la estrella lo mejor posible en la parte superior del árbol y luego comenzó a golpear a Logan en los hombros.
"¡Ya lo hice! ¿No lo viste?", dijo ella.
Con movimientos lentos, él la colocó en el suelo y en ese momento, estando tan cerca, mirándose a los ojos, supo que no podría contenerse más.
"No me detengas, Sofie", le dijo en voz baja y seria.
Mientras tanto, con una mano le acariciaba el rostro.
"¿Qué?", preguntó ella, abriendo los ojos y hablando en voz baja como él.
"Por favor", le suplicó.
Fue un beso tímido y respetuoso, un suave roce de labios que parecían haber sido creados para encajar perfectamente solo entre ellos dos, un beso que corta la respiración y el tiempo, un beso que borra los malos pensamientos y trata de hacer lo mismo con los recuerdos impregnados de dolor. Sofie se quedó quieta entre los brazos de Logan. Se dejó abrazar en ese abrazo reconfortante, se dejó besar y quizás también curar, con los ojos cerrados mientras su corazón comenzaba a latir fuerte. Una vez más, sin embargo, ese latido no era causado por el miedo, era algo nuevo, algo que temía pronunciar en voz alta, algo a lo que incluso se negaba a pensar y asignar un nombre. Cualquiera que fuera, era algo nuevo y desconcertante, nunca experimentado. Fue el mismo Logan quien, después de tomar la iniciativa, también dio un paso atrás. Le costó bastante esfuerzo, pero prefería ser él quien retrocediera en lugar de correr el riesgo de que Sofie lo alejara, como siempre. Por su parte, Sofie se tocó los labios de inmediato. Logan realmente la besó y ella se dejó besar, tal vez incluso respondió a ese beso que, por primera vez, fue hermoso, sincero, correcto y puro.
"Necesito comer algo", se apresuró a decir Logan para quitar la incomodidad a ambos. "¿Te quedarás a cenar, ¿verdad?".
Sofie se limitó a asentir mientras él se alejaba, rascándose la nuca, para llegar rápidamente a la cocina. La chica esperó unos minutos, ese no era ciertamente el momento adecuado para rumiar sobre lo sucedido. Lo haría con seguridad, pero solo una vez que estuviera sola, una vez que regresara a las cuatro paredes seguras de su pequeña casa.
"De acuerdo, puedo hacerlo", murmuró antes de unirse al Sr. Allen.

Él la recibió con una sonrisa tranquila y ella, fingiendo que nada había pasado, le arrebató un plato de las manos para ayudarlo a poner la mesa. Calentaron unas lasañas precocinadas en el microondas y continuaron hablando de varias cosas incluso durante la cena. Al final, después de cargar el lavaplatos, ambos tomaron asiento en el sofá frente al fuego de la chimenea.
"Estoy realmente satisfecha con cómo quedó el árbol", exclamó Sofie admirando el abeto lleno de decoraciones.
"Oh, ¡al diablo!", estalló de repente Logan.
No podía soportar más toda esa indiferencia que los estaba consumiendo a ambos. Sin embargo, Sofie no tuvo tiempo para pedirle explicaciones o entender lo que estaba a punto de suceder. El hombre la agarró del brazo y ella terminó acostada a su lado en el sofá.
"Logan", lo reprendió, pero sin oponer resistencia.
Él no se dejó intimidar, la abrazó más cerca de él con un brazo y Sofie levantó el rostro mientras él lo bajaba al mismo tiempo para encontrarse en una mirada cargada de palabras que quizás también se quedarían sin ser pronunciadas ese día.
"No te pediré disculpas, Sofie", le dijo.
"¿Disculpas? ¿Por qué?".
"No te pediré disculpas por haberte besado antes, ¡no puedes ni siquiera imaginar cuánta paciencia me está costando en este momento no hacerlo de nuevo!".
Sofie tuvo un movimiento imperceptible, consideró la idea de levantarse y poner fin a todo. La situación se le estaba escapando de las manos. ¿Desde cuándo ella y Logan se habían vuelto tan íntimos como para quedarse tumbados en el sofá de su casa después de pasar todo el día juntos? ¿Cuándo exactamente fue el momento en que la situación se le fue de las manos? Si realmente lo pensaba, no podía evitar decirse a sí misma que todo había comenzado el día en que él puso un pie por primera vez en su tienda, lo cual era bastante loco.
"Está bien, no lo hagas", murmuró alejándose de su mirada. "Pedir disculpas, me refiero", agregó.
Logan pareció suspirar aliviado. Con los dedos, acarició suavemente su rostro y presionó suavemente debajo de su barbilla para que Sofie volviera a mostrarle esos hermosos ojos.
"Recién ahora me doy cuenta de tu cabello", exclamó levantando una ceja.
"¿Mi cabello? ¿Qué tiene de malo mi cabello?", se apresuró a decir Sofie mientras se despeinaba con una mano.
"Es rubio", respondió Logan, incierto. "¿Por qué lo tiñes tan oscuro? Está bien, no estás obligada a responder, es solo una curiosidad banal".
El corazón ya estaba involucrado en una maratón dentro de su pecho. El miedo había regresado, el terror de ser descubierta, desenmascarada.
"Tengo que irme... es mejor que vuelva a casa", dijo tratando de ponerse de pie.
"No, por favor", suplicó. "No te vayas".
Sin embargo, Logan fue más rápido. También era más fuerte y Sofie pronto se encontró atrapada con la espalda apoyada en el sofá y Logan sobre ella.
"Te suplico, déjame ir", murmuró Sofie mientras sus ojos se nublaban por las lágrimas.
"Hey, Sofie", la llamó él. "Cariño, cálmate".
Ella, por otro lado, parecía fuera de sí y las palabras reconfortantes de Allen no servían de nada. Acababa de tener un ataque de pánico, sus ojos estaban desorbitados y lloraba mientras temblaba por completo.
"¡Sofie! ¡Sofie, cálmate! No quiero hacerte daño, te lo juro. Solo quería decirte que me encanta tu cabello rubio", dijo Logan de nuevo.

La abrazó fuertemente y siguió susurrándole palabras dulces que lograron traerla de vuelta. La calma volvió a Sofie mientras Logan se sentía destrozado por dentro. Esa chica había reaccionado de esa manera porque algo malo le había sucedido necesariamente. En su cabeza se sucedieron varias hipótesis, una más repugnante que la otra. En ese momento, temía rozarla, incluso por error, tenía miedo de lastimarla incluso con una palabra potencialmente equivocada, pero al mismo tiempo, su corazón estaba dispuesto a jurar que no encontraría paz hasta que lograra devolverle la despreocupación de sus años, la que se merecía. Entonces, cuando ella le pidió en un susurro que la llevara a casa, él no se atrevió a discutir, la acompañó personalmente en su Berlina azul.

CAPÍTULO 18

"¿Qué piensas?", preguntó Sofie mirando primero a su amiga y luego a sí misma.
"¡Estás hermosa!", respondió Eva sinceramente.
"¿Lo dices solo para complacerme, ¿verdad?".
La mujer levantó los ojos al cielo, exasperada, luego tomó a su amiga del brazo y la llevó suavemente hacia el gran espejo del dormitorio.
"¿Qué ves frente a ti?", preguntó Eva, buscando los ojos de Sofie en el reflejo.
"No importa lo que yo vea", cortó la chica.
Se giró de inmediato para tener el espejo a su espalda y evitar así encontrarse con su reflejo más de lo necesario. Mirarse a sí misma era una de esas cosas que aún no le salían bien. No le gustaba, no se aceptaba, seguía viendo a la Sofie de antes, aquella con el pelo largo y rubio, el rostro demasiado maquillado, la mirada vacía de alguien que no es capaz de pensar por sí mismo y mientras tanto hace todo lo que los demás quieren, esa misma Sofie que siempre salía a relucir en los momentos menos oportunos. Como cuando había estado en casa de Logan Allen y bastaba un instante para despertar los temores y creer que estaba a punto de caer nuevamente al fondo. Se esforzaba por no pensar en ello, ya que había pasado los tres días encerrada en casa esperando que Logan no apareciera detrás de la puerta. En un momento dado, incluso creyó que su extraño comportamiento había convencido al hombre de rendirse, dado lo difícil, problemática y hostil que era como mujer. Desde el exterior, debía haber parecido bastante loca, pero la Dra. Clark siempre la reprendía como siempre, no era locura.
Era una molestia, era algo que se podía curar, era algo que ella misma debía querer curar, era algo de lo que no debía avergonzarse. Pero Sofie se preguntaba aún con qué fuerza sería capaz de no sentir repulsión por sí misma. Si ella no podía lograrlo, ¿cómo podrían hacerlo los demás? ¿Cómo podría hacerlo Logan si llegara a conocer la verdad sobre ella? Él, en cambio, como siempre, había dado un paso atrás, pero no la había olvidado, simplemente le había dado espacio y tiempo. Había esperado por ella.
"De hecho, es importante. Debes necesariamente agradarte a ti misma antes de pensar en complacer a los demás", le recordó Eva. "Creí que lo habías comprendido", agregó seriamente.
"¿Y si pareciera una mujer de poca valía?", aventuró Sofie, mordiéndose el labio.
Eva suspiró y luego intentó medir sus palabras.
"¿Una mujer de poca valía, Sofie? ¿De verdad lo crees? ¡Una mujer de poca valía nunca usaría un vestido que le queda un poco grande!", murmuró.
"No me queda un poco grande".
"De acuerdo, me rindo", dijo Eva. "No se puede hablar contigo, pero de todos modos no te permitiré salir de esta casa vistiendo de esta manera".
"Así que estoy mal".
"No estás mal, simplemente también necesitas un hada madrina", sentenció la mujer. "Ahora cállate y no te muevas".
"¿Estás segura de lo que estás haciendo?", preguntó escéptica Sofie. "Nos retrasaremos".
"Es pan comido, en diez minutos estarás lista", tranquilizó Eva.
"O siempre puedo volver a casa".
Eva le respondió con una mirada cortante. Luego, con un gesto, le indicó que se quitara el

vestido, casi se lo arrancó de las manos antes de que Sofie pudiera cambiar de opinión, y frente a los ojos de la chica, que se abrazó a sí misma para tratar de ocultar su cuerpo semidesnudo, tomó aguja e hilo. Siguiendo las enseñanzas de su abuela, que era costurera, años y años atrás, creó un pequeño pliegue invisible en las costuras laterales del vestido. Si hubiera tenido más tiempo, seguramente habría hecho un trabajo mejor, pero esperaba obtener un resultado decente. Después de todo, no era la primera vez que se veía obligada a ajustar un vestido a toda prisa, ya había pasado otras veces con los suyos, ya que durante toda su vida había luchado con los kilos de más y había tenido altibajos en la balanza.
"Veamos ahora", sentenció cuando volvió a entregar el vestido en las manos de Sofie.
"¿Ya está?", preguntó la otra.
"¡Te lo dije! Vamos, pruébatelo", la animó nuevamente.
La tela finalmente se ajustaba al delgado y esbelto cuerpo de Sofie, luciendo perfecto y haciéndola aún más encantadora.
"Está demasiado ceñido", murmuró Sofie, mirándose de arriba abajo.
"Parece que no ves bien, cariño", murmuró Eva. "Ahora estás perfecta... ¡bueno, no, falta algo más! Ven aquí".
Sofie se horrorizó cuando vio a su amiga empuñar un lápiz labial.
«¡No, Eva! ¡El lápiz labial está fuera de discusión y lo sabes perfectamente!».
"¡Cállate, Sofie! Vas a una fiesta, no a un funeral, y por un poco de lápiz labial nunca ha muerto nadie. Verás que terminarás comiéndotelo antes de siquiera llegar a Allen".
Le señaló una silla y la chica suplicó con los ojos. Sin embargo, Eva no se dejó llevar por la compasión ni por esa mirada seductora y triste. Pintó esos labios jóvenes con un rojo brillante, luego le ordenó cerrar los ojos para trazar una línea muy delgada de delineador de ojos y espesar las pestañas con máscara. Terminó el trabajo despeinando el cabello oscuro, que no tenía ni un milímetro de raíces a pesar de haber crecido bastante desde entonces, y le roció su perfume, una fragancia costosa e irresistible que James le había regalado en su último cumpleaños.
"¡Mírate! Estás hermosa", le dijo.
"Me lo creo por tu palabra", respondió Sofie frunciendo el ceño sin dirigir su atención a su reflejo en el espejo.
Se volvió y tomó el pequeño abrigo de lana, luego se puso los zapatos de tacón negro. El mundo visto desde los tacones era diferente y a Sofie no le gustaba para nada, pero antes de que los recuerdos del pasado la atormentaran, otro dilema se apoderó de su mente.
"Ahora, ¿qué más ronda por esa cabecita tuya?", preguntó Eva, comprendiendo de inmediato que había algo más.
"No creo poder hacerlo... no puedo ir".
"No te hagas la niña".
"¿Crees que Logan podrá explicar mi presencia?"
"Mmmm, buena pregunta, pero creo que deberías habérsela hecho a él. De todos modos, no te preocupes, ya que todos en la oficina te conocen y, dado que has convertido al gran jefe en una persona finalmente agradable, solo recibirás miradas de admiración esta noche", trató de calmarla Eva.
«No, no, no. No puedo hacerlo», repitió Sofie.
"¡Deja de decir tonterías! ¿Qué quieres que diga Allen? Seguramente dirá que eres una amiga suya".
"No somos amigos".
"Bueno, de hecho, a menudo me pregunto qué son ustedes dos para el otro", comentó Eva,

fingiendo estar pensativa mientras se tocaba la barbilla con los dedos.
"No somos absolutamente nada", exclamó Sofie en voz alta.
Eva dejó de maquillar sus párpados de azul por un momento y encontró la mirada de su amiga en el espejo.
"Entonces llámalo y aclaren las cosas antes de la fiesta. Si tienes la intención de no venir y él viene a mí buscando explicaciones, ¡yo hablaré! Sabes que te quiero mucho, pero cuando se trata del señor Allen, no quiero correr riesgos con mi trabajo".
"¡Te odio!", estalló Sofie.
"Lo sé, yo también te quiero mucho", le gritó Eva mientras se alejaba corriendo en sus tacones para agarrar el bolso del cual sacó el teléfono. En realidad, se odiaba a sí misma por la sensación de calidez que sentía en el corazón cada vez que pensaba en él...
Incluso habían intercambiado números. Dios santo, pensó Sofie, pero cuando él le preguntó la dirección de la Sra. Delgado para hablar en persona, ella también se la envió, a pesar de que habían acordado que iría a la fiesta con Eva y que se encontrarían directamente allí. Logan, de todos modos, llegó poco después en su coche reluciente. Como cada año, a diez días de Navidad, había organizado una gran fiesta de empresa a la que solían asistir empleados y socios mayoritarios de su empresa, una fiesta en la que el jefe no perdía la oportunidad de mostrar el informe anual, los objetivos alcanzados y los que aún quedaban por perseguir. Logan fue claro con Sofie, quería tenerla a su lado esa noche.
"Te ves bien", soltó Sofie cuando subió al sedán.
El Sr. Allen llevaba un esmoquin negro e impecable. En su rostro no había ni un rastro de barba y su piel estaba relajada, sus ojos estaban felices ahora que tenía a Sofie frente a él, cerca de él y respirando su perfume.
"Y tú estás hermosa", respondió él agarrando su mano y apretándola fuerte.
Una descarga de escalofríos recorrió a Sofie.
"Tenemos que hablar", admitió la chica, con un tono de voz casi mortificado.
Logan levantó una ceja e intentó, en la medida de lo posible, no mostrar su preocupación. Después de esa noche en su casa, después de ese beso, después de que Sofie pareciera haber experimentado algún tipo de ataque de pánico debajo de su cuerpo, ella se había negado durante algunos días y, por supuesto, cuando luego regresó a su tienda y él corrió hacia ella, fingió que nada extraño había sucedido. Había estado tentado de ponerla contra la pared, de exigir una explicación para esas lágrimas y ese miedo aparentemente infundado, pero si eso significaba poner los dedos en una herida que todavía dolía, entonces era mejor que él se quedara con las dudas atormentando su mente. Solo quería que ella estuviera en paz y, sobre todo, que no tuviera miedo de él. Por lo tanto, enterarse de que Sofie necesitaba hablarle con cierta urgencia le había hecho temblar las piernas. Por lo general, cuando una mujer necesita hablar y aclarar las cosas, se puede esperar cualquier cosa, y el Sr. Allen lo sabía muy bien.
"La última vez que me dijiste algo así, casi levantaste mi escritorio en el aire", le recordó, y a propósito se mostró irónico con la esperanza de aliviar la tensión.
"Si alguien te preguntara sobre mí, ¿qué le dirías?", preguntó Sofie de repente.
Logan guardó en silencio durante un momento, todavía apretando el volante entre sus manos y echando miradas a la carretera, buscando además un lugar para estacionar. Sin embargo, no podía abordar esa conversación sin mirarla a los ojos, así que se detuvo al borde de la carretera.
"¿Qué te gustaría que dijera?", preguntó a su vez.
"N-no..."
"No, Sofie, ahora escúchame. Tengo las cosas claras desde hace tiempo y ya sé qué decir para

presentarte. El problema es tuyo", exclamó severamente, interrumpiéndola. "¿Preferirías que dijera a todos que eres solo una amiga? ¿Una conocida? ¿Una colaboradora mía? Lo que tú quieras, Sofie. No hay problema para mí. Pasarías toda la noche con Eva y seguramente te sentirías más cómoda, pero debes saber, Sofie, que mis intenciones eran tomarte de la mano durante toda la noche y mostrarte..."
"¿Mostrarme qué? ¡Logan, no soy tu trofeo!", casi le rugió, hablándole desde arriba.
Logan suspiró desanimado, bajó la cabeza en busca de las mejores palabras para explicar ese maldito malentendido.
"No era eso lo que iba a decir. No te considero un trofeo, Sofie, y deberías haberlo entendido hace tiempo".
¿Qué había hecho mal con ella? ¿Qué había en él de extraño que lo llevaba a cometer errores con todas las mujeres? Esas preguntas rápidamente comenzaron a atormentar la mente de Logan, pero al parecer nadie había previsto las respuestas.
"Si esta noche es demasiado para ti... no puedo obligarte", añadió.
Giró la llave en el encendido y se preparó para dar marcha atrás, aunque aún no sabía a dónde iría. ¿Acompañaría a Sofie a su apartamento en Orange Street? ¿O irían juntos a su fiesta empresarial?
Por otro lado, Sofie sintió el peso de la culpa apretando su pecho, casi le impedía respirar mientras sus oídos, repentinamente cerrados, solo captaban el sonido sordo y persistente de su acelerado corazón.
¿Alguna vez has sentido la sensación de ver tu vida escaparse de las manos un minuto antes, sin tener la posibilidad de hacer algo para cambiar y salvar la situación a tiempo?
"¿A dónde te llevo?", le preguntó Allen, tranquilo.
Sofie extendió una mano temblorosa hacia él, la colocó sobre la mano de Logan que él tenía en la palanca de cambios y, con ese repentino contacto, él se sobresaltó. El motor del coche perdió algunas revoluciones mientras él soltaba el pedal del acelerador debajo de él, y el coche se apagó. Se giró y la miró. Simplemente era encantadora con ese pelo corto que la hacía parecer un hada o un duendecillo. Incluso era la primera vez que Sofie mostraba lápiz labial y maquillaje en los ojos, pero a Logan no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que era todo obra de Eva Delgado y no de la chica que ahora temblaba frente a él.
"¿Por qué no me crees, Sofie? ¿Qué pasa?", le preguntó en un susurro, suplicándola.
"No hay nada mal", mintió ella.
Habría querido decirle que era ella lo que no iba bien, que ella era el problema, el muro de esa relación que podría haber surgido entre ellos, que era su pasado el que volvía de forma dominante cada vez que alguien la miraba con pasión, cada vez que la rozaban.
"¡No sabes mentir! Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?", dijo Logan. Sofie apenas movió la cabeza y bajó la mirada. Tenía la sensación de que pronto las lágrimas volverían a inundar sus ojos, dejando que el maquillaje de Eva manchara todo su rostro. Sin embargo, Logan no se lo permitió. Con una mano presionó su mentón y la obligó a mirarlo. "Me gustas, Sofie, y ya no sé cómo decírtelo y hacértelo entender. Me siento como si estuviera enloqueciendo cuando estoy contigo y tú ni siquiera me miras o peor aún, me miras con los ojos llenos de miedo. No sé qué te ha pasado antes de conocernos, pero nunca te haría daño".
"¡Todos los hombres dicen eso! ¿Y todas las mujeres con las que has estado? ¿Cómo lo explicas ahora?".
"¿Ese es el problema? ¿Quienquiera que te haya contado algo sobre mí también te habrá dicho que nunca he salido con la misma mujer dos veces seguidas! Sofie... hemos estado saliendo

durante casi tres meses, aunque sigas negándolo", le dijo, elevando un poco el tono de voz.
Logan estaba completamente rojo en la cara. Admitir toda esa situación era impactante incluso para él, él mismo tenía dificultades para reconocerse, pero durante todo ese tiempo, cuando por la noche se miraba en el espejo de su casa, no pudo evitar quedarse fascinado y darse cuenta de que cualquier cosa que esa mujer le estuviera haciendo, ahora era un hombre mejor.
"Y-yo", balbuceó Sofie.
"Ahora voy a besarte, Sofie... no me detengas, por favor", murmuró Allen.
Con cautela se acercó, finalmente eliminando todos esos centímetros de distancia que, cada vez, no hacían más que socavar esa maravillosa relación que podrían haber construido juntos, si solo ella hubiera consentido. Sofie se quedó quieta y temblorosa en su lugar. Cerró los ojos y sintió los labios cálidos y suaves de Logan posarse sobre los suyos. No ofreció resistencia, se dejó acunar por esa magnífica y nueva sensación, y el beso, de tierno, se volvió más intenso. Él, al no encontrar obstáculos, la atrajo hacia él y mientras con una mano mantenía un firme agarre debajo de su nuca, con la otra le acarició una mejilla realizando movimientos circulares con un dedo. Sofie extendió tímidamente una mano y con los dedos fríos trazó los contornos del rostro de ese hombre que la reclamaba alma y cuerpo. Cuando Logan sintió su respuesta al beso, su cabeza se volvió ligera mientras todos los pensamientos y preocupaciones se desvanecían, dejando espacio a una euforia incontrolable.
"¿Estás contento ahora?", le preguntó en voz baja.
Logan apoyó su frente contra la de ella y con la nariz le hizo cosquillas.
"¿Tú lo estás?", le preguntó a su vez.
"¿Importa?", dijo ella.
"No puedes entender cuánto", respondió sinceramente. "Solo estaría contento si tú también lo estuvieras, Sofie".
"Entonces tal vez lo esté", admitió la chica poniéndose roja en las mejillas.
"Entonces tal vez yo también lo esté". Le dio otro beso apasionado y le costó trabajo no darle otro más. "Sofie, por favor, dime que sí... dame una oportunidad", añadió.
Sofie, aunque con dificultad, se encontró sonriendo. ¿Cómo podría decirle que no? Su corazón ya estaba en su contra, se opondría hasta el final, al igual que su cuerpo que reaccionaba con entusiasmo a esa dulce novedad.
"Está bien, Logan... sí", respondió.
"¿Sí?", preguntó incrédulo el Sr. Allen.
"Sí".
"¿Sabes que este es el mejor regalo de Navidad que podrías darme?"
Inmediatamente después, la besó con alegría y pasión hasta que ambos se dieron cuenta de que, a ese ritmo, nunca llegarían a tiempo a la fiesta de la empresa, donde seguramente todos los esperaban solo a ellos dos. Trataron de recomponerse lo mejor posible y Logan puso en marcha su automóvil. Sofie, mientras tanto, se tocó las mejillas ardientes, luego echó una breve mirada a su lado para tratar de ver a Logan Allen sin que él se diera cuenta. Tal vez realmente podía confiar en él y ser una mujer diferente con él, olvidar el pasado y comenzar de nuevo.

CAPÍTULO 19

"Buenas noches, Sr. Allen", saludó diligentemente un joven con uniforme en la entrada del lugar donde se llevaría a cabo la fiesta de la empresa.
"Hola, Joshua", respondió Logan devolviendo el saludo.
Entregó las llaves en la palma de la mano del chico y salió del automóvil, rápidamente rodeó para abrir la puerta del pasajero. Extendió una mano y Sofie se dejó ayudar, aunque no fuera necesario. A diferencia de muchas otras mujeres, no temía los tacones, siempre los había llevado antes de llegar a Nueva York, aunque en esa ocasión los odiaba. Seguramente preferiría no llevarlos en absoluto.
"Eres hermosa, eres maravillosa", susurró Logan una vez más.
La abrazó a su lado y le dio un casto beso en la sien mientras se preparaban juntos para hacer su entrada, y debut, ante los ojos de todos los invitados. El bullicio que llenaba el aire se interrumpió de repente, la atención de todos fue capturada por la llegada de la pareja, el Sr. Allen y Sofie que se tomaban de la mano. Después de la sorpresa inicial, que hizo que Sofie deseara cortar por lo sano, las voces volvieron a llenar el espacio. Logan comenzó su ronda de saludos con Sofie que se instaba a sí misma a respirar para no correr el riesgo de desmayarse. Tenía la sensación de que en su rostro estaba escrito lo que acababa de hacer con Allen, lo que se habían dicho, los besos que se habían dado y luego robado el uno al otro. Por supuesto, era solo su sensación, aunque la gente daba por sentado desde hacía tiempo que los dos se entendían bastante bien. A lo lejos, vio a Eva hacerle señas con la mano y su agitado ánimo encontró finalmente un poco de paz.
«Ve a ver a la señora Delgado, vendré por ti después», le dijo Logan, quien había notado todo y comprendido todo sin que ella hablara.
Sofie entregó primero su abrigo a un camarero y luego, a pasos rápidos, se acercó a su amiga.
"¡Quiero morirme!", exclamó en voz baja cuando Eva la abrazó con gesto materno.
Solo entonces Sofie se permitió levantar la mirada para echar un vistazo rápido alrededor. El gran salón podía albergar a unas cien personas. El suelo bajo sus pies, de granito y de un color que iba desde el amarillo al rosa antiguo, se armonizaba perfectamente con las paredes en las que se colgaban pinturas de considerable tamaño. En el techo había varias lámparas de Swarovski y numerosos focos que iluminaban el ambiente, equilibrando el espacio y dándole un aspecto intermedio entre lo clásico y lo moderno. Había también varias mesas en las que se disponían algunos aperitivos mientras los camareros se movían entre los invitados sirviendo bebidas.
"Entonces, ¿bajo qué rol estás en esta fiesta?", preguntó Eva, divertida.
Mientras tanto, pinchó con un palillo una pequeña tostada del plato en la mesa cercana. Sofie se sonrojó.
"¿Podemos hablar de esto en otro momento?", pidió.
"¡Lo sabía!", exclamó emocionada la otra.
Eva estaba feliz por Sofie, cuanto más la miraba, más evidente era que, a pesar de la ansiedad por la noche, estaba tranquila como tal vez nunca lo había estado desde que se conocieron.
"Cállate, no digas nada", la reprendió la chica.

"Entonces ahora sería la mejor amiga de la futura señora Allen, ¿verdad?", preguntó impertérrita

Eva.
"Deja de hablar y baja la voz, no querrás que todo el mundo lo sepa y no te apresures demasiado".
Eva estalló en risas y volvió a atacar las tostadas mientras un camarero les ofrecía una copa de champán que Sofie amablemente rechazó.
"Hola, Sofie", exclamó una voz femenina detrás de ella.
Era Miranda, la joven recepcionista de Mr. Allen. La rubia llevaba puesto un vestido de cóctel de color fucsia, demasiado llamativo.
"Hola Miranda", devolvió el saludo esperando no tartamudear.
"No he tenido la oportunidad de agradecerte... ¿puedo tutearme contigo, ¿verdad?", preguntó la otra.
"¿Agradecerte?", se preguntó Sofie. Si alguien debía disculpas, era ella, considerando los incómodos incidentes improvisados en la oficina durante los primeros días. La rubia sonrió y se llevó la mano al cabello, parecía ser un tipo de tic nervioso, pero al tenerlo peinado cuidadosamente, simplemente movió el aire como si hubiera una mosca molesta cerca.
"La última vez que nos vimos me dijiste que, si me presentaba a Mr. Allen, luego te agradecería... ¡bueno, tenías toda la razón!", exclamó eufórica Miranda.
La chica sonrió y Sofie no pudo evitar corresponder. Eva también se unió a la conversación y poco después alguien más llegó a interrumpirlas.
"Buenas noches, señora Delgado. Señorita Scarlett, ¿puedo robarle un momento?", preguntó Logan.
Eva y Miranda saludaron a Mr. Allen y consintieron en dejar ir a Sofie.
"¿Cómo estás?", le preguntó Logan.
"Por ahora bien".
"¿Segura?", volvió a preguntar él.
"Si fuera tú, no repetiría la pregunta otra vez, porque podría cambiar mi respuesta", respondió ella.
"¡Perfecto! Además, quiero presentarte a algunas personas", agregó inmediatamente.
"¡Logan!", murmuró Sofie frunciendo el ceño.
Él tomó su mano y pareció tranquilizarla mientras caminaban con la cabeza en alto entre los empleados que no podían evitar presenciar la escena y seguir sin creer que ese realmente fuera el Sr. Allen. Algunos parecían divertidos, luego estaban los indecisos que no sabían si creer en esas imágenes. Y finalmente, los maliciosos que apostaban cuánto tiempo duraría esa relación.
"No te avergonzaré... ¡lo juro!", prometió.
Sofie no tuvo tiempo de replicar, se encontró frente a un grupo de personas. Había dos mujeres bien arregladas y tres hombres. Uno de ellos destacaba sobre todos con su cabello rojo.
"Ellos son Karl y su esposa Lisa, Nick y Anne, y él es Jamie Murray", exclamó Logan.
Sofie tímidamente levantó una mano mientras Logan la rodeaba con un brazo en la cintura para mantenerla cerca y hacerle sentir todo su apoyo.
"Hola", murmuró Sofie levantando ligeramente la mano.
"En cambio, tú eres mi Sofie", agregó Logan.
Pareció enfatizar su nombre y añadió intencionalmente ese pronombre posesivo que ansiaba usar desde hace mucho tiempo para darle la importancia adecuada, la que ella merecía estando, por supuesto, a su lado. Los cinco se apresuraron en los saludos y las presentaciones. Los primeros dos, los que estaban acompañados por sus parejas, eran amigos además de antiguos colegas de Logan. Se habían quedado en Manhattan, prefiriendo el trabajo en Wall Street. Jamie Murray, el

de cabello rojo, en cambio, era un viejo amigo de Logan que trabajaba para él, aunque a menudo dividía su tiempo entre Nueva York y Irlanda, donde había nacido y crecido. Era un hombre guapo y tenía la misma edad que Logan. También parecían similares en carácter y Sofie no pudo evitar pensar que compartían el mismo interés en las mujeres. Jamie parecía todo un seductor, la misma impresión que Sofie había tenido al principio en el rostro de Logan, aunque luego había cambiado, perdiendo su arrogancia y volviéndose cada día más simpático y adorable.

"Finalmente tengo el placer de conocer a la mujer que ha trastornado la vida de mi amigo", pronunció Jamie mientras tomaba la mano de Sofie y la llevaba a sus labios en un besamanos indescifrable.
La chica se ruborizó en las mejillas y Logan intervino para poner a su amigo en su lugar.
"Deja de hablar y no añadas nada más", lo reprendió. "Y, sobre todo, las manos quietas".
Jamie levantó las manos en señal de disculpa.
"¿Qué dije de inapropiado? ¡Es la verdad! Sofie, te felicito, has logrado lo que otras mujeres nunca han podido", insistió Jamie.
"Gracias", respondió sarcásticamente Sofie, al mismo tiempo que lanzaba una mirada desafiante a Logan.
Hubiera preferido que no se mencionaran las antiguas llamas del Sr. Allen. No sabía si Jamie Murray lo había hecho porque simplemente era un hombre y, como se sabe, los hombres a menudo no tienen un filtro entre la boca y el cerebro, además de esa maldita obsesión. O tal vez, a pesar de lo que había dicho, ella no le había causado una buena impresión. En ese caso, Sofie podría considerar el sentimiento mutuo.
"No eres estadounidense, ¿verdad?", le preguntó inmediatamente después.
"Sofie es holandesa", explicó Logan mientras apretaba más fuerte a la chica a su lado, como si quisiera marcar territorio.
La chica sintió un extraño nudo en el estómago, no estaba nada feliz con el rumbo que estaba tomando esa conversación.
"Sofie, dime... ¿de dónde eres exactamente?", preguntó Jamie de nuevo.
-A-Ámsterdam -balbuceó insegura.
Esperaba que, una vez satisfecha la curiosidad, la conversación pudiera agotarse o cambiar de tema. Sin embargo, el irlandés mostró aún más interés.
"¡Ámsterdam! ¡Vaya! Tengo varios amigos que viven allí. El país de los Coffe shops y las prostitutas", exclamó Jamie.
Sofie se quedó helada, su rostro perdió color, pero nadie pareció darse cuenta. En su cabeza, solo una palabra parpadeaba: peligro.
"No solo eso", intervino Logan en ese momento, poniéndose serio. "También están los tulipanes, los canales, los molinos de viento, las casas torcidas y las casas flotantes. ¿No es así, Sofie?", añadió.
"S-sí".
El señor Allen no había apreciado en absoluto la vulgar y burda ironía de su amigo, junto con los dobles sentidos o los comentarios con segundas intenciones que, por razones obvias, iban dirigidos únicamente a él, que realmente había tenido muchas mujeres en su vida. Pero después de todo, ese era Jamie Murray, el hombre sin inhibiciones ni pelos en la lengua.

"Bueno, ha sido un placer conocerte, Jamie. Logan, voy a unirme a Eva si no te importa", se apresuró a decir Sofie.

"Sí, está bien. Voy en un rato", le dijo él lanzándole una mirada llena de interrogantes.
Sofie se alejó rápidamente de los dos hombres como si alguien la estuviera siguiendo. Sin embargo, un camarero frenó su carrera y le ofreció una copa extendiendo hacia ella la bandeja en la que se encontraban otras copas de champán. Ella, presa del pánico, agradeció mientras agarraba una. Continuó caminando rápidamente, sin seguir una dirección específica. Llegó frente a una puerta ventana que ya estaba abierta y en un instante encontró paz en el exterior sin preocuparse primero de ponerse algo abrigado para protegerse del frío gélido de diciembre. Miró con reticencia la copa con las burbujas en su interior y, a pesar de que la razón le decía que la tirara, se la bebió de un trago siguiendo la voz de la inconsciencia, aquella que se había escondido durante cinco largos años, manteniéndose alerta, lista para resurgir en la primera oportunidad, en el primer signo de debilidad.
"¡Dios mío! ¿Qué he hecho?", murmuró consternada al sentir el sabor amargo del champán en su paladar y el líquido arder en su estómago.
La copa se le resbaló de los dedos y se rompió en mil pedazos al caer al suelo. El ruido fue ensordecedor solo para Sofie, que en ese momento estaba sola con la culpa y los fantasmas del pasado que vociferaban para volver a la superficie y causar más daño del que hicieron años atrás.
La chica, inmediatamente después, corrió al baño y, por primera vez en mucho tiempo, levantó la mirada frente al espejo. Necesitaba una prueba, debía ver lo que había al otro lado, lo que todas esas personas estaban viendo esa noche. La figura en el espejo parecía darle la bienvenida. Sofie se cubrió la boca con la mano para contener un grito desesperado, habría querido hacer lo mismo con las lágrimas, pero estas comenzaron a caer cada vez más despiadadas junto con la máscara negra de pestañas.
Aquí estaba Sofie, Sofie Van De Broeck, la chica de Ámsterdam estaba nuevamente frente a ella. Ahogó los sollozos con dificultad. Agarró papel higiénico y trató de secarse la cara, frotando el papel sobre los párpados para deshacerse de todo ese negro, pero Eva había usado productos resistentes que terminaron ensanchando la mancha en lugar de desaparecer por completo.
Se armó de valor. Tenía que irse de ese lugar lo antes posible, sin que nadie se diera cuenta de ella. Fue más fácil de lo que podría haber imaginado, porque una vez que salió del baño, se encontró recorriendo un pasillo vacío y tomó la primera salida de emergencia sin pasar antes por el guardarropa para recoger su abrigo. Corrió lo más rápido que pudo para alejarse de Logan, de sus amigos, de Eva, del alcohol, de todo lo que le había hecho daño. Luego llamó a un taxi, explicó al conductor que no tenía ni un solo centavo y que una vez que llegara a casa, le dejaría una generosa propina.

CAPÍTULO 20

Entre las cálidas y acogedoras cuatro paredes de su estudio, Sofie dejó escapar un gran suspiro. Corrió al baño y se miró nuevamente en el espejo. La Sofie del pasado todavía estaba allí, con los ojos manchados de maquillaje, el cabello completamente desordenado y el sabor ácido del alcohol en la boca. Empezó a llorar con desesperación, consciente de que no tenía que temer que alguien la escuchara. Mientras tanto, se quitó los zapatos y lanzó los tacones con violencia. Hizo lo mismo con el vestido, se lo quitó sin siquiera desabrochar la cremallera en el costado y cuando la tela pasó por encima de su cabeza, sintió que los pequeños puntos cosidos a mano por su amiga cedían y se rasgaban. Inmediatamente después, se lanzó debajo de la ducha y allí se quedó por un tiempo impreciso, esperando que el agua caliente pudiera lavar la suciedad.
Se sentía manchada nuevamente, sucia hasta la piel, más allá de los nervios y los músculos, hasta el corazón aún prisionero del tormento. Nunca podría cambiar su pasado, redimirse, intercambiarlo con el de alguien más. Siempre sería diferente a las demás mujeres, con un secreto peligroso que defender y llevar a la tumba.
Cerró el agua y buscó refugio en la suavidad de la bata de baño. Luego, casi tambaleándose, se dirigió a la cama y abrazó una almohada para sentirse menos sola.
"¡Sofie!", llamó de repente una voz amortiguada. Sofie se sentó de golpe en el colchón y se frotó los ojos. Esa voz provenía del exterior, alguien estaba detrás de la puerta de su casa.
"Sofie, ¿estás aquí?", insistió la voz masculina. Su corazón ardía mientras esa voz seguía llamándola, era Logan. Incluso había empezado a golpear la puerta, preocupado de que le hubiera pasado algo.
"Sofie, ¡respóndeme! ¡Por favor!" le suplicó.
La chica se cubrió la boca mientras una nueva oleada de lágrimas ruidosas la devastaba. Descalza, llegó a la entrada de su pequeño estudio, aunque no tenía la intención de abrir la puerta y mostrarse en esas condiciones.
"¡Logan, lárgate!" le ordenó tratando de moderar la voz.
Esperaba que él no escuchara los sollozos del llanto. Mientras tanto, Logan suspiró aliviado. Había imaginado lo peor, pero saber que ella estaba a salvo, dentro de la casa, ya era un paso adelante, aunque la situación no se pudiera considerar positiva, ya que Sofie había huido repentinamente de su fiesta y de él, sin una aparente y buena razón.
"¿Puedes decirme qué te pasó? ¡Me hiciste temer por tu vida!" le dijo nuevamente.
"No me sentí bien", mintió Sofie con la voz temblorosa.
Sin embargo, era consciente de que tenía que mentir mejor para alejarlo de allí. Conociendo a Logan, no se rendiría fácilmente, pero no podía dejar que ganara, no podía abrir la puerta de su casa e invitarlo a entrar. Él podría haber entendido todo simplemente mirándola, sin que ella se lo dijera. En ese momento, Logan Allen habría comprendido que perseguirla había sido el error más grande de su vida y Sofie se habría convertido en el enésimo episodio en esa larga lista de sus mujeres. No podría soportarlo, no lo lograría.
"¿Por qué no me dijiste nada? Abre la puerta, Sofie".
"No, ¡Logan! ¡Lárgate, por favor! Todavía no me siento bien y no quiero que me veas en estas condiciones".
"Y según tú, ¿ahora que sé que no estás bien, debería irme tranquilo?", estalló agotando su

paciencia y energía.
Apoyó su frente en la puerta mientras se instaba a sí mismo a mantener la calma y frenar ese maldito impulso de golpear la puerta con los hombros, como en las películas, para asegurarse personalmente de las condiciones de su mujer. Porque Sofie era eso, era suya. Ella le había dicho que sí antes de entrar juntos a la fiesta, él había besado esos dulces labios comiéndose su lápiz labial y ella se dejó besar, incluso respondió al beso y gimió de placer. Tocó el cielo con un dedo en ese momento. Todo fue perfecto, parecían felices, ella también lo parecía. ¿Qué diablos había sucedido en ese ínterin? Cuanto más pensaba en ello, más su subconsciente le sugería que la situación había empeorado después del estúpido comentario de su amigo Jamie. ¿Era posible que Sofie fuera tan patriota como para sentirse ofendida y haber preferido desertar de la fiesta?
"Nos vemos mañana, Logan, no insistas", le dijo.
El Sr. Allen se dio cuenta de que, aunque suplicara durante toda la noche, su Sofie no cambiaría de opinión, terca y obstinada como era. Habría sido tentador golpear la puerta con los hombros, pero tenía serias dudas de que pudiera derribarla y, en caso de lograrlo, Sofie definitivamente no lo apreciaría. De esa manera, solo empeoraría la situación y solo Dios sabía cuánto había trabajado para ganarse su confianza hasta ese momento. Mientras tanto, su cerebro estaba atormentado por preguntas que, al menos esa noche, no recibirían respuestas. ¿Era posible que ella hubiera cambiado de opinión tan rápidamente? ¿Que se hubiera arrepentido de todos esos dulces besos? ¿Que no estuviera lista para lo que él, en cambio, tenía la intención de hacerla vivir?
Le habría regalado la luna si ella se lo hubiera pedido.
La habría llevado al fin del mundo, la habría llevado en lo alto, en la palma de su mano.
La habría defendido, haciéndose escudo con su cuerpo.
La habría abrazado fuertemente por la noche, para luchar con ella cuando los terrores llegaran.
La vida es extraña, muestra la felicidad, la hace desear con cada célula del cuerpo, hace que el corazón lata casi hasta estallar y arriesgar un infarto, colorea la existencia con colores brillantes y alegres, da la impresión de que el mundo puede ser menos horrible si uno lo desea, si se mira desde el ángulo correcto. Sin embargo, la vida es la misma que, para evitar la adicción, interviene y quita esa anhelada felicidad. En ese punto, es bastante fácil convencerse de que no somos dignos o merecedores de ser felices. Esa fue la sensación que experimentaron Logan y Sofie esa noche, cuando ambos se giraron y revolvieron en sus respectivas camas, donde, a pesar de las gruesas mantas, el calor no podía calar en los cuerpos fríos y vacíos.
A la mañana siguiente, Logan tomó su teléfono y trató de marcar el número de Sofie. No se sorprendió al encontrarlo apagado o inalcanzable. Sentía que terminaría de esa manera, ya había aprendido a conocer a esa chica, a predecir sus movimientos. Además, era domingo y Flowers estaba cerrado. Se dirigió decidido hacia Orange Street, esperando que Sofie estuviera dispuesta a darle una buena explicación, pero sabía que incluso en ese caso, las probabilidades de que le abrieran la puerta e ingresara eran casi nulas. Sin embargo, no tenía la intención de acumular remordimientos y arrepentimientos, prefería suplicar y esperar que las cosas salieran de manera diferente a como las había imaginado trágicamente.
Sofie estaba en casa, pero fingió no estar allí, y él retrocedió sobre sus pasos cuando intentó buscar consejo de Eva Delgado, quien conocía a la chica mejor que nadie. Ella le aconsejó, casi con el corazón en la mano y la mirada desolada, dejarla en paz por unos días. Sofie era así. Era como un erizo, y cuando se erizaba para protegerse, solo había que esperar a que ella misma retirara sus púas antes de intentar un nuevo contacto. La semana siguiente, alguien se hizo cargo de Flowers por su cuenta. Sofie llevaba buscando a alguien que le ayudara con el trabajo desde

principios de diciembre, y cuando Mark se presentó una mañana sin currículum, pero con muchas ganas de trabajar y aprender el oficio, Sofie lo reconoció al instante. Era el chico pelirrojo que, a principios de septiembre, le había entregado los primeros tulipanes en nombre de Logan Allen. Mark trabajaba en Aghata Flowers durante la temporada de verano o en festividades, pero la dura florista había decidido prescindir de él en esa Navidad. Sofie decidió recompensarlo con su confianza, su mirada era sincera y pura, y eso era suficiente para dejarle el negocio en sus manos por unos días.

Sin embargo, el siguiente lunes, aunque preferiría quedarse en casa y no ir entre sus flores, Sofie decidió que era hora de intentar resolver esa situación. Se armó de valor y, fingiendo indiferencia como solía hacer, se dispuso a abrir Flowers, consciente de que durante ese mismo día tendría que enfrentarse primero a Eva y luego seguramente también a Logan. Con este último, tendría que dejar las cosas claras; entre ellos nunca podría haber nada, y lo que había sucedido antes de esa fatídica noche debía ser borrado lo más pronto posible.

No estaba dispuesta a correr más riesgos. No había dejado Ámsterdam para encontrarse con los mismos errores en Estados Unidos, y si realmente quería creer que en Nueva York estaba su renacimiento, Logan debía mantenerse alejado. Él lograba sacar lo peor de ella; en tan poco tiempo la había llevado a confiar nuevamente en los hombres, a atreverse con su apariencia y maquillaje, e incluso había llegado al punto de beber algo espumoso que no fuera agua con gas.

Sin embargo, extrañamente, nadie la estaba esperando al abrir la tienda. Tal vez Logan y Eva se habían rendido al pasar por allí todos los días sin encontrarla. Sin embargo, las primeras horas transcurrieron tranquilas, sin que presencias indeseables entraran en su tienda. Sofie estaba sola esa mañana, Mark no estaba allí, y cuando en un momento determinado el timbre de la puerta sonó, sintió un escalofrío, abrumada por la presencia de alguien a sus espaldas.

"¡Honey!", exclamó al instante una voz masculina, ronca y desagradable.

Sofie se quedó helada y un jarrón lleno de agua y flores de Pascua se le escapó de las manos, cayendo al suelo y rompiéndose en mil pedazos. No necesitaba voltearse para asociar un rostro a esa voz. El destino la había tomado como objetivo o tal vez lo sucedido días antes era solo el preludio de lo que estaba a punto de ocurrir en ese momento. Si Berry estaba allí, en Nueva York y en su tienda, necesariamente sucedería una catástrofe.

"F-fuera de aquí", balbuceó.

La voz no era autoritaria en absoluto, tampoco lo era su cuerpo, que ansiaba encogerse cuando, al girarse, se vio obligada a mostrarse. Berry seguía siendo el mismo, bajo y corpulento, con los ojos un tanto vacíos y la esclerótica tendiendo al amarillo de quien ha abusado de alcohol durante años y sigue haciéndolo a pesar de estar a punto de perder el hígado. Solo tenía algunos cabellos blancos más, pero la expresión en su rostro seguía siendo malévola, como la de los villanos en las películas, alguien que nunca podría devolverle una sonrisa a un niño en la calle o derretirse ante un cachorro.

Además, no estaba solo, estaba acompañado por dos matones que eran el doble de altos que él. Si ella intentara escapar siquiera, ellos la alcanzarían en un instante. Extrañamente, y afortunadamente, pensó Sofie, su ex no estaba allí, aquel que le había arruinado la vida cuando aún era una joven despreocupada y que, tras la muerte de su madre y la depresión de su padre, había esperado encontrar en Rachid alguien que la amara.

"Sigues siendo la misma", le dijo Berry.

Lo que para otros podría representar un cumplido, para Sofie era equivalente a un insulto, ya que había intentado dejar atrás el pasado de todas las formas posibles.

"No, no es cierto", trató de justificarse.
"¿No? ¿Solo porque te cortaste y cambiaste el color de tu cabello te crees diferente? ¿O porque llevas una falda que llega a tus tobillos en lugar de apenas cubrirte el trasero?", escupió Berry con ira mientras Sofie cerraba los ojos para contener las lágrimas. "No eres muy diferente de cuando llevabas una peluca, cariño. Además, las faldas se pueden levantar con facilidad, y tú lo sabes muy bien".
Sofie tembló. Tembló su corazón, su conciencia.
"Vete", trató de gritarle.
"¿Realmente creías que no te encontraría?", insistió Berry. "Absurdamente, fuiste tú quien me buscó".
"No es verdad".
"Bueno, entonces alguien más lo hizo en tu lugar". Berry miró a su alrededor mientras sus hombres ensuciaban todo con sus manos. Uno de ellos agarró una rosa de un florero y comenzó a arrancar los pétalos uno a uno. "Parece que cierto Jamie Murray preguntó por ti en Ámsterdam. ¿Lo conoces? O, mejor dicho, ¿él sabe de ti? Puedes imaginar mi sorpresa cuando me dijeron que Sofie Van De Broeck era una puritana florista de Nueva York que lleva una vida tranquila y alejada de la vida social y la depravación que siempre te ha caracterizado", añadió.
Cada palabra pronunciada por Berry era una astilla de vidrio que se clavaba bajo su piel. A ese ritmo, ya no sería capaz de sacar esos cristales afilados que cortaban su alma, la herida nunca sanaría. Y luego, pensaba en Jamie Murray, el amigo de Logan. ¿Por qué había preguntado por ella? ¿Qué respuestas había recibido sobre ella? ¿Ya había informado a su amigo? Quizás Logan no se había presentado esa mañana para comprobar si había regresado al trabajo porque su amigo le había contado la verdad. No podía culparlo por eso, cualquiera habría reaccionado de la misma manera.
"¿Qué más quieres de mí?", rugió Sofie.
Mantener la calma requería un esfuerzo sobrehumano, pero por dentro, Sofie temblaba de miedo como una caña doblada por el viento.
"Me debes dinero, cariño, ¡y mucho más si incluimos lo que me has robado durante estos cinco años en los que has estado huyendo! Podrías haberme dado un aviso en lugar de desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro, pero ambos sabemos que, si hubieras querido, te habría encontrado antes de que ese idiota preguntara por ti. ¿Sabes qué? He preferido hacerte creer como a esos perritos a los que les das la oportunidad de alejarse, pero son tan estúpidos que no se dan cuenta de que no son realmente libres y que la correa sigue ahí".
"No te debo absolutamente nada y sería mejor que te fueras".
"¿Me estás amenazando acaso? Cariño, tesoro, no empeores la situación. Sabes que para mí siempre has sido como una hija... vuelve a casa y no me hagas rogar".
"¡Detente, Berry! Déjame en paz. No volveré a Ámsterdam", gritó Sofie.
Retrocedió hasta buscar refugio detrás de su escritorio, buscando algo, un objeto para intentar defenderse en caso de que las cosas se pusieran mal. Mientras tanto, las palabras de Berry resonaban en su cabeza. Ámsterdam era su hogar, pero nunca volvería allí.
"Tal vez no has entendido que ya no tienes opciones", le dijo Berry una vez más, con una sonrisa malévola pintada en su rostro, la misma que también pintaba los rostros de los dos hombres a su lado. "Tomaste tu decisión hace años. Dentro o fuera, ¿recuerdas? Y tú decidiste quedarte dentro. Tuviste tu periodo de descanso, llamémoslo así, pero ahora es hora de volver a trabajar para mí".

CAPÍTULO 21

"Sofie", llamó Logan mientras abría la puerta de la tienda como una furia.
Cuando supo que esa mañana, a diferencia de las demás, no había sido el chico pelirrojo quien abrió Flowers, sino la dueña, el Sr. Allen se apresuró en el ascensor y cruzó corriendo la calle para alcanzarla.
Sin embargo, su entusiasmo disminuyó cuando vio a la chica atrincherada detrás del escritorio mientras un hombre de cierta edad estaba demasiado cerca de ella para su gusto. Otros dos hombres merodeaban entre las flores de Sofie y ninguno de ellos lucía bien, parecían tener escrito en la cara que eran delincuentes.
"¡Logan, lárgate!", le ordenó Sofie.
Esperaba que no se pusiera terco en ese momento, pero Allen no tenía intención de obedecer. Lo había hecho demasiadas veces y estaba cansado, además algo le hacía creer que Sofie no lo decía en serio. Si lo estaba echando en ese momento no era porque realmente no quisiera saber más de él, como había dejado creer en los últimos días.
"¿Qué está pasando? ¿Hay problemas?", preguntó avanzando hacia ella.
Los dos hombres dirigieron su atención hacia él, a sus movimientos. Berry se volvió y lo escudriñó de arriba a abajo.
«Honey, ¿es este caballero un amigo tuyo? ¿No vas a presentarle a tu querido papi al hombre con el que te estás acostando en estos días?», exclamó con su repugnante manera de hablar.
Sofie palideció y apartó rápidamente la mirada de Logan. Este último, cada vez más confundido, trató de procesar las palabras de ese hombre mientras sus manos comenzaban a picarle. ¿Quién era ese cerdo que se atrevía a dirigirse así a su mujer?
«Sofie, acércate aquí», le dijo tratando de mantener la calma.
Los dos hombres de Berry fueron más rápidos y, tras una señal invisible lanzada por su jefe, se precipitaron junto a Logan y lo sujetaron ambos de los brazos, inmovilizándolo.
«Quítame las manos de encima de inmediato», exclamó Logan decidido.
«No me digas que no le has dicho nada. Ya sabes, Honey, que no se dicen mentiras», continuó Berry dividiendo su atención entre los dos, entre Sofie que en ese preciso instante deseaba morir mientras temblaba como una hoja, y Logan que vociferaba e intentaba liberarse.
«Sofie, ¿de qué está hablando?», le preguntó finalmente él con los dientes apretados.
La chica levantó los ojos al cielo, pero las lágrimas ya habían mojado su rostro. Se mordió el labio mientras la desesperación la consumía por dentro. ¿Por qué estaba sucediendo todo esto? ¿Por qué estaba sucediendo de nuevo? Mientras tanto, Berry reía complacido.
«Honey, o Sofie, como las llamas tú, me debe mucho dinero», explicó Berry.
El hombre se puso serio y severo en el rostro, y abandonando el escritorio detrás del cual Sofie temblaba de miedo, se acercó a Logan, lo pasó y cerró con llave la puerta de la tienda para evitar que pudiera llegar algún otro invitado inesperado e indeseado.
«¿Cuánto dinero quieres? Yo se lo daré», propuso el Sr. Allen sin pensarlo dos veces.
«Es encomiable por tu parte, pero no creo que puedas saldar su deuda».
«El dinero no es un problema para mí. ¡Cualquier cantidad, dímela!».
Había dejado de resistirse a los dos que lo mantenían sujetado por los brazos, esperando que, al mostrarse más colaborador, se pudiera llegar a un compromiso y resolver el asunto lo antes posible. Si el problema realmente era el dinero, él estaba seguro de tener suficiente para

solucionar ese desagradable incidente. Berry estalló riendo en su cara, luego lo miró con desprecio y volvió a dirigir su atención hacia la chica.
«Ya no quiero dinero. Honey sabe muy bien a qué me refiero».
«Sofie... ¿qué demonios está hablando?», insistió Logan, volviendo a forcejear entre los brazos de los dos matones.
Sofie lo miró con ojos suplicantes y llenos de lágrimas. Estaba sucediendo exactamente lo que siempre había temido, ese era su peor pesadilla: el hombre al que amaba enterándose de su verdadera esencia. Había estado sintiendo esos sentimientos por Logan Allen desde hace un tiempo y se había ilusionado cuando se repetía a sí misma que no se había enamorado desde la primera vez que se vieron o desde que Logan le hizo llegar esos primeros tulipanes. Había amado su seguridad, su tenacidad, su negativa a rendirse, su voluntad de mostrarse tal y como era a pesar de lo que todos los demás decían de él. Sofie encontró tremendamente maravilloso haber descubierto qué persona tan increíble era Logan Allen detrás de su imagen de jefe autoritario, rico y consentido. Había amado sus ojos que siempre la habían mirado apreciando cada centímetro de su cuerpo de una manera pura, lujuriosa a veces, pero nunca al punto de hacerla sentir sucia. Había amado su cabello que la última vez había sujetado entre sus dedos mientras estaban cerca, pegados.
Había amado su boca, que no había dejado de hacerla sentir especial ni por un solo instante, cubriéndola con palabras dulces o pinchándola en el momento justo. Había amado esos labios que la besaron como lo hace el príncipe en los cuentos cuando besa a su princesa en la vida real.
Ahora, ese amor parecía arder y destruirse, no quedaba ni siquiera la ceniza.
«¡Tienes una semana, cariño! Prepara tus maletas y vuelve a Ámsterdam, ahí está tu hogar. Hay un escaparate que te espera y tú serás mi puta de por vida. Sabes muy bien lo que haré si no cumples», sentenció Berry mientras extendía sus manos sucias.
Sofie temblaba con el rostro empapado de lágrimas mientras el hombre le acariciaba la cara, con dos dedos le sujetó el mentón para que lo mirara mientras la amenazaba con los dientes apretados. Luego, la gran mano callosa se abatió sobre su joven rostro, provocando un sonido sordo. Los gritos y maldiciones de Logan no sirvieron de nada, Sofie recibió el golpe dolorosamente y cayó al suelo, chocando primero contra el borde del escritorio. Indiferente a todo esto, Berry chasqueó los dedos para llamar a sus secuaces a orden, y antes de seguirlo, estos golpearon brutalmente al Sr. Allen.
Logan logró ponerse de pie con dificultad, escupiendo sangre, y se acercó a Sofie, que yacía en el suelo como un cuerpo sin vida, con el rostro ensangrentado. Una pequeña herida marcaba su frente, el borde del escritorio había rasguñado su piel cerca de una ceja.
"Sofie". Por un momento temió incluso extender sus manos y tocarla, temiendo causarle más dolor o empeorar la situación. Pero luego, Logan no pudo resistirlo y trató de sacudirla suavemente. "Sofie, por favor, abre los ojos", suplicó.
La chica pareció recobrar lentamente la conciencia, gimió de dolor y trató de proteger su cuerpo con los brazos. Se preguntó si seguía viva, si aquello era un sueño. Ya no sentía su corazón latir frenéticamente en el pecho, ya no sentía nada, de repente el dolor pareció desaparecer también.
"Sofie", llamó Logan, arrodillado a su lado.
Agarró el teléfono de su chaqueta y marcó el 911 para emergencias. Mientras tanto, con una mano le tocó la frente, luego la movió hacia su cuello blanco y delgado, buscando el pulso en la yugular para asegurarse de que seguía viva porque a pesar de tener los ojos abiertos, casi desenfocados, y temblar sin cesar, parecía estar a años luz de distancia y no lo miraba, parecía no responder a los estímulos. La voz al otro lado del teléfono respondió, el hombre trató de resumir

lo sucedido y les instó a actuar rápidamente, luego colgó y dejó que el teléfono cayera al suelo.
"Sofie... ¿cómo estás? Por favor, dime algo". Le acarició el rostro mientras se sentía desesperado, ya no sabía qué más hacer para traerla de vuelta. "Pronto llegarán los rescatistas", añadió. Las últimas palabras de Logan despertaron a Sofie y cuando sus ojos se encontraron con los preocupados de él, trató de sentarse. "Quédate quieta, te has golpeado la cabeza".
"No es nada", murmuró tocándose la frente y luego encontrándose con la mano manchada de sangre, estremeciéndose.
Sofie no quería ir al hospital. No era la primera vez que sucedía, no era la primera vez que Berry o alguien en su nombre ponía sus manos sobre ella o que sufría golpes repentinos y violentos. Había habido otra vez, justo después de los golpes, que exhausta se había desmayado y al caer había golpeado fuertemente su cabeza. Había estado inconsciente durante mucho tiempo, pero ni siquiera entonces fue llevada al hospital, nadie se había preocupado por llevarla. Sofie sabía muy bien qué hacer.
Hubiera sido suficiente un poco de desinfectante y algunos curitas. Tarde o temprano la herida dejaría de sangrar, los bordes de piel cortados se habrían unido de nuevo y después de la costra solo quedaría una pequeña cicatriz, una más. Sofie no se preocupaba por eso, había perdido la cuenta de cuántas marcas había en su cuerpo o de todas las veces que había sufrido por un moretón o una contusión. El dolor más grande era el que llevaba dentro, invisible a los ojos de la gente.
"Sofie", balbuceó Logan una vez más, pero ella lo apartó con la mano.
No necesitaba su ayuda, su compasión o su compasión, especialmente en ese momento. Se sentó y apretó los dientes para contener un gemido debido al repentino dolor. La cabeza le dolía, pero el corazón aún más.
"¡Vete, Logan!" gritó sin siquiera mirarlo y darse cuenta de que él también estaba mal tanto como ella.
Se puso de pie con dificultad, apoyándose un poco en el escritorio y luego incluso agarrando la mano que él le ofreció. Con pasos lentos y arrastrados, mientras Mr. Allen trataba de razonar con ella, llegó a la parte trasera de la tienda, agarró algunas toallas de papel y las presionó sobre la herida, esperando que fueran suficientes para detener el pequeño sangrado.
"Sofie".
"Te dije que te fueras, no quiero verte más", le dijo sin mirarlo a los ojos.
"No voy a ninguna parte. Ahora esperaremos juntos a los servicios de emergencia o te llevaré al hospital y luego a la policía", respondió Logan seriamente.
"No voy a ir a ningún lado contigo, olvídatelo", respondió en tono frío y cortante.
"¿Estás hablando en serio? Tienes un corte feo en la frente y necesitarán poner puntos. Te golpeaste la cabeza, Sofie", dijo Logan dejando intencionalmente la frase a medias, como si fuera obvio y esperado lo que vendría después. Sofie se había golpeado la cabeza al caer y era más que normal esperar que fuera al hospital para un chequeo. También esperaba que fuera a la estación de policía para denunciar al hijo de puta que se había atrevido a ponerle las manos encima e insultarla. Sin embargo, ella soltó una sonrisa irónica ante esas palabras. La Sofie del pasado había regresado, aquella que veía a Logan como un tonto que no comprendía la gravedad de la situación. ¿Qué se creía que iba a hacer? ¿Hospital? ¿Policía?
"¿Te parece divertido?" le preguntó Allen, molesto.
Sus manos le temblaban mientras sentía que su cuerpo se convertía en una especie de alfiler. Esperaba no tener nada roto y lograr que esa maldita mujer razonara. Todo parecía imposible, le costaba creerlo.

"¡He dicho que te vayas! ¡No te metas en este asunto! Ya has hecho suficiente", respondió Sofie.
Sofie apartó las toallas de papel de su frente y al verlas empapadas de sangre, las arrojó a la basura. Se acercó al baño y agarró más papel, lo mojó bajo el agua fría del grifo y lo volvió a colocar sobre la herida.
"Tienes que denunciar a ese hijo de puta, Sofie".
"¿Qué parte de todo esto no entiendes?", preguntó.
Estaba empezando a perder la paciencia. No tenía la fuerza ni la claridad mental para lidiar con la formalidad de Mr. Allen.
"¿No tienes la intención de denunciarlo?" le preguntó él, horrorizado.
La sorpresa se reflejaba en sus ojos. ¿Dónde estaba Sofie? ¿Quién era esa mujer? Ya no podía reconocerla.
"No puedo denunciar a Berry", interrumpió Sofie abruptamente.
Continuaba ocupada en el lavabo del baño, sin prestar atención a Logan detrás de ella. Tenía el rostro enrojecido y los brazos colgaban rígidos a lo largo de su cuerpo mientras sus manos estaban apretadas en puños con los nudillos blancos.

"¿Por qué no?", estalló poco después sin importarle el tono alterado de su voz. "¿Puedo saber quién demonios es ese hombre?", agregó, dominado por la ira y la desesperación.
Tenía la sensación ominosa de que ahora su dinero no sería suficiente para solucionar todo y que lo que había sucedido era más grande que él y Sofie juntos. Sin embargo, ella se sobresaltó y se volvió.
"Berry siempre saldrá impune y luego logrará encontrarme de nuevo, y yo..."
"¿Quién demonios es Berry, Sofie?" preguntó Logan, dando un paso hacia ella.
"¿Es posible que no lo hayas entendido?" le preguntó a su vez con voz histérica y entrecortada por el llanto. "Pensé que eras un tipo astuto".
"Dímelo".
"¿Para qué es famosa Ámsterdam, Mr. Allen?" le preguntó mientras su voz temblaba. "Tu amigo lo ha entendido desde el principio".
"Sofie", intentó llamarla.
"¿Realmente quieres saber quién es Berry? ¿Realmente quieres saber quiénes somos?"
«Tú eres Sofie y la última vez estábamos perfectamente de acuerdo y felices de ser algo especial el uno para el otro», intentó corregir el rumbo Logan.
De repente, no estaba preparado para la verdad. Ya no quería conocerla, ciertamente no le servía de nada y no serviría de nada. Su opinión sobre esa mujer no cambiaría, sus sentimientos no cambiarían. Sofie se había metido en su interior como nadie más había logrado hacerlo, y ciertas cosas no se pueden explicar, ni siquiera comprender. Algunas cosas se aceptan tal como vienen y se consideran regalos.
«Soy su puta, Logan», murmuró entre lágrimas. «¿Contento ahora?».
En ese momento, la Sofie del pasado parecía desintegrarse, romperse y explotar en mil pedazos, evaporarse en el aire circundante y dejar permanentemente su lugar a la chica frágil y temerosa. Los sollozos del llanto le cortaron la respiración mientras pensaba en el futuro que le esperaba si solo hubiera considerado la idea de denunciar a Berry o resistirse a su voluntad. Logan derribó cada centímetro de distancia, la atrajo hacia sí, sobre su pecho, sin importarle la camisa blanca que terminaría manchada de sangre.
«No te pasará nada, Sofie», le susurró al oído. «Estoy aquí, no lo permitiré».
«Tú no puedes entender».

«¡Tendrán que pasar sobre mi cuerpo!».
Logan siguió susurrándole infinitas palabras de consuelo mientras besaba su frente y la acunaba entre sus brazos. Al final, sin darse cuenta, Sofie se encontró en el hospital y cuando el personal médico le preguntó cómo se había hecho ese corte que le costó tres puntos de sutura, la chica mintió. Respondió antes de que lo hiciera Logan en su lugar, Logan que se había ganado una costilla fracturada, algunos hematomas y cortes superficiales debido a los golpes que, en cambio, justificó como un accidente automovilístico. Permaneció junto a Sofie y nada sirvieron los intentos de los enfermeros de alejarlo. Como siempre, su apellido prevaleció y gracias a él y a su insistencia, la chica finalmente fue liberada del hospital solo después de que los resultados de la resonancia magnética cerebral dieran negativo para descartar posibles traumatismos craneales silenciosos.
«Quiero ir a mi casa, Logan», le dijo sin mirarlo, fingiendo que el paisaje fuera de la ventanilla del sedán era más interesante.
«Puedes olvidarte de eso», cortó Logan de raíz.
«¿Entonces la mejor solución sería venir contigo? ¿Crees que eso será suficiente?».
«Por ahora sí».
«No puedes obligarme», insistió Sofie.
«Así como tú no puedes obligarme a no llamar a la policía», respondió Allen con firmeza.
No tenía ninguna intención de dejar impune a Berry y a sus bastardos, pero en cierto punto, tuvo que hacerle creer eso a Sofie. No tenía intención de mentirle ni causarle más dolor, pero esos hombres no iban a salirse con la suya. De una forma u otra, iban a pagar, y el señor Allen tenía más de un as bajo la manga. Claro, entregarlos a la justicia era lo primero en lo que había pensado y lo que hubiera querido hacer, pero no se ponía límites, nunca se los había puesto antes y ciertamente no iba a empezar a hacerlo en esa situación, no cuando alguien había intentado entrometerse en sus vidas con los zapatos llenos de mierda.
Sofie se estremeció y se mordió los labios antes de cerrar la boca y no abrir más. Cuando llegaron al amplio departamento de él, Logan encendió rápidamente la chimenea y luego fue el turno del reproductor multimedia, del cual comenzaron a salir notas dulces y relajantes. Sofie, exhausta y resignada a la evidencia, aprovechó para darse una ducha caliente que, sin embargo, no logró borrar la sensación de suciedad en su piel.
Cuando salió del baño, envuelta en una gran y suave bata de color lila, encontró en la cama algunas cajas de cartón beige y una notita.

Para Sofie.

Dentro había un pijama y otras prendas que, con toda probabilidad, le habían costado un ojo de la cara al joven y atractivo Mr. Allen. Ese hombre no había vacilado ni siquiera cuando le había mostrado su pasado como prostituta a merced del mismo hombre que la había hecho masacrar por sus matones.
"Me he permitido comprártelos, en realidad los eligió Eva", exclamó Logan a su espalda.
"¿Ella sabe algo?", preguntó Sofie en un susurro antes de voltearse.
Le he contado algo. Mañana vendrá a verte, si te sientes con ánimos", respondió Logan.
Sofie se volteó. Logan estaba apoyado en el marco de la puerta con un chándal y una expresión destrozada. Aún tenía el pelo oscuro húmedo de la ducha y solo en ese momento Sofie se fijó en las abrasiones en su rostro, en el moretón oscuro que se había formado en su sien. Se abrazó al albornoz sintiéndose culpable y, al mismo tiempo, demasiado expuesta y desnuda. Se limitó a asentir ligeramente con la cabeza.

"Lo siento", le dijo luego en voz baja.
"No lo hagas, no te apenes", le dijo Logan, seriamente. "No es culpa tuya".
"En cambio, sí lo es".
"He preparado la cena... ¿tienes hambre?", arriesgó, cambiando de tema de inmediato.
El estómago de Sofie estaba completamente cerrado, apretado. Solo pensar en comida le provocaba náuseas, pero la chica era consciente de que el Sr. Allen nunca le permitiría irse a dormir sin antes haber comido algo. Tuvieron una comida frugal, una sopa caliente que solo logró calmar parcialmente sus temblores. Cuando terminaron, Logan se apresuró a colocar los platos en el lavavajillas, a pesar de que los médicos le habían aconsejado que no hiciera esfuerzos, y luego se unió a Sofie en la sala de estar. Ella estaba sentada en el sofá, acurrucada en una esquina y envuelta en una de sus mantas a cuadros, roja y negra; contemplaba el fuego vivo en la chimenea dándole la espalda al gran árbol de Navidad, aquel que habían decorado juntos. Lo había hecho a propósito, dándole la espalda al abeto, sintiéndose estúpida porque por primera vez se había dejado llevar por el entusiasmo de la Navidad, había creído sinceramente que ese año sería diferente, ilusionándose de que su vida había cambiado. Incluso se había ilusionado con poder merecer la atención y el afecto de un hombre, poder vivir una historia de amor, una relación seria y genuina basada en el mutuo respeto. Sin embargo, ni siquiera la Navidad con su encanto parecía capaz de ayudarla. El pasado siempre la perseguiría, era parte de ella.
"¿Puedo?", preguntó Logan señalando el espacio vacío en el sofá.
Ella lo miró y sonrió suavemente.
"Esta es tu casa, no deberías pedirme permiso para sentarte".
"Te estoy pidiendo permiso para estar a tu lado, Sofie".
"¿Y lo haces ahora? ¿Después de haberme obligado durante todo el día a hacer lo que creías que era lo correcto para ti?".
"Digamos que sí", respondió Logan, tranquilo.
"¿Tengo otra opción?", continuó Sofie.
"En efecto, no", respondió Logan con una sonrisa sincera y se acomodó a su lado, quedando allí mirándola en silencio. Solo el fuego hacía ruido, la leña crepitaba entre las llamas y parecía hablar un idioma desconocido para ellos. Sofie tenía el cabello más desordenado de lo habitual, recogido hacia atrás para evitar que se pegara en la venda que le habían puesto en la frente en el hospital. La piel de su rostro estaba más pálida de lo normal, tanto que daba la impresión de estar enferma. Y luego era tan pequeña y frágil, una mujer atrapada en su dolor a la que quería abrazar fuerte para intentar salvarla.
Logan realmente quería abrazarla y hacerla sentir lo que él sentía. Se arrepentía de no haberle revelado antes en voz alta sus sentimientos, pero ese no era el momento adecuado para hablar de eso. Ni siquiera sabía si Sofie tenía ganas de hablar de lo que había sucedido ese día, pero inesperadamente fue ella quien tomó la iniciativa.
"Mi madre murió hace mucho tiempo y mi padre ya no era el mismo sin ella. Para él, era solo una carga incómoda, le recordaba demasiado a mamá y no lo soportaba, yo no era suficiente para él. Se dejó llevar, prefirió la depresión a su hija y si yo estaba en casa o no, ya no hacía ninguna diferencia. Conocí a Rachid cuando tenía quince años, él era mayor que yo, pero decía amarme y querer casarse conmigo tan pronto como cumpliera la mayoría de edad. Estaba feliz, no podía esperar para irme de esa casa que ya no era la misma sin mi madre. Rachid fue mi primer novio, fui a vivir a su casa y poco después dejé la escuela porque él me dijo que se había metido en problemas, en un mal camino de drogas. Necesitaba dinero, necesitaba de mí, de lo contrario lo matarían". Finalmente tomó aliento y luego miró a Logan, quien esperaba en silencio la

continuación de la historia. "¿Cómo podría haberle dicho que no? ¿Cómo podría haberle dado la espalda después de todo lo que había hecho por mí? ¿Cómo podría haber vivido si luego lo hubieran matado?"
"No fue tu culpa, Sofie", le dijo Logan, animándose, y apretó su pequeña mano en la suya.
Los llaman "Loverboys", son traficantes de personas. Intentan hacer que chicos se enamoren perdidamente de ellos para luego tenerlos bajo su control y manipularlos. Así es como actuó Rachid cuando, frente a una vulnerable Sofie, desesperada por afecto después de la muerte de su madre y la total indiferencia de su padre, jugó la carta de que ella le correspondiera. A esa edad, sin estudios ni trabajo, la forma más fácil de conseguir dinero era la prostitución. Rachid llevó a Sofie a Berry, y el hombre supo cómo manipularla, hacerla sentir importante. Le prometió dinero y gloria, incluso le dijo que no sería para siempre, que podía retroceder cuando quisiera, y que estaba salvando la vida de su único y verdadero amor. Pero en realidad, solo estaba intercambiando su vida por la nada, y en un abrir y cerrar de ojos, la chica se encontró detrás de un sucio escaparate en el Rosse Buurt, el famoso distrito de luces rojas de De Wallen, uno de los muchos barrios de la capital de los Países Bajos, a merced de todos los hombres o turistas extranjeros hambrientos de sexo que daban por sentado que esa rubia estaba allí como tantas otras y que no tenía objeción alguna en convertir su cuerpo en mercancía, que estaba consintiendo.
"Te preguntarás por qué nunca me opuse. Algunas veces lo intenté, pero no era cierto lo que me dijeron. No podía retractarme una vez que estaba dentro del negocio, y casi siempre estaba drogada o borracha, no entendía nada de lo que estaba haciendo. Incluso tengo recuerdos confusos y no sé si es bueno o malo no recordar toda esa porquería". El dolor le desgarraba el pecho, excavaba en su alma mientras resurgía el fango del pasado. En cambio, Logan se sentía destrozado por dentro, pero se mantuvo firme, ni siquiera intentó consolarla. Sofie respiró profundamente y continuó su relato: "Otras veces, cuando estaba sobria y trataba de resistirme, Berry me golpeaba y amenazaba. Si me hubiera ido, él le habría contado todo a mi padre, y solo me quedaba él. No quería decepcionarlo, aunque él me había decepcionado a mí y ni siquiera se preocupaba por dónde pasaba la mayor parte de mi tiempo. También podrían haberlo matado, y nunca me lo habría perdonado. Berry todavía guarda pruebas, supongo que tiene fotos y videos, quién sabe qué otras atrocidades. Luego, hace cinco años, mi padre fue internado en una institución mental. Fue entonces cuando reuní valor, ya no tenía nada que perder, y dejé Ámsterdam robándole dinero a Berry. Lo invertí aquí para abrir Flowers, aunque en realidad era dinero sucio". Hizo una pausa. No sabía si mirarlo a los ojos o no, no quería sufrir al ver la expresión de repugnancia que probablemente habría en su rostro. Sentía asco y vergüenza de sí misma, mucho menos los demás, mucho menos él, que creyó que se había enamorado de una buena chica. "Tu amigo irlandés movió cielo y tierra buscando información sobre mí a través de sus conocidos en Ámsterdam.
"Berry interceptó primero sus investigaciones y luego también a mí", agregó Sofie con la cabeza gacha.
"¿Jamie?", preguntó Logan incrédulo.
Luego pareció reflexionar y las palabras de Sofie adquirieron pleno significado.
"Sí, incluso pensé que había venido a decírtelo, pero al parecer no lo hizo".
"Sofie", la llamó con un hilo de voz.
"Lo sé, te repugno... es mejor que vaya a la cama".
Se levantó, pero él la agarró del brazo.
Al diablo con los miedos y los turbios, se dijo a sí mismo.

"No me repugnas, que quede claro".
"Logan, por favor. Acabo de decirte que soy una prostituta. ¿Tienes alguna idea de lo que han hecho con mi cuerpo o con cuántos hombres he estado? Deberías sentir repulsión por alguien como yo".
"No me importa tu pasado, Sofie", le dijo sinceramente. "¿Crees que hasta ahora he sido un santo? También has escuchado bien esas historias sobre mí".
"No es lo mismo".
"Ciertamente no lo es, porque yo era consensuado y tú no", dijo elevando un poco la voz.
"De todos modos, no tengo otra opción. Berry me tiene atrapada", comentó ella con un hilo de voz, apartando la mirada de él tanto como pudo.
"¿Qué estás diciendo?".
"¿No lo escuchaste? Tengo una semana".
"No puedes estar hablando en serio. Sofie, olvídalo. No volverás a Ámsterdam", sentenció rotundamente.
No lo permitiría, antes invocaría a los santos del paraíso y a los diablos del infierno. Soltó su muñeca y, tomando su teléfono, se alejó rápidamente de la chica para encerrarse con furia en su estudio, cerrando la puerta con fuerza. Sofie, desconsolada, miró el fuego por última vez y luego se dirigió hacia la habitación de invitados donde Logan había preparado la cama especialmente para ella. Faltaban pocos días para Navidad, pero a ese ritmo no habría nada para celebrar. Berry vivía exclusivamente de sus actividades ilícitas de drogas y prostitución, y cualquiera que se interpusiera en su camino terminaba mal, convertido en abono para los tulipanes o lodo en el fondo de los canales de Ámsterdam, y Sofie lo sabía muy bien.

CAPÍTULO 22

Eva Delgado irrumpió temprano en la mañana siguiente. El Sr. Allen le había mencionado algo cuando le pidió el favor de comprar ropa nueva para Sofie y hacer que se la entregaran en su dirección. Le había hablado de un pequeño incidente, de la breve estadía en el hospital y de los pocos puntos de sutura para la chica. No se sintió con la confianza de revelarle todos los detalles, especialmente sobre lo que había sucedido dentro de Flowers; prefería que Sofie misma le hablara al respecto si así lo deseaba. Eva había imaginado lo peor y, al pisar el ático, no prestó la menor atención al lujoso entorno que, en otras circunstancias, la habría entusiasmado y la habría impulsado a buscar hasta el más mínimo detalle para luego hablar de ello con sus colegas en la oficina. Moría de ganas de abrazar a Sofie y asegurarse de que estuviera bien; sin embargo, su agitación se calmó por un momento cuando vio al Sr. Allen.
"Pero ¿qué le pasó en la cara?", le preguntó cuando levantó la vista. "Estas no parecen marcas de un accidente, Sr. Allen. Parecen marcas de una pelea", agregó.
"Serían marcas de una pelea si yo también hubiera tenido la oportunidad de participar", murmuró el hombre molesto.
Sus manos aún le ardían por no haber podido hacer algo concreto, por no haber respondido al ataque, por no haber ahuyentado a esos bastardos después de haberlos masacrado personalmente. Pero él era una persona respetable, alguien que nunca había peleado. Más bien, pagaba a alguien más para que lo hiciera en su lugar, y también hubiera querido hacerlo en esa ocasión, pero fue tomado por sorpresa, llegó al lugar cuando ya era demasiado tarde incluso para intentar llamar refuerzos.
"¿Puede saber qué está sucediendo?", preguntó severa Eva mientras en ella crecía la sensación de que había algo más y que no le gustaría. "Seré clara con usted, Sr. Allen. Me importa mucho esa chica y espero que sus sentimientos sean sinceros y que usted sea un hombre honesto. Sofie ha sufrido mucho, demasiado en la vida, y otra decepción no sería capaz de superarla, no sé si me explico".
"Se ha explicado perfectamente, señora Delgado", respondió Logan de inmediato. "Le puedo asegurar que mis intenciones son sinceras. Amo a Sofie y no tengo la intención de verla sufrir nuevamente. ¡Estoy haciendo todo lo posible personalmente para resolver el problema!".
"¿Qué problema?", preguntó Eva de nuevo, tratando de contener la impaciencia.
"Preferiría que lo explicara Sofie...".
"También preferiría eso, pero sé lo terca y obstinada que puede ser esa chica cuando se empeña en algo", le habló por encima. "Si me llamó es porque..."
"Esperaba que usted pudiera hacerla razonar", explicó Logan.
"Entonces eligió a la persona equivocada", sentenció Eva suspirando. "Se lo he dicho y quizás lo haya entendido desde hace tiempo, es terca".
"El hombre que la tenía bajo su control en Ámsterdam ha regresado", admitió de golpe, sin poder guardar más el secreto.
Eva llevó una mano a la boca, consternada.
"Dios mío, ¿cómo está Sofie?".
"No creo que esté bien", confesó Logan frotándose la cara. "La he obligado a quedarse aquí conmigo, estaba fuera de discusión que pasara la noche sola en su casa o en cualquier otro lugar

lejos de mis ojos. Parece que no tiene intención de denunciar lo ocurrido a la policía y yo estoy a punto de perder la razón. ¿Puede hacerla razonar, señora Delgado?".
Eva se limitó a asentir con la cabeza, su corazón estaba lleno de miedo, pero al mismo tiempo sentía gratitud hacia ese hombre. Se había dicho de todo sobre Logan Allen, ella misma nunca había tenido demasiado respeto ni simpatía hacia él, pero lo que ahora tenía frente a ella era un hombre diferente, un hombre sincero y enamorado. Eva estaba lista para apostar por él y esperaba que Sofie pudiera corresponder los sentimientos de su jefe, tal vez el amor de Allen pudiera borrar de manera definitiva ese pasado triste y lamentable.
"Lo intentaré", exclamó Eva.
"Por aquí", le indicó Allen.
Eva se apresuró hacia una de las habitaciones de invitados, tocó la puerta, pero al no recibir respuesta, bajó el picaporte y entró. Sofie no había cerrado los ojos en toda la noche, seguramente las pesadillas habían vuelto a atormentarla en su sueño, pensó Eva al encontrarla sentada en la cama, con la espalda apoyada en el respaldo de cuero blanco y las rodillas pegadas al pecho, con una venda en la frente y algunos moretones. Se acercó con cautela, aunque moría de ganas de abrazarla, pero después de lo que había pasado temía que Sofie pudiera no apreciar ningún tipo de contacto. Su corazón se apretó cuando se encontró con esos ojos opacos, apagados, sin vida. Entonces se sentó en la cama, a un lado, y extendió una mano hacia ella para luego apoyarla en sus frías y huesudas rodillas.
"Hola", le dijo. "¿Cómo estás?".
"Mejor. Gracias por venir", respondió la chica con un hilo de voz.
Incluso esbozó una breve sonrisa. Estaba realmente contenta de ver a Eva, aunque tal vez la expresión imperturbable de su rostro pudiera dar a entender lo contrario. Entonces la mujer tomó valor y acercándose más, la abrazó fuerte y le dio un beso cariñoso en la frente, justo donde estaba la venda.
"Habría venido desde ayer, pero Allen...".
"Lo sé, me lo ha dicho", respondió Sofie.
"¿Te apetece hablar de ello?", se atrevió a preguntar.
Sofie dejó escapar un suspiro lento. Parecía cansada. Tenía un aspecto horrible que en cierto sentido recordaba a la Sofie de hace cinco años, cuando abandonó Europa para comenzar una nueva vida en Estados Unidos.
"Logan probablemente ya te habrá contado todo".
"Y quiero que me lo cuentes tú, no Logan".
"¡Ha vuelto! ¡Berry ha vuelto!", exclamó finalmente Sofie cerrando los ojos.
Eva apretó fuerte su mano para hacerle sentir todo su apoyo.
"Tienes que denunciarlo, ¿sabes?", dijo Eva.
"No serviría de nada".
"Eso lo dices tú", murmuró Eva, contrariada.
"Sí, lo digo yo porque lo conozco perfectamente", estalló Sofie. "Si no me tiene a mí, comenzará a hacerle daño a las personas que amo. Nunca me lo perdonaría si te hiciera daño".
"Y yo nunca me lo perdonaría si ese bastardo te hiciera daño de nuevo. Ahora, ¿qué hacemos? Confía en nosotros, Sofie. Ni yo ni Allen le permitiremos hacerlo".
"Eva, sabes perfectamente que no tengo escapatoria y dudo que Allen, después de todo lo que le he contado, aún quiera estar conmigo e imaginar un futuro brillante y romántico", dijo Sofie.
Decirlo en voz alta era diferente, pensó Sofie. Una cosa era pensar e imaginar a Logan saliendo de su vida, otra cosa era hablar de ello y hacerlo todo real. Incluso se sorprendió al sentir un

dolor punzante en el pecho al pensar en no tener a ese hombre agobiante y tierno a su lado.
«A mí no me dio la impresión de que no quisiera estar contigo, al contrario», le dijo la amiga.
«Vamos, Eva. ¿Qué tipo de hombre querría tener a su lado a una...»?
«¿Una cosa?», la interrumpió Eva. «¿Una mujer hermosa y talentosa? Creo que todos los hombres lo desearían, e incluso algunas mujeres, así que no cuentes conmigo, señorita».
«Eva», la llamó Sofie, suspirando afligida de inmediato. «Sabes muy bien que no me refería a eso».
Bajó los pies de la cama y se levantó.
«Bueno, permíteme defender tu causa, pero no porque sea tu amiga, que quede claro. ¿Quién soy yo para juzgar tu pasado? ¿Quién es Logan Allen o cualquier otra persona en este mundo para permitirse pronunciar un veredicto sobre ti? Sofie, no eres la primera ni la última que ha estado con muchos hombres. ¡Mírame a mí! He perdido la cuenta, y luego estamos hablando de Mr. Allen», dejó la frase en suspenso para no tener que mencionar a todas las mujeres de Logan. Al mismo tiempo, bajó el tono de voz después de darse cuenta de que había pronunciado el nombre de su jefe con demasiado énfasis. Miró a su alrededor y continuó hablando después de asegurarse de que la puerta de la habitación estuviera cerrada. «¿Te has olvidado de cuántos ramos de flores has preparado para tu adorado Mr. Allen? En mi opinión, están a la par».
Sofie miró incrédula a su amiga. La conversación estaba empezando a adentrarse en un terreno peligroso y delicado.
«No puedes estar hablando en serio».
«De acuerdo, tal vez exageré. No era exactamente lo que quería decir, pero Sofie, hemos hablado de esto muchas veces. ¡Debes dejar de condenarte por lo que has hecho! De hecho, por lo que te viste obligada a hacer. Esa no eras tú, y ya has pagado más que suficiente por tus errores... ¡ahora déjame ayudarte! ¿Dónde pasarás la Navidad?».
Sofie arrugló la nariz, incrédula de que su amiga mencionara las festividades navideñas.
«¡Las pasaré en mi casa empacando mis maletas!», respondió.
«Cariño, tú no regresas a Ámsterdam y dudo que tu Logan te permita pasar las fiestas sola. Y no, no pongas esa cara porque te lo digo clara y directamente, ahora estoy de su lado. Esta es la primera vez que Allen hace algo bien en su vida y harías bien en tomar ejemplo de él».
Se levantó y, molesta, se dirigió hacia la puerta.
«¿Te vas?».
«Sí», estalló Eva. «Volveré cuando tu cerebro vuelva a funcionar correctamente», añadió.
Sofie levantó los ojos al cielo mientras Eva simplemente levantó la mano en señal de despedida. Cuando la mujer cerró la puerta tras de sí, se tomó unos momentos para sí misma, para procesar todo. Permaneció con los ojos cerrados, respirando despacio, rezando a los ángeles y a Dios para que ese año, el milagro de Navidad pudiera salvar a Sofie de ese triste destino que seguía arrastrando consigo.
«¿Todo bien?», le preguntó Allen.
Eva se le unió.
«Si quiere saber cómo fue... bueno, diría que no fue bien», admitió. «Así que soy yo la primera en suplicarle que no la pierda de vista, incluso si eso implica mantenerla encerrada en esta jaula de oro».
«Tengo la intención de tomarla en serio», exclamó Logan, con una sonrisa medio burlona.
«Gracias, Sr. Allen».
Ese día, Logan y Sofie solo se encontraron durante el almuerzo y la cena. La chica había encontrado en la habitación de invitados de Mr. Allen una especie de refugio seguro. Pensaba

con tristeza en cuánto le habría gustado quedarse allí, para siempre, para sentirse segura, pero la realidad no se podía combatir esperando la justicia. Ella, al menos, ya no creía en ella, o tal vez nunca había creído en ella. Por su parte, Logan parecía demasiado ocupado durante ese día. Su teléfono no dejaba de sonar ni siquiera cuando se detuvo a comer con ella, principalmente para asegurarse de que Sofie comiera algo. La chica se preguntó si esas llamadas eran de trabajo o si había una nueva mujer detrás de los remitentes con la que estaba teniendo una relación. Estaba celosa, pero no quería admitirlo.

CAPÍTULO 23

Era el 24 de diciembre, la víspera de Navidad. El tiempo había volado, la semana que Berry le había concedido a Sofie casi había pasado y ella temblaba ante la idea de que algo malo pudiera suceder. Conociendo a Berry, lo despiadado y sin corazón que era, se podía esperar cualquier cosa, incluso arruinar la Navidad para más de una persona. Mientras tanto, Logan golpeó la puerta de la habitación de Sofie y no esperó a que ella le diera permiso para entrar. Entró de golpe mientras la chica se frotaba los ojos y, aún medio dormida, se sentaba en la cama tirando de la sábana para cubrir el camisón de color marfil que Mr. Allen ya había visto en su cuerpo.
«Buenos días», le dijo.
«¿Ha pasado algo?», balbuceó Sofie bostezando.
Estudió su expresión, pero no se vislumbraba ninguna emoción, su rostro solo estaba marcado por el cansancio y, por suerte, los moratones que los matones de Berry le habían causado casi se habían desvanecido por completo.
«Ven. Necesitamos hablar», le respondió brevemente.
Normalmente, una frase como esa nunca augura nada bueno y hasta ese momento siempre había sido ella quien la pronunciaba. Sofie extendió la mano hacia la mesita de noche y agarró el despertador. Eran las siete de la mañana.
«¿A esta hora?», preguntó tratando de ganar tiempo. «Dame al menos cinco minutos para ducharme o quitarme el pijama».
«No es necesario», interrumpió Logan.
Sofie volvió a observar su rostro cansado y agotado y sintió miedo. Convino también ella que saltarse la ducha y quedarse en pijama era la opción más adecuada. Mientras tanto, Logan avanzó decididamente hacia ella y extendió una mano. Sofie, resignada, decidió tomarla y, a pesar de sentir vergüenza por mostrarse a Mr. Allen solo con ese recatado camisón que le llegaba hasta la rodilla, se dejó guiar hasta la sala de estar. Las luces del árbol de Navidad brillaban intermitentemente mientras el fuego crepitaba en la chimenea. Frente al sofá había un gran paquete. Podría parecer un regalo, pero no estaba envuelto como se acostumbra a hacer con los regalos, no había ni cinta, ni lazo, ni moño. Era simplemente una gran caja de embalaje. Sofie la miró y levantó una ceja, perpleja.
«¿Qué es esto? ¿Un regalo? Mañana es Navidad, no hoy, y no creerás realmente que puedes comprarme con esto», preguntó con veneno.
«No es un regalo de Navidad, ni siquiera se trata de un regalo. No hay segundas intenciones, Sofie, aunque por ti compraría toda la tienda para hacerte un regalo, pero he aprendido desde hace algún tiempo que los sentimientos no se compran, especialmente los tuyos», admitió Logan seriamente.
Tomó asiento en el sofá y señaló la caja con una mano. Sofie, aunque renuente, se acercó a ese gran cartón y una vez que quitó la cinta adhesiva, lo abrió y luego se quedó helada al ver el contenido. Sus manos empezaron a temblar y con ojos incrédulos miró a Logan. Él no había dejado de mirarla ni por un momento; sus ojos castaños, intensos y cansados al mismo tiempo, ansiaban descubrir lo que ella estaba pensando en ese momento.
«¿Es una broma, ¿verdad?», preguntó Sofie incrédula. «¿Qué es esto?, agregó.
Le temblaba la voz.
«Lo que estás pensando y no, no es una broma», respondió Logan tranquilamente.

«Tú... ¿las has visto?».
Su corazón latía descontrolado en su pecho mientras esperaba que él dijera que no y que fuera la verdad.
«Nunca me hubiera permitido eso y, francamente, no me importa el contenido. Solo puedo asegurarte de que eso es todo y no hay más material por ahí, ni siquiera en internet. Todo ha sido borrado, como si nunca hubiera existido. Ahora todo eso es tuyo... estaba a punto de quemarlo todo en el fuego, pero pensé que sería mejor que lo hicieras tú», explicó el Sr. Allen, decidido.
Sofie se dio cuenta de las lágrimas solo cuando Logan, suspirando, se levantó del sofá y se acercó a ella para secarle el rostro con sus grandes y poderosas manos, manos cálidas y valiosas, manos de un hombre que la tocaba por primera vez sin hacerle daño, manos que sabían a dónde ir y hasta dónde llegar, manos que sabían consolar, que daban fuerza y consuelo, manos que incluso podrían amar.
«¿Cómo lo lograste?», le preguntó mirándolo a los ojos.
Él siguió pasando sus pulgares por sus mejillas para atrapar las lágrimas.
«¿Importa, Sofie?», ella, al principio, negó con la cabeza. «Esto es lo mínimo que puedo hacer por ti. Te daría el mundo, Sofie. Te daría la luna, te daría cualquier cosa, pero lo que importa es la serenidad en tus ojos. Quiero que seas feliz».
«¿Esto significa que...?».
«Significa que ya no tienes nada que temer».
Estaba increíblemente serio mientras tomaba su mano, cerraba los ojos y besaba el dorso con una adoración que habría hecho palidecer a un creyente postrado por su fe. Inmediatamente después, Logan abrió los ojos de nuevo y tomó una funda de plástico de la caja. Bajo la mirada aún un poco asustada de Sofie, lanzó esa funda con fuerza hacia la chimenea, entre las llamas ardientes que parecían ansiosas por recibir combustible, algo para arder y consumir para alimentar su existencia. Logan tomó una nueva funda y se la entregó.
«¡Qué esperas!», le dijo.
«Llenaremos la sala de humo», señaló.
«Para mí, incluso podría arder todo el ático», respondió con convicción.
«V-vale», balbuceó Sofie.
Tomó la funda de un CD que seguramente la mostraba como protagonista de algo indecoroso y la arrojó al fuego. Todo el contenido de la caja se consumió entre las llamas, en el infierno, donde debía estar, con Honey, con todo el pasado de Sofie, mientras el humo negro era capturado por la perfecta chimenea.
«¡Ahora estás libre!», le susurró Logan.
La abrazó por detrás, manteniéndola cerca, y la meció entre sus brazos mientras ella volvía a luchar entre sollozos y lágrimas.
«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te preocupas por mí?», le preguntó con un hilo de voz.
«¿Por qué no debería hacerlo?», preguntó Logan a su vez.
Aún temía la sola idea de revelarle sus sentimientos, aunque los gestos seguramente valían más que las palabras, palabras que Sofie parecía arrancarle de la boca.
«Logan», lo llamó, casi como si quisiera advertirle.
«Si te lo dijera...». Suspiró antes de continuar: «¿Correría el riesgo de perderte de nuevo? ¿De verte irte, Sofie?».
«No quiero irme, pero...».
Estaba confundida, balanceándose entre la sensación de estar medio dormida y ser protagonista de un sueño, y el presente que había cambiado rápidamente las cartas sobre la mesa. Era como

un vagón de tren que, de repente, cambia de vía para seguir otro camino, el correcto. Se volvió y se sumergió en sus ojos castaños, extendió una mano y se pinchó deliberadamente las yemas de los dedos sobre la barba de varios días que adornaba el rostro de su Logan. Esa tal vez era la primera vez que se enfrentaba cara a cara con esa versión desaliñada, pero a la vez sexy.
«No me mires así, Sofie», le dijo, casi suplicando.
«¿Así cómo?», le preguntó ella, sin entender.
«Como si también me amaras», admitió Logan. «Porque de eso se trata, esa es la razón por la que estoy dispuesto a cambiar toda mi vida por ti, a cometer locuras, a llenar de nuevo tu tienda de tulipanes. Te amo, Sofie. Te amo como nunca he amado a nadie más y me siento como un estúpido porque la simple idea de no ser correspondido me destroza».
Había hablado, había abierto su corazón y pronunciado esas palabras impregnadas de ese sentimiento que Sofie, en cambio, también compartía.
«Mereces algo mejor», le dijo, mordiéndose el labio y dejando escapar otra lágrima que mojaba su rostro.
«Solo quiero ser digno de merecerte».
«Y-yo...».
«Se mía, Sofie», le habló desde arriba. «Ya me habías dicho que sí. Dime que no lo entendí mal, dime que esas promesas aún son válidas», insistió.
Sofie cerró los ojos, su corazón le subía casi a la garganta. Logan, desesperado, no sabía si tocarla y cómo hacerlo. Con suavidad, colocó sus manos en las caderas de la chica y suspiró de placer, como si ese contacto fuera capaz de aliviar una vez más el dolor.
«Solo si realmente lo deseas», murmuró Sofie con los ojos cerrados.
«Por encima de todo», le dijo él.
La abrazó contra su pecho mientras Sofie, reuniendo coraje, colocaba las palmas de sus manos sobre él para sentirlo más cerca, para asegurarse de que todo fuera real. Fue ella quien se levantó de puntillas, en busca de un nuevo beso, y fue hermoso y abrumador como el primero, como el segundo o como todos los que habían intercambiado antes. Fue como retomar desde donde lo habían dejado, con un sorprendido Logan Allen y, tal vez, por primera vez un poco asustado cuando Sofie lo empujó ligeramente hacia el sofá y luego saltó sobre él, a horcajadas.
Eran ojos frente a ojos, frente contra frente, nariz contra nariz.
Respiraban con el mismo aliento, con el mismo miedo y la misma emoción.
«Te amo, Logan», le confesó, regalándole lo único que le faltaba a Mr. Allen: el amor de una mujer. «Solo ten un poco de paciencia conmigo, porque sé que te amo desde hace tiempo, pero no sé cómo hacerlo, no descarto la posibilidad de decepcionarte de nuevo».
«Nunca lo has hecho, Sofie».
Le sonrió y ella correspondió.
Podría ser suficiente eso, la cercanía y los "te amo", pero dilatar y empeñarse en reprimir los deseos, hasta ese momento, solo había servido para arruinarlo todo, por lo que Sofie murmuró de placer sin avergonzarse cuando, abriendo su boca, Logan profundizó el beso y su lengua acarició la suya. Lentamente, también comenzó a moverse sobre él.
«¿Qué me estás pidiendo?», le preguntó en un susurro, incrédulo.
Mientras tanto, su teléfono móvil comenzó a sonar, haciendo que ambos saltaran en el sofá. Logan no tenía intención de contestar, esperaba que Sofie hablara después de su última pregunta.
«Creo que deberías contestar el teléfono», en cambio, le dijo ella, viendo que el teléfono no dejaba de sonar.
«Volverán a llamar». Sin embargo, ya había aprendido a reconocer esa expresión obstinada que

Sofie mostraba en su rostro. Sacó el teléfono del bolsillo de sus pantalones y, involuntariamente, posó una mano en el muslo desnudo de Sofie, ya que el camisón se había levantado al sentarse sobre sus piernas. «¿Hola?», respondió sin siquiera mirar la pantalla.
Del otro lado del teléfono llegó una voz femenina llena de energía. Sofie frunció el ceño, curiosa por saber quién era, mientras Logan suspiraba delante de ella. Enseguida, él activó el altavoz.
«¡No inventes excusas!», lo reprendió una mujer.
La voz sugería que no era muy joven, y cuando Sofie posó los ojos en la pantalla del teléfono que Logan sostenía entre ellos, abrió los ojos de par en par.
«Sabes que no me gustan las cenas familiares, mamá», comenzó Mr. Allen.
«Dime una sola cosa que ames, Logan», murmuró la mujer. «Eres un hombre imposible», agregó.
«De hecho, hay algo que amo, o más bien alguien», admitió Logan.
Sofie se cubrió la boca con ambas manos mientras negaba con la cabeza, instándolo a no mencionar su nombre.
«¿Qué estás tratando de decirme?», le preguntó su madre.
«Estaré acompañado en la comida de Navidad de mañana», respondió Logan mientras Sofie abría los ojos de par en par. «Añade otro lugar en la mesa».
«Logan Allen», lo llamó la mujer, creyendo que su hijo la estaba tomando el pelo.
«Ahora debo irme, estoy muy ocupado, mamá», le dijo antes de terminar la llamada y apagar el teléfono para evitar más interrupciones.
«Estás completamente loco», le dijo Sofie inmediatamente después.
«¿Vendrás conmigo?», le preguntó él esperanzado.
Sofie insistió en mantener una actitud combativa, pero ante esos ojos cargados de emoción, no pudo resistirse y suspiró.
«Está bien», accedió en voz baja.
Logan agarró su rostro con ambas manos y le regaló un beso feliz y ruidoso en esa boca que quería seguir besando hasta la noche. Luego, apartándose de su rostro, sus manos volvieron a posarse en esos muslos blancos y expuestos. Él bajó la mirada y ella hizo lo mismo. Luego, cuando Logan retiró las manos, casi quemado por el contacto y temeroso, Sofie lo detuvo por las muñecas. Ya no había necesidad de palabras, los gestos eran lo que importaba, los latidos acelerados de los corazones importaban, la emoción y el deseo importaban. Sofie volvió a colocar las palmas de esas manos cálidas y respetuosas en sus muslos desnudos y levantó el rostro para encontrarse con la mirada de Logan y darle permiso para atreverse.
«¿Estás segura?», le preguntó él.
Incluso su voz temblaba.
Sofie asintió y mientras él, agradecido y enamorado, se acercaba a ella para mostrarle cuánto la deseaba, ella con sus manos tímidas alcanzó el borde de su suéter para quitárselo.

CAPÍTULO 24

Días antes

«Cuando vi su número parpadear en mi teléfono, realmente creí estar alucinando o que eran los primeros signos de la vejez. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, veo que ahora es todo un hombre y me alegra verlo, Mr. Allen, aunque esa cara pálida sugiere que se ha metido en algún lío», exclamó el hombre gordo y de cierta edad que estaba sentado detrás de un escritorio.
Llevaba un traje negro sin corbata y parecía alguien importante, un abogado o quizás un médico, un notario o un periodista. Logan Allen lo conocía bastante bien. Ir a ver a Thony Rivera era la última opción, la única solución. Significaba ensuciarse las manos, pero estaba decidido a llegar hasta el final. No necesitaba pensarlo demasiado, quedarse atrapado en dudas. Tenía que actuar y hacerlo rápido, y si eso implicaba comprometerse a sí mismo, después de todo había jurado que no lo volvería a hacer, no dudaría ni un minuto más.
La primera vez que puso un pie en la oficina de ese hombre, debía de tener unos veintiséis años. Acababa de tener otra discusión con su familia y dejar la empresa de su padre, vendiendo las acciones al primer comprador. Con ese dinero había fundado su propia empresa a pesar de su corta edad y falta de experiencia. Sin embargo, Logan Allen había crecido en esos ambientes. No tenía la sabiduría ni la madurez de su padre, pero no le faltaba ni la inteligencia ni el olfato para los negocios.
Al mismo tiempo, su arrogancia lo llevó rápidamente a correr el riesgo de verse inundado de deudas hasta el cuello. Había dado un paso más largo que sus piernas y Wall Street no parecía dispuesto a perdonarlo. Manejar flujos de dinero en tiempos de crisis no es un trabajo que cualquiera pueda hacer. Los fondos fiduciarios perdían participaciones, las empresas quebraban de la noche a la mañana y en lugar de ser un sueño hecho realidad, Manhattan se estaba convirtiendo en su peor pesadilla. Resolver el problema para Allen hubiera sido fácil, más fácil que para cualquier otra persona en su lugar, simplemente tendría que haber bajado la cabeza y regresar a su familia, su padre habría logrado contener los daños y limpiar su imagen. Pero cuando uno peca de presunción, admitir sus errores y pedir perdón se vuelve una de las cosas más difíciles que un hombre podría hacer. Fue en ese momento que, para evitar declararse en quiebra y fracasar, decidió recurrir a alguien que pudiera ayudarlo, incluso de manera poco ética.
El nombre de los Rivera era una especie de institución. Aquellos que sabían que estaban en problemas y arriesgaban mucho, solo tenían una manera de esperar resolver el problema, pero como en todas las cosas, siempre hay un precio que pagar. Al principio, Thony había reclamado algunas acciones de la empresa, pero Logan se mostró más astuto y se atrevió a negociar incluso con él. Lo último que deseaba era que todos supieran, especialmente su padre, que había decidido hacer negocios con un peligroso delincuente. Así que decidió proporcionar a Rivera información importante para jugar en la bolsa y enriquecerse con el tiempo, asegurándose una especie de ingreso vitalicio. Inmediatamente después, cerró la sede en Manhattan para mudarse, junto con todo su personal, a un discreto y encantador rascacielos en Brooklyn, ubicado en la caótica calle Henry.
Habían pasado más de diez años desde entonces y Logan siempre vivió con el terror de ver a Thony Rivera o alguno de sus hombres abrirse camino en su oficina exigiendo más, porque cuando se trata de dinero, como él mismo sabía, es bastante fácil perder la noción de las cosas y

siempre desear más. Rivera, por otro lado, había desaparecido. Podía ser un delincuente, pero se profesaba como un caballero y si había algo que consideraba sagrado, era la palabra dada. Logan siempre había conservado su contacto, aunque diez años antes se había jurado a sí mismo que no volvería a tener tratos con ciertas personas. Se arrepentía a posteriori y, tal vez, en realidad, lamentaba lo que había hecho. Se había llamado a sí mismo tonto en muchas ocasiones y a pesar de haber reconectado con su familia con el tiempo, cada vez que miraba a su padre, no podía evitar sentirse como un fracaso, porque el hombre que lo había traído al mundo había logrado el éxito solo con su propio esfuerzo, de manera honesta, exactamente lo contrario a lo que él había hecho.
"No me haga arrepentir de estar aquí de nuevo", exclamó el Sr. Allen.
"¿Por qué iba a hacerlo? Los negocios son negocios y si hoy está aquí, debe haber una razón, ¿no?", respondió Rivera, cruzando los brazos sobre el pecho, con una sonrisa maliciosa en su rostro. Señaló una silla frente a su escritorio y Logan, a regañadientes, se sentó, consciente de que ya no podía abandonar ese lugar.
La noche en que había llevado a Sofie a su casa, justo después del hospital y después de escuchar toda la historia, Logan se encerró en su oficina para pensar y reflexionar. La chica le había dicho que Berry aún tenía material que, sin lugar a duda, podría ponerla en problemas y con el cual seguía chantajeándola y controlándola. Seguramente se trataba de videos y fotos pornográficas, y Allen, asqueado, no tanto por lo que Sofie había hecho, sino por todos los chantajes a los que esa alimaña la había sometido, había dejado por un momento su deseo de venganza en espera e incluso había considerado matar al bastardo que había abusado de la mujer que amaba.
Nunca había experimentado una sensación similar y esperaba fervientemente no tener que volver a sentirlo una vez que resolviera ese asunto, al igual que esperaba poder hacerlo de manera limpia confiando en las fuerzas del orden. Sin embargo, tenía la sensación de que no había tiempo que perder, que el intento de salvar a su Sofie era solo uno. En ese punto, se puso en contacto con Thony Rivera, el único que podía hacer algo concreto en poco tiempo.
"La última vez me fui de Manhattan. ¿Esta vez también tendré que dejar Brooklyn?", preguntó Logan sarcásticamente.
"Fue usted quien quiso dejar Manhattan, querido mío", le recordó Thony.
"¿Acaso tenía otra opción? Thony Rivera acababa de ganar miles de millones en la bolsa después de comprar acciones de algunas empresas que yo seguía, y casualmente mi propia empresa también estaba recuperándose", respondió Logan.
"Me excedí un poco, podría haberme enriquecido lentamente como me aconsejó, pero como bien sabe, el dinero resulta demasiado tentador. De todos modos, ¿quiere decirme por qué está aquí, Sr. Allen? No parece que su trabajo tenga problemas", le preguntó Thony.
Logan le lanzó una mirada desafiante. No le gustaba que ese hombre estuviera tan informado sobre su actividad.
"¿Qué relación tiene con Holanda?", le preguntó.
Thony levantó una ceja. Parecía perplejo, pero sus ojos antiguos se iluminaron de curiosidad de inmediato.
"¿Algún cliente problemático en el extranjero?", le preguntó el hombre a su vez.
"No exactamente", respondió Logan. "No se trata de un cliente", agregó apretando los labios con fuerza, actitud que no pasó desapercibida para Rivera.
"Estoy escuchando, Sr. Allen".
"Necesito saber si también tienes contactos allí", dijo Logan.
"¿Si tengo contactos o si puedo eliminar a algún personaje incómodo?", insistió Rivera,

queriendo oírlo sin rodeos. "Son dos cosas muy diferentes".
"La segunda", admitió Logan, estremeciéndose.
Ante sus ojos aún parpadeaba la cara de esa alimaña, esa boca que escupía veneno y obscenidades, esas manos sucias que golpeaban a su Sofie.
"Eres un hombre afortunado, Sr. Allen. Resulta que hay algún maldito hijo de puta holandés con el cual todavía tengo cuentas pendientes".
"¡Perfecto!", respondió Logan seriamente.
"Dame un nombre, Sr. Allen".
"Berry", escupió.
Rivera levantó una ceja.
"¿Berry? ¿Este Berry no tiene apellido?".

"No sé cómo conseguirlo, pero creo que para usted eso no es un problema, ¿verdad?".
"Así que me estás ordenando eliminar a todos los Berry que hay en los Países Bajos", preguntó Thony a su vez, irónico.
"Ámsterdam".
"Tienes que ser más preciso, Sr. Allen", comentó conciso el otro. "Si no me proporcionas la información correcta, será difícil, ¿sabes?".
"Dirige una red de prostitución", admitió mientras apretaba fuertemente los reposabrazos de la silla en la que estaba sentado. "Creo que está involucrado en muchas otras cosas, pero esa es su ocupación principal según he entendido".
"¿Y a ti qué te importa?".
"Podría hacerte la misma pregunta", respondió Logan en el mismo tono.
"Está bien, está bien", bromeó Rivera. "¿Qué exactamente me estás pidiendo que haga?".
«Lo que usted considere más apropiado, solo quiero que no ponga más un pie aquí en Nueva York y que deje de atormentar a una persona». Respiró profundamente antes de agregar: «También hay material en su posesión, material que no le pertenece. No sé si lo ha entendido, pero es una situación bastante delicada y no quiero que salgan a la luz los nombres».
"¿Le he dicho que es un hombre muy afortunado, Sr. Allen?", sentenció el otro nuevamente.
"¿Cuánto me costará esta vez?", le preguntó Logan, ignorando esas falsas lisonjas.
"¡Usted piensa demasiado en el dinero, Sr. Allen! ¿Y si le dijera que estoy dispuesto a hacerle un regalo de Navidad?". Parecía una trampa. "No me debe absolutamente nada, Sr. Allen".
"No logro entenderle, señor Rivera".
"Démele unos días y todo estará resuelto".
Rivera extendió una mano para sellar esa especie de acuerdo. Logan, desconcertado, se quedó inmóvil en su lugar. No creía que todo pudiera resolverse de manera simple y rápida, sin costo alguno. El hombre resopló y bajó la mano, luego volvió a hablar: "El hecho de que haya aceptado verlo a esta hora de la noche no significa que sea un vampiro. Vuelva con su mujer, Sr. Allen, ¡y Feliz Navidad!".
Logan se levantó de la silla y miró a su alrededor con precaución, esperando quizás ser atacado por los matones del jefe, pero no sucedió nada. Rivera se levantó de su sillón y lo alcanzó. Primero le dio una palmada en la espalda y luego lo empujó hacia la puerta.
"¡Sr. Allen, en Navidad todos somos más amables, ¿no? Tome su regalo y váyase antes de que cambie de opinión", lo despidió.
"Gracias", le dijo casi en voz baja.
"No hay de qué".

Epílogo

Meses después

"¡Mira cuántas flores hermosas!", exclamó Eva tan pronto como puso un pie en la tienda de Sofie. Se quitó la bufanda de seda roja que James le había regalado en Navidad y miró a su alrededor visiblemente complacida.
"Bueno, ¡es normal con la primavera! En las próximas dos semanas llegarán muchas más", respondió Sofie, feliz.
Estaba satisfecha con su trabajo. Había pasado todo el invierno cultivando personalmente algunas semillas y ahora habían nacido las primeras plantitas.
"No veo los tulipanes", agregó Eva a propósito, con falsa inocencia, mientras fingía verlos entre las otras flores. Sofie arrugó la nariz y, dando la espalda a su amiga, volvió a trabajar, esperando que ella cambiara de tema. "¿No me preguntas por qué estoy aquí?", añadió Eva entonces.
"¿Por qué estás aquí?", le preguntó la otra, bufando.
Nunca había sido amante de rodeos mientras que a Eva le encantaba más que cualquier otra cosa que los demás siempre le dieran cuerda.
"Necesito que me hagas un ramo de flores", comenzó Eva Delgado.
La última vez que había hecho una solicitud similar, las flores eran para el Sr. Allen. O más bien, para las mujeres del Sr. Allen. Sofie se sobresaltó, pero se ordenó a sí misma mantener la calma. Contó hasta tres y luego se volvió hacia su amiga fingiendo una sonrisa de circunstancia.
"¿Tienes alguna preferencia?", preguntó.
Trató de mantenerse distante para no mostrar la ansiedad que corría por sus venas y que ya le estaba retorciendo el estómago. Estaba muriendo por preguntarle para quién eran esas flores, pero nunca le daría a su amiga ese tipo de satisfacción, así que Eva subió la apuesta.
«Bueno, tú conoces mejor que yo los gustos de Logan Allen, ¿no?», dijo Eva.
El corazón de Sofie dio un vuelco, pero luego la ira restableció el funcionamiento de su músculo rápidamente.
«¡Veamos que finalmente se ha dignado a hacer algo! ¿Y tiene el descaro de pedirte que vayas a mí por sus estúpidas flores?», exclamó Sofie elevando el tono de voz. «Bueno, me ocuparé de eso con mucho gusto. De todas formas, estas flores no servirán de nada, a él ni siquiera le importaría si las pusiera al revés, lo importante es... ¡oh, al diablo!», agregó.
Se abalanzó de inmediato sobre el rocío blanco que añadiría al ramo entre una flor y otra, siempre y cuando quedara alguna flor sobreviviente a su furia ciega. Eva estalló en risas y esa diversión injustificada enfureció aún más a Sofie.
«¡Estaba bromeando! No necesito ningún ramo de flores y Allen está demasiado deprimido para salir con otras mujeres», explicó rápidamente Eva.
Sofie soltó un suspiro de alivio y luego lanzó con enojo un par de margaritas sobre su escritorio. La amiga sonrió amablemente. Eva estaba buscando algunas confirmaciones y Sofie acababa de dárselas. Aún estaba muy afectada por el Sr. Allen, al igual que él no había dejado de pensar en ella ni por un solo instante. El hombre nunca se había recuperado de la Navidad y, a ese ritmo, todos sus empleados lo abandonarían. De repente, volvió a ser el hombre malhumorado e inmanejable de antes, tal vez incluso peor de lo que era antes de conocer a Sofie. Ya no

soportaba la presencia humana, vivía encerrado en su oficina o en su casa, evitaba los eventos sociales e incluso discutía con sus socios mayoritarios. Parecía que incluso le importaba poco el futuro de su negocio. Sin mencionar la relación nuevamente deteriorada con su familia. Su madre no tuvo reparos en expresar su descontento cuando se enteró de que él y Sofie ya no estaban juntos. Por una vez, justo en esa Navidad cuando él la había llevado a almorzar con su familia, al ver a su hijo junto a una mujer hermosa y refinada, la señora Allen no pudo evitar sentirse orgullosa y satisfecha de su Logan. Finalmente había puesto su vida en orden. Pero luego, una semana después, cuando la mujer invitó de nuevo a la joven pareja a cenar, Logan no pudo hacer otra cosa que contar la verdad y decirle a su madre que todo había terminado entre él y esa dulce chica.
«Sofie, la situación es más grave de lo que podrías imaginar», continuó Eva.
«No veo por qué me lo dices a mí».
«¡Porque eres la única que puede hacerlo razonar!».
«Ni siquiera lo considero ni en mis sueños», cortó de golpe. «Él y yo no tenemos nada más que decirnos».
Sofie había tenido dificultades para creer que Berry ya no era un problema, que ella realmente se había convertido en una mujer libre, que todas las pruebas y suciedad en su contra habían sido eliminadas por completo. En ese momento no lo había pensado, pero luego una pequeña duda se había insinuado en su cabeza. Nadie hace nada sin esperar algo a cambio, y todo tiene un precio. Entonces, ¿cómo había logrado Logan, en tan poco tiempo, regalarle una vida que pudiera considerarse real? Lo había acorralado y él, al final, había hablado. Saber que por su culpa Logan había tenido que recurrir a los servicios de alguien que, en ciertos aspectos, no era tan diferente de Berry, era inconcebible.
Logan había intercambiado su honestidad y su alma por ella.
«Sofie, por favor, al menos escúchame».
«Eva, soy yo quien te suplica. Realmente estoy tratando de dejar todo atrás, pero tú siempre me lo dificultas», estalló.
«Pero ¿por qué no escuchas a tu corazón y ya está? No creo que sea tan difícil».
«¡No puedo! Por mi culpa, lo peor de Logan ha vuelto a salir. ¿Te das cuenta en quién confió para salvarme?».
«Y entonces, ¿qué debería haber hecho? ¿Arrastrarte a la policía? Sí, tal vez debería haberlo hecho, pero tú no querías y, siendo sinceros, pensando en retrospectiva, a estas alturas la fuerza policial todavía estaría tratando de ordenar las pruebas contra ese maldito bastardo. La verdad es que, si esa idea hubiera pasado por la antesala de mi cerebro, yo también habría buscado ayuda de alguien importante antes que Logan, Sofie. ¡No digas que no! Cuando amas a alguien, estás dispuesto a venderle el alma al diablo por esa persona, y espero que ese gusano de Berry se haya convertido en abono para esos malditos tulipanes de Holanda», concluyó casi sin aliento.
«Las cosas no deberían haber sido así», murmuró Sofie, abatida, mientras se sentaba.
«Las cosas nunca van como queremos, al menos no para nosotros, simples mortales, pero si alguna vez hay calma, en mi opinión deberíamos aprovecharla», exclamó Eva retrocediendo para dirigirse a la salida de la tienda. «Piénsalo, ¡ahora eres tú la que está poniendo obstáculos a la felicidad!».
Cuando Eva dejó Flowers, Sofie estalló en llanto. Por lo general, la primavera desde que llegó a Nueva York siempre la ponía de buen humor. Siempre esperaba con ansias y alegría esa temporada porque, además de ver florecer las flores, sentía que la esperanza también florecía en su corazón. Pero ese año no sería así, a pesar de que la seguridad de ser libre era motivo más que

suficiente para alegrarse. Entonces, ¿por qué no podía sentir alegría? Una vocecita en su cabeza sugería que la razón era simple y única. Ya no había Logan Allen a su lado para alegrarse con ella, pero Sofie no quería creerlo. Su relación era peligrosa, sus sentimientos inevitablemente habrían degenerado y ambos, haciéndose daño, ya no tendrían la fuerza para levantarse del suelo y comenzar de nuevo.
Regresó a casa más agotada y triste de lo que había estado por la mañana, y las palabras de Eva continuaron atormentándola junto con las imágenes y los recuerdos. Estaban los besos de Logan que habían borrado uno a uno todos los labios que la habían devorado en contra de su voluntad estaban las caricias que habían suavizado los moretones y las cicatrices en su piel, estaba el aroma a limpio que se había quedado en ella, llevándose consigo la suciedad que creía haber traído de Ámsterdam, estaba esa risa genuina y esa voz ronca y respetuosa que llenaban sus oídos anulando los insultos y las sucias injurias que le habían dirigido a lo largo de los años. Había un par de brazos que la habían abrazado en una cama, haciéndole compañía durante las pesadillas. Sus manos, las de Logan, grandes y cálidas, habían acariciado su cuerpo solo después de su consentimiento, mientras Sofie volvía a ser una mujer con su propia dignidad, una mujer que experimentaba por primera vez el placer de un orgasmo considerándolo hermoso, satisfactorio y justo. Logan la había sanado, pero ¿quién lo sanaría a él? Retroceder era todo lo que le quedaba por hacer, creía Sofie. De esa manera, Logan aún tenía esperanzas de encontrar a otra mujer que no estuviera comprometida y manipulada como ella, una mujer normal de la cual enamorarse.
El timbre sonó repetidamente hasta que, medio dormida, Sofie entendió que alguien estaba detrás de su puerta. Se frotó los ojos y miró el reloj en la mesita de noche. Eran poco más de las cinco y media de la mañana. Se preguntó quién diablos podría ser a esa hora y, una vez fuera de las sábanas, se puso el albornoz color crema. Se acercó a la puerta de su casa, esperando que no fuera una broma de mal gusto, dada la hora. Con las marcas de la almohada en la cara, los ojos hinchados y somnolientos y la boca que no podía evitar abrirse y bostezar, abrió la puerta sin siquiera preguntar quién era o tratar de adivinar su identidad a través de la mirilla.
"Y tú, ¿qué demonios haces aquí?", preguntó la chica despertándose al instante.
Encontrarse a Logan detrás de la puerta, después de más de tres meses sin verse, era peor que una ducha fría. Eva no estaba del todo equivocada, realmente tenía un aspecto horrible: el cabello despeinado, los ojos hinchados y los párpados inferiores violáceos por culpa de las ojeras, una barba áspera de al menos una semana y un atuendo notablemente descuidado según los estándares habituales del Sr. Allen.
"Ven, Sofie", le dijo.
"¿Qué? ¡Estás loco! ¿A dónde quieres que vaya contigo a esta hora?", le respondió.
"Necesito mostrarte algo, por favor", insistió Logan.
Extendió una mano hacia ella sin vacilar. Agarró su muñeca y la chica se quedó sorprendida e inmóvil frente a tanta seguridad.
"Déjame al menos ponerme algo, no puedo salir así en pijama", trató de ganar tiempo.
"No te preocupes, Sofie. Yo también estoy en pijama", exclamó Logan.
Abrió su abrigo lo suficiente para mostrar su pijama de rayas azules y grises. La chica, al principio desconcertada, no resistió más y estalló en risas, llevándose una mano a la boca para evitar parecer demasiado descarada. Él también se rió y tirando de su brazo la obligó a salir más allá del umbral de su casa. Luego cerró la puerta.
"Pero ¿qué estás haciendo? ¿Estás realmente loco? ¿Cómo voy a entrar sin llaves? ¡Y además hace mucho frío!", exclamó Sofie.

Logan no respondió. Rápidamente se quitó su abrigo y se lo puso sobre los hombros, luego señaló su automóvil y, a regañadientes, Sofie subió a su sedán azul. Allen rodeó el auto y, sentándose al volante, encendió el motor. Condujo hacia su casa y luego juntos entraron al ascensor para llegar al ático.
"¿Y si alguien nos viera en estas condiciones?", le preguntó Sofie, sacudiendo la cabeza.
"No me importa. No me importa lo que puedan pensar, y sí, estoy loco, lo admito. ¡Estoy loco por ti! Te amo locamente, Sofie", le dijo acercándose y apoyando las manos en el metal de la cabina, a los lados de su rostro.
La chica palideció. No esperaba que Logan le declarara nuevamente sus sentimientos en un ascensor con ventanas transparentes que mostraban el sol a punto de salir sobre un hermoso Nueva York, mientras los dos llevaban puestos pijamas.
"Logan, ya hemos hablado de esto", dijo ella en voz baja, seriamente.
Sin embargo, no terminó el pensamiento porque, al llegar al último piso, las puertas del ascensor se abrieron y él le agarró la mano.
"¡Corre!"
"Pero ¿correr hacia dónde? Espera", murmuró Sofie, resoplando.

Logan rápidamente introdujo la llave en la cerradura y una vez dentro, condujo a Sofie hacia el dormitorio. Ella, logrando soltarse de su agarre, se quedó clavada, intimidada. La situación no le gustaba mucho.
"Tengo que mostrarte algo, ven", dijo nuevamente Logan.
"¿De qué se trata?"
Le hizo señas de que diera unos pasos hacia adelante y Sofie, bufando aún, siguió sus instrucciones. Por otro lado, Logan dio un paso atrás para colocar sus manos en los delgados hombros de ella. Luego extendió una mano y apartó primero la cortina de la puerta ventana y luego abrió el marco, permitiendo así que Sofie viera lo que había en esa única maceta en el balcón. La chica se cubrió la boca con las manos y sus ojos se llenaron de lágrimas.
"No lo puedo creer", murmuró Sofie.
"Me he ocupado de ello todos los días, lo he estado cuidando desde que te vi por primera vez", admitió el hombre detrás de ella, riendo suavemente con un tono histérico.
Sofie se agachó para recoger la maceta y miró incrédula ese pequeño y perfecto tulipán blanco, emocionándose una vez más.
"Es hermoso", dijo en voz baja.
"Floreció esta noche porque ayer todavía estaba cerrado", exclamó Logan. "Como de costumbre, no podía cerrar los ojos, me desperté horas antes de que sonara la alarma y cuando lo vi... pensé que también deberías verlo tú".
Su voz temblaba mientras las manos de Sofie temblaban. Volvió a colocar la maceta en su lugar y se volvió hacia Logan. En sus ojos castaños había amor y arrepentimiento, pero el primero, el amor, era tan intenso y descarado que Sofie no podría ignorarlo más. Era el mismo sentimiento que ella tenía por él y que, a pesar de haber intentado derribar y suprimir de todas las formas posibles, demostraba ser fuerte y resistente, como esas plantas que, cuando se podan, crecen más fuertes y exuberantes hasta dar fruto. Logan abrió los brazos, listo para recibirla y abrazarla fuertemente. Sofie permitió que más lágrimas recorrieran su rostro y luego se lanzó hacia su pecho y respiró su olor, preguntándose cómo había logrado pasar tanto tiempo sin él. El tiempo. Maldito tiempo, pensó Sofie. Siempre había vivido creyendo que sería el tiempo, su transcurso sobre un maldito reloj, las manecillas de los segundos y luego las de los minutos, lo que marcaría

el final de su dolor, lo que la haría olvidar las horribles experiencias de la vida sufridas cuando aún era una niña. Lloró más fuerte, aferrándose a Logan, y esas lágrimas volvieron a ser lágrimas de alegría, lágrimas que sugerían que todo finalmente había terminado, que el dolor se había ido, desaparecido y no volvería, pero no gracias al tiempo, sino gracias al amor. El tiempo no cura las heridas, el tiempo engaña, aleja a las personas y atrofia los sentimientos. El amor, en cambio, es capaz de todo, alivia el dolor, acaricia las cicatrices del cuerpo y del alma, y cuando es verdadero, está destinado a durar para siempre.
"Te he echado de menos", le dijo.
"Tú también", admitió Sofie tratando de contener los sollozos.
Le besó la cabeza, acarició la pequeña cicatriz sobre la ceja, la última cicatriz que Berry le había infligido. Ahora, nadie se atrevería a hacerle daño. Apartó algunos mechones de pelo detrás de sus orejas, cabello que había crecido y que Sofie no había vuelto a cortar ni teñir. En ese momento le llegaban casi hasta la barbilla y eran rubios como la miel. Era simplemente maravillosa, aunque esos ojos azules aún conservaban un poco de temor, el mismo que Logan estaba listo para ahuyentar.
"Sofie, estamos destinados a estar juntos, ¡no digas que no!" exclamó el hombre levantando su rostro con dos dedos debajo de su mentón. "Ya no puedo dormir, Sofie, no hago más que pensar en ti. Estoy perdido sin ti, pero ahora que estás cerca, me siento inmortal. Admítelo, Sofie. También sientes lo mismo", agregó.
Logan tenía razón, pensó Sofie. Había sido suficiente con verlo afuera de su casa esa mañana para cambiar de opinión y pensar que, en realidad, la primavera había llegado a su vida ese año.
"Sí, pero..."
"Los dos hemos sido un desastre en el pasado, pero eso no significa que no merezcamos una segunda oportunidad. Nuestras acciones pueden representar el mal, Sofie, pero si lo piensas, juntos solo podemos generar el bien. El amor sucede, Sofie, nos ha sucedido a nosotros. No lo niegues... esta hora es tu hogar. Ámame aquí. Ámame y déjate amar", suplicó.
Esperaba que ella dijera algo, pero Sofie prefirió levantarse de puntillas. Primero acarició la mejilla áspera y punzante de Logan, luego le sonrió tiernamente.
"Te amo, Sr. Allen", confesó. "Creo que te he amado desde el primer momento en que pusiste un pie en mi tienda, o tal vez incluso antes de conocerte, cuando te empeñabas con esos tulipanes. He seguido amándote incluso durante estos meses, solo que..."
"Shhh, mi dulce Sofie", murmuró incrédulo y agradecido, cerrando los ojos.
Sofie posó sus labios sobre los de él, constatando que esas palabras, ese "Te amo", tenían realmente sentido. Ambos habían sacado lo peor de sí mismos, habían logrado sacar los esqueletos de sus respectivos armarios y habían vivido en pocos meses sensaciones y sentimientos muy contrastantes, pero si en ese momento alguien les hubiera preguntado si se arrepentían, Sofie y Logan ya no habrían respondido que sí. Había llegado el momento de mirar sus pasados sin sentir amargura en la boca, con la conciencia de que sin esos terribles errores que ambos habían cometido, no habría habido ese presente dulce y calmante, no habría habido un final feliz.
Dicen que la vida es un camino en forma de círculo y que una vez que se inicia, es necesario recorrerlo por completo para que se agote y se pueda salir de él. Nunca se puede volver atrás y tampoco tendría sentido hacerlo. Retroceder en el tiempo o en nuestros pasos no nos da la seguridad de poder cambiar el pasado para mejor o de no cometer errores, ya que la probabilidad de cometer otros, tal vez mucho peores, no se puede descartar por completo. De los errores solo debemos aprender, aprovecharlos. No cometerlos no nos exime de las cicatrices que la vida nos

regala. Hay quienes piensan que las cicatrices son feas de ver, pero a menudo solo somos incapaces de mirar más allá de esas marcas. No hay nada más fascinante que una cicatriz, es un recuerdo destinado a quedarse siempre contigo, en ti como un tatuaje, incluso si no elegiste el diseño. Al principio, es posible que no te guste, pero luego aprenderás a amarla y no podrás mirarte en el espejo fingiendo que no está ahí.

Logan siguió susurrando dulces palabras a su Sofie, nunca se cansaría de hacerlo, y Sofie nunca se cansaría de escucharlo. Su Sr. Allen aún tenía razón, esa era su casa, pero no esas cuatro paredes lujosas entre las calles refinadas y elegantes de Brooklyn, sino entre los brazos de ese hombre, el primero y el único que la amaría para siempre sin peros, sin reservas, sin vacilación, consciente de los sentimientos, pero aún más consciente de quién era la chica que había elegido tener a su lado.

Ha llegado el momento de que ambos sean felices porque todos merecen serlo y algunas personas, como Sofie o Logan, a veces merecen serlo más que otras.

Ha llegado el momento de rendirse al amor, Sofie no tiene otra escapatoria y ni siquiera tiene la intención de buscar una salida como hizo al principio. Ya no huirá de Logan, ni siquiera de Eva, no pondrá kilómetros de distancia entre ella y las personas que realmente la aman, porque esas mismas personas la necesitan tanto como ella los necesita, porque el amor por su compañero, por un amigo o por su familia es un sentimiento que necesariamente implica dar y recibir, una compensación entre ambas cosas, una incapacidad de prescindir el uno del otro.

Ha llegado la primavera, la temporada de los tulipanes incluso en Nueva York.